NATALIA GINZBURG

Familia *y* Burguesía



Lumen

Familia y Burguesía

Natalia Ginzburg

Traducción del italiano de
Flavia Company

Lumen

narrativa

Familia

Un hombre y una mujer fueron, una tarde a primera hora, a ver una película. Era domingo y era verano. Con ellos iban una muchachita de catorce años y dos niños de unos siete. El hombre era alto, guapo, de cabello negro y rizado, con la cara grande y morena, la boca grande y seria. Llevaba gafas negras y un traje de tela azul muy gastada. La mujer era pequeña, nada guapa, con el rostro menudo y aceitunado, el pelo moreno recogido en lo alto de la cabeza, la nariz larga y fina, ojos verdes y cejas pobladas, hombros caídos y caderas anchas. Llevaba una falda vaquera y una camiseta azul muy descolorida. Eran amigos, se conocían desde hacía muchos años. Tiempo atrás, en su juventud, fueron amantes y vivieron juntos. Ahora eran solo amigos. La muchachita era la hija de la mujer y se llamaba Angelica. Era alta, con el pelo rojo fuego suelto sobre los hombros, un mechón que le caía sobre un ojo, así que se le veía un solo ojo, amarillo castaño, y era muy pecosa. Llevaba una falda acampanada verde hierba y una camisola de seda color crudo. El menor de los dos niños era el hijo del hombre. Su nombre era Piergiorgio, pero lo llamaban Dodò. Era rechoncho, con el pelo castaño y liso, peinado hacia delante, ojos redondos y tímidos, y llevaba un jersey de lana de camello anudado a la cintura. El otro niño era delgado y de tez morena, con grandes dientes blancos que

le sobresalían. Se llamaba Daniele y era hijo de una vecina de la mujer, una tal Isa Meli, aquel día cansada y deseosa de pasarse toda la tarde durmiendo. ¿Y por qué lleva ese jersey?, dijo Angelica señalando al niño gordo. Tenía una voz suave, seria y juiciosa. No estaba nada contenta de salir con la madre y aquellos niños el domingo por la tarde, y su único ojo se mostraba, entre las pecas, aburrido y serio. El hombre le retiró el mechón de la frente. Por un momento apareció el segundo ojo, después el mechón volvió a esconderlo. Porque en el cine, dijo el hombre, cuando hay aire acondicionado puede hacer un frío como el del Polo Norte.

La película era en color y se titulaba *Abismo*. Unos millonarios en una casa muy blanca sobre una playa solitaria bebían copas, nadaban, tomaban el sol y se disputaban unas propiedades. El hombre y la mujer no seguían la trama y cada cual pensaba en sus cosas. El hombre pensaba en una carta que le había escrito su esposa el día anterior, desde Venecia, y que tenía en el bolsillo de la americana. Estaba en Venecia desde hacía más de un mes. Por primera vez desde que había nacido Dodò se había quedado sin veraneo y simplemente pasaba las mañanas en Fregene y las tardes aburriéndose en casa. El hombre ya no amaba a su mujer, pero estaba celoso de ella. Pensaba que en Venecia debía de tener a alguien. Repasaba en su la cabeza, como por otra parte hacía a menudo el resto del día, todas las personas que estaban allí con ella, y esta constante exploración lo humillaba. Tal vez podría haberse ido él de veraneo con Dodò, pero no tenía ningunas ganas, y se daba a sí mismo la excusa de que debía acabar un libro que estaba escribiendo sobre los barrios periféricos de las ciudades modernas. La mujer pensaba en sus padres, con quienes ella y Angelica solían

comer los domingos, y con quienes se peleaba cada domingo por motivos políticos, ya que sus padres, en los últimos tiempos, se habían vuelto muy reaccionarios. Daniele, el niño delgado, se reía, aunque no había en *Abismo* nada que diera risa. Al reír se acurrucaba en la butaca y pateaba con fuerza a Dodò, que estaba sentado a su lado. Dodò también se reía, volviendo hacia su padre los ojos redondos y asustados. El aire acondicionado debía de estar estropeado, porque no se oía ningún zumbido y hacía tanto calor como afuera. El Polo Norte, dijo Angelica. El hombre dijo que le parecía que en otro cine que no quedaba lejos de allí, con un aire acondicionado en buen estado, daban una película de dibujos animados, más apropiada para los niños. La mujer le preguntó por qué no lo había dicho antes. Él dijo que había estado a punto de decirlo, pero que le había parecido que ella quería ver *Abismo*. Ella dijo que en realidad los dibujos animados eran superiores a sus fuerzas. Pero que si querían ir a ver los dibujos animados ella podía esperarlos fuera, en un café. Angelica dijo que estaban locos, que habían pagado cinco mil liras por las entradas. Desde las butacas de detrás les chistaron para que se callaran. Los millonarios iban en lancha, surcando un mar azul y agitado y rodeándose de altísimas salpicaduras. Después morían uno tras otro, algunos asesinados por sus propios compañeros y otros devorados por un tiburón. Cuando salieron del cine todavía era de día. El hombre tenía la cabeza llena por completo de mar, arena, bebidas, tiburones y borbotones de sangre.

Fueron a sentarse a un café al aire libre, en una plaza pequeña. Un camarero les ofreció la copa Cíngara y Angelica y los dos niños aceptaron. La copa Cíngara era un vaso alto con una torre de nata

montada, tres cerezas confitadas, pistachos y un barquillo plantado en medio. Después de beberse su cerveza, el hombre se enjugó con el pañuelo la boca, la frente y las manos. La mujer le preguntó por qué estaba tan callado. Él dijo que había recibido una carta desagradable de Ninetta. Ninetta era su esposa, la madre de Dodò. Cómo de desagradable es la carta, preguntó la mujer. Desagradable, llena de pequeñas maldades. A la mujer, Ninetta le resultaba profundamente odiosa. Los dos pensaron en Ninetta, cada cual a su manera. El hombre tenía ante los ojos su persona, alta y delicada, con sus hombros delgados y ligeramente curvos, el largo cuello, la cabeza con el sedoso flequillo negro, la cara de una palidez lechosa y su sonrisa, que ella ofrecía como se ofrece un objeto de valor. No la amaba, pero tenía aquel flequillo negro todo el día delante de los ojos, y le parecía humillante tenerla así ante los ojos y sufrir, sin amor, con irritación, con un cúmulo de resentimientos de naturaleza airada y miserable. La mujer encontraba a Ninetta tonta de capirote. Era extraño que hubiese escrito una carta, no estaba para nada entre sus costumbres, prefería siempre telefonear, dijo el hombre. Ni por teléfono ni por carta decía cuándo pensaba volver. De Dodò se ocupaba una chica española, buena y tremenda a la vez, que andaba siempre con algún lío de dinero o de hombres. Por suerte estaba Evelina. Evelina iba cada día, llevaba al niño a Fregene, lo traía de vuelta y se pasaba con él toda la tarde. Cocinaba la portera, porque Ninetta, antes de marcharse a Venecia, se había peleado con la cocinera y la había despedido. Según Evelina, Ninetta había hecho bien, porque aquella cocinera era sucia. No me acuerdo de quién es Evelina, dijo Angelica. Evelina era la madre de Ninetta, la abuela de Dodò. Estaría perdido sin Evelina, dijo el hombre. Aunque estaba

siempre llena de miedos. Si hubiese visto a Dodò comerse la copa Cíngara se habría desmayado. Estaba en contra de la nata montada. Contra los pistachos. Contra las cerezas confitadas. Por todas partes veía colorantes. En la nata no hay colorantes, dijo Angelica. No, pero debe de haber algo que no conviene, leche sucia, azúcar sucio. No lo sé, dijo el hombre. Evelina era en realidad, dijo en voz baja, asfixiante. Llevaba al niño a Fregene, pero no lo llevaba a la playa, y se pasaban la mañana los dos en casa de unos amigos de ella que tenían una piscina. Resultaba cargante con aquella piscina. El agua estaba tan clara y limpia, según ella, que hasta se podía beber. Había un perrito blanco, dijo Dodò, pequeñísimo, muy bonito. Se llamaba Copito. Pero ningún niño para que juegue contigo, dijo el hombre. No, ningún niño. Dos veces había ido el nieto del guarda. No, tres veces. Pero se había marchado casi enseguida. Dodò se comía la copa Cíngara muy despacio. Daniele se había acabado la suya y había entrado en el bar para ver cómo jugaban al futbolín. Ya verás como a medianoche todavía estaremos aquí, dijo Angelica. No tenemos ninguna prisa, dijo el hombre. No nos apremia nadie y aquí sentados estamos bien. Ahora además hace fresco. La mujer acarició el pelo de Dodò. Sacó un peine de su bolso de paja y comenzó a dividir en dos sobre la frente los cabellos finos, lisos y claros. El hombre dijo que parara. No había ninguna necesidad de peinarlo. No le gustaba con la raya, lo prefería así, con flequillo, como su madre. Le hacía mucha más falta peinarle el mechón a Angelica. Le cogió el peine a la mujer y peinó ese mechón. Angelica apartó la cabeza y le dio un cachete en la mano. Qué mona, dijo el hombre. Vendían, dijo, gomas y pasadores, perfectos para tener el pelo en su sitio. Los tenían incluso en los estancos.

El hombre se llamaba Carmine Donati y tenía cuarenta años. Era arquitecto. Como arquitecto se ganaba bien la vida, pero no había conseguido ninguno de los objetivos que se había propuesto de joven. El libro que estaba escribiendo, sobre los barrios periféricos de las ciudades, a veces le parecía mediocre, a veces nuevo y original. La mujer se llamaba Ivana Riviera y tenía treinta y siete años. Vivía haciendo traducciones y buscaba un empleo fijo, que sin embargo no encontraba. Muchísimos años antes, cuando vivían juntos y eran amantes, discutían continuamente a propósito de todo e intentaban cambiarse el uno al otro; ella lo quería más libre a él, y a él ella le parecía desordenada tanto en los horarios como en la casa y en las ideas. Solían despertarse por las noches y discutir, y analizar sus defectos y reflexionar en voz alta sobre si debían o no casarse. Tenían un piso en la calle Casilina, muy pequeño, prácticamente de una sola habitación, aunque había una ducha y un minúsculo recibidor. Cocinaban en el mismo cuarto donde tenían la cama. Había una terraza grande, donde intentaban cultivar plantas. Tenían un búho, un conejo y un gato. Al gato le habían puesto Fidèl. Una vez habían ido a verlos los padres de él, campesinos de Vinchiaturo, un pequeño pueblo del Abruzzo. Ella se había esforzado en ser amable. Le parecía realmente raro vivir con un hombre que tenía una madre con un pañuelo negro en la cabeza y los dientes rotos y negros, casi analfabeta. Le parecía extrañísimo. Aquellos dos ancianos campesinos estaban asustados y consternados por el gran desorden de la casa, por el conejo, por el búho, por todo. Ellos tenían un montón de conejos, pero les daban hierba, mientras que

aquel conejo comía ricas manzanas y brécol cocinado especialmente para él. Además, les parecía intolerable la idea de que vivieran juntos sin estar casados, y no entendían el porqué. Los padres de ella estaban, en aquella época, en Estados Unidos, donde el padre, matemático, había sido contratado para dar unos cursos en alguna universidad. Le escribían cartas recelosas, porque temían que el tal Carmine Donati, al que no conocían, fuese un mal sujeto. Sabían que era de origen humilde, y eso no les disgustaba, pero la idea de que la madre fuera casi analfabeta les parecía excesivo. Pensaban que estaba con ella por interés, para alcanzar una nueva y más alta condición social. Pero cuando ella les escribió para decirles que estaba embarazada, le contestaron que debía casarse. Tuvieron una niña, a la que llamaron Carmela, como la madre de él. Decidieron casarse, pero esperaban a que llegara la primavera, para invitar a los amigos, dar una gran fiesta en la terraza. El conejo murió y al búho lo regalaron, porque la niña le tenía miedo. Conservaron el gato. Pasó la primavera, y el verano, y no se habían casado, y él se había medio enamorado de una chica a la que se encontraban siempre en el restaurante y que hacía fotos. Habían inscrito a la niña en el registro con el apellido materno, Riviera, y constaba como de padre desconocido. Ya no discutían por las noches, ya fuera por no despertar a la niña, ya fuera porque ahora los aburría intercambiar sus opiniones. De día se veían poco porque él trabajaba mucho en un estudio que compartía con otros, en la calle Vite, y ella llevaba a la niña a casa de sus padres, que ya habían vuelto de América, porque en su casa había una terraza mejor, fresca, rodeada de árboles. La niña murió al año y medio, de parálisis infantil. Después de la muerte de la niña se separaron. Ella no había querido volver a

entrar en el piso de la calle Casilina, ni siquiera para recoger su ropa de invierno, y para hacerlo había enviado a su padre. Él, Carmine, se había quedado en aquel piso durante unos años, con el gato Fidèl y con una chica, no la que hacía fotos sino otra, una actriz de teatro. Después del gato Fidèl, que desapareció por los tejados, tuvo una perra grande, pero por la noche se tumbaba en la cama y eso la chica no lo toleraba. Ivana, que no soportaba más a sus padres, se marchó a Inglaterra. Se había apuntado a una escuela de escultura, después se había colocado como intérprete en una agencia de turismo y después había trabajado de guardarropa en un centro para ciegos. Había tenido a su hija Angelica con un estudiante judío de lingüística, a quien conoció en una fiesta, alto, delgado y rubio. No estaba enamorada, pero quería un hijo. Él se llamaba Joachim Halevy. La había llevado a Bristol para presentarle a su tía, una dulce y canosa maestra de dibujo de parvulario, pero no había sabido ser padre y había acabado, poco tiempo después de conocerse, en una clínica para enfermedades nerviosas. La tía había ido de Bristol a Londres para ver a Angelica en el hospital donde nació, y de nuevo había ido desde Bristol cuando Ivana se volvía con Angelica para Italia, las había acompañado al tren y le había regalado a Angelica, que ya tenía cuatro meses, un medallón con una foto de Joachim de niño. La tía escribía de vez en cuando a Ivana, y enviaba a Angelica todos los años, por Navidad, flores de papel para recortar. Las noticias sobre Joachim eran malas. Ivana había alquilado un piso en la calle Vantaggio. La ayudaban sus padres, tiernos con Angelica y duros con ella. De Joachim, Ivana tenía un recuerdo confuso y triste. A veces reencontraba en su interior sus rasgos, la delgadez, los pantalones de pana, los andares desganados. En el medallón, que

rara vez miraba, estaba encerrado el rostro de un rosado niño de pecho sobre un fondo azul cielo. Él le pegaba. Su relación había durado tan solo unas semanas, pero al final ella se había encerrado bajo llave en el cuarto de su pensión, hasta que unos amigos comunes le dijeron que lo habían llevado a una clínica. Aún ahora, por la noche, se despertaba a veces presa del pánico. Él podía escaparse de aquella clínica, ir a buscarla a Roma, instalarse con ella y con la niña en la calle Vantaggio. Sabía, sin embargo, que sus miedos carecían de sentido porque, según le escribía la tía, él ya no tenía voluntad, ni memoria, ni voz, era un guiñapo al fondo de un pasillo. Ella y Carmine se habían reencontrado una noche en casa de unos amigos comunes. La había besado en las mejillas. No se veían desde hacía diez años. Él había estado durante unos años en Estados Unidos, con una beca, después había vuelto y se había casado. Su mujer, Ninetta, estaba con él aquella noche. Una chica alta, delicada, envuelta en un chal negro. Se movía de una forma lánguida y lenta, y se sentaba en el suelo, sobre unos cojines, jugueteando con sus largos collares o con los flecos de su chal, y parecía pedir protección con sus grandes ojos confiados y claros. Ofrecía su sonrisa como una alhaja preciosa. Carmine dijo que debían irse, Ninetta tenía que dar el pecho a Dodò. Era, le dijo, una nodriza estupenda. No obstante, le dijo a Ivana que les quedaba tiempo para acompañarla a casa. La acompañaron a casa a pie, porque la calle Vantaggio estaba muy cerca de allí. Ellos vivían en la otra punta, en la calle Barnaba Oriani. Él no paraba de hablar de su hijo, durante todo el camino, e Ivana se aburría; es pesado oír hablar de recién nacidos cuando no se tienen, ella ya tenía criada a Angelica, que iba al colegio. Ninetta estaba callada, en su abrigo de

pieles, el chal ahora en torno a la cabeza, y ofrecía su sonrisa. Ella pensó que cuando tenían a su hija él no se preocupaba demasiado, apenas la miraba. Se había ocupado de prepararle la cuna, cuando estaba a punto de nacer, y la cuna era bonita, un canastillo forrado con una tela de florecitas rojas. Pero después se había interesado muy poco por la niña. Quizá era demasiado joven por aquel entonces. Ivana los invitó a subir a su casa un rato, pero dijeron que tenían que irse para dar de mamar al niño y porque esos días tenían invitados, los padres de él, que habían venido de Vinchiaturo para celebrar que al niño le había salido el primer diente. Al día siguiente él la telefoneó. Se disculpó por no haberle preguntado, la noche anterior, nada sobre ella, había hablado él todo el rato, y sin embargo estaba ansioso por saber si ella estaba bien, si trabajaba, si era feliz. Le habían dicho que tenía una hija. Se había alegrado mucho. Preguntó si podía ir a verla. Fue solo. A Ninetta, le dijo, le había caído muy simpática, y le había preguntado un montón de cosas sobre ella, la noche anterior, durante el camino de vuelta a casa, y quería que fuera a comer con ellos, que conociera su casa y al niño. Ninetta tenía ahora un leve dolor de garganta, pero pronto, muy pronto, quedarían para esa comida. Quizá fuera oportuno, dijo, esperar a que se marcharan los invitados, o sea, sus padres. Le preguntó si se acordaba de ellos. Ella los recordaba. Sus padres estaban encantados con el niño, dijo él, y se pasaban horas y horas mirándolo en su camita, y hablaban con entusiasmo de los ojos, de las manos, de los pies. Una camita tiene el bebé, preguntó ella, no una cuna. No, una camita con barandilla, de madera pintada de rojo, que se podía desmontar y se convertía en un parque. Dormía ahí desde que había nacido. Las cunas ya no se estilaban. Sus padres

estaban encantados también con la casa, y con Ninetta, que con ellos era exquisita. Ella notó que aquel adjetivo, «exquisita», era una palabra impropia de él, que tiempo atrás no habría utilizado. Su madre, dijo él, había enseñado a Ninetta un montón de cosas: la pasta casera, las berenjenas en aceite. Ivana pensaba que se había vuelto pesado. A ella el trato tierno entre Ninetta y su madre y las berenjenas en aceite no le interesaban en absoluto. Se lo dijo unos días después, por teléfono, que le parecía que se había vuelto pesado. Le dijo: «Me traen al fresco las berenjenas en aceite». Después le dijo que no entendía por qué llamaban Dodò al niño, le parecía detestable llamar a los niños con diminutivos y sobrenombres, Dodò, Fufú, Pupú, qué costumbre más irritante, remilgada, detestable. Él se ofendió y le dijo que ella no se había vuelto pesada porque siempre había sido pesadísima, lunática y llena de manías. Sin embargo, volvió a verla poco después. Se presentó con un pollo asado, que había comprado en una tienda de la calle Babuino. Angelica ya se había acostado, pero la hicieron levantarse y comió el pollo con ellos, en la mesa de la cocina, con su camisón de franela rosa. La verdad es que Angelica e Ivana ya habían cenado, pero solían cenar solo café con leche y pan con mantequilla. Él tomó la costumbre de ir bastante a menudo. Ivana trabajaba en sus traducciones, él a veces le buscaba las palabras en el diccionario, y mientras tanto jugaba con Angelica al ajedrez o leía el periódico en el sofá. Hacia medianoche telefoneaba a Ninetta y le decía que enseguida volvía a casa. Pero se quedaba aún un rato tumbado en el sofá, leyendo, fumando, mirando por la ventana los árboles del paseo, el puente, el río, los tejados iluminados por la luna. Cuando estaban solos, por lo general hablaban de su vida presente, de

Ninetta, de Angelica, de Dodò. Raramente hablaban del tiempo en que vivieron juntos. A los dos les parecía una época extraña y remota, en la que ellos, a saber por qué, habían considerado la idea absurda de estar juntos, siendo tan diferentes, teniendo naturalezas tan opuestas e irreconciliables. A veces se acordaban con cariño del gato Fidèl. De la niña que se les había muerto no hablaban jamás.

Por fin tuvo lugar la comida en la calle Barnaba Oriani, una cena, pero había pasado mucho tiempo desde que Ivana y Carmine se habían reencontrado, aquella noche, en casa de aquellos amigos, y ahora Dodò tenía casi tres años. Ninetta e Ivana no se veían casi nunca, una o dos veces Ninetta había estado en la calle Vantaggio, una o dos veces habían salido juntos por la noche, Carmine, Ninetta e Ivana. Una noche Ninetta telefoneó a Ivana para pedirle que fuera a su casa porque estaba sola con Dodò, que estaba muy mal, con cuarenta de fiebre, y no encontraba a Carmine y no sabía dónde estaba, no encontraba a su madre, no encontraba al pediatra, ni siquiera encontraba tampoco a una buena amiga de la familia, Ciaccia Oppi, que sobre niños lo sabía todo. Estaba, dijo, muy angustiada. Ivana cogió un taxi y fue a la calle Barnaba Oriani, donde no había estado nunca, pero entretanto ya había llegado el pediatra, y también la amiga, Ciaccia Oppi, y a Ninetta se le había pasado totalmente la angustia porque el pediatra le había dicho que se trataba de un simple resfriado. Como diluviaba y no había forma de encontrar un taxi, Ciaccia Oppi acompañó a Ivana en coche, pero se quedaron atrapadas en un embotellamiento durante más de tres cuartos de hora e Ivana tuvo que dar conversación a la tal Ciaccia Oppi, que le parecía una auténtica estúpida, y llegó un momento en que ya no tenían nada que decirse, encerradas en aquel coche,

mientras llovía a cántaros, y luego el coche, a causa de la lluvia, ya no funcionaba y Ciaccia e Ivana tuvieron que empujarlo un tramo. Por la noche le telefonearon Ninetta y Carmine para pedirle perdón, Ciaccia Oppi les había dicho que al final había tenido que irse a casa andando bajo la lluvia. La invitaron a cenar al día siguiente. También iría Ciaccia Oppi, a quien le había caído muy simpática. Ivana dijo que ella le parecía amable, pero una auténtica estúpida. Ninetta dijo que Ciaccia Oppi podía dar la impresión de ser una necia, pero que no lo era, tenía una vasta cultura, leía muchísimo y sabía un montón de cosas. De modo que en aquella cena estaban Ciaccia Oppi y su marido, especialista en enfermedades del metabolismo; una pareja de arquitectos, marido y mujer, y una hermana menor de Ninetta, a quien habían hecho ir para entretener a Angelica, quien, sin embargo, en el último momento había dicho que quería quedarse en casa. A Ivana la casa de la calle Barnaba Oriani no le gustaba en absoluto, y lo dijo, puesto que hacía tiempo había decidido que no quería decir ni la más mínima mentira. Las cortinas eran rojas, porque tanto a Ninetta como a Carmine les encantaba ese color. También el sofá era rojo, y rojas las alfombras, rojo el mantel y roja la chaqueta del mayordomo que servía la mesa. Ivana dijo que tenía la sensación de encontrarse en la última escena de la película *La semilla del diablo*, cuando ya no quedaba nada que no fuese del color de la sangre. Junto al sofá había una lámpara con una pantalla blanca peluda, que parecía, según Ivana, un gusano de seda. Al lado de la mesa había una lámpara con la pantalla blanca mate, larga, larga, que colgaba del techo y parecía, dijo Ivana, un preservativo. Ninguna de las comparaciones fue apreciada, nadie sonrió, la única sonrisa, fija y radiante, era la de Ninetta. Tan pronto como acabó la

cena, la hermana menor de Ninetta se marchó, y con ella el mayordomo, que era el de la madre, que vivía en el piso de abajo, y cuando se fueron Carmine dijo que esperaba que ninguno de los dos hubiese oído la palabra «preservativo» y que no se repitiera en el piso de abajo. En el piso de abajo eran muy recatados respecto a las palabras que podían usarse. Era muy recatada, Evelina. Cuando les prestaba el mayordomo daba mil instrucciones: que no lo cansaran, que no lo enviciasen, que no le dieran de comer ni demasiado ni demasiado poco, que no pronunciaran delante de él palabras escandalosas ni observaciones extravagantes. Las observaciones extravagantes eran, según ella, nefastas para el oído de los mayordomos, porque los desorientaban y los inducían a carcajearse en la cocina. Evelina. Deja ya de decir Evelina, dijo Ninetta, tienes una forma de pronunciar el nombre de mi madre muy burlona, y no me gusta. La sonrisa seguía siendo fija y radiante, pero el tono era crispado. Estalló al final una discusión entre Ivana y los dos arquitectos, de tema político, e Ivana dijo que eran unos reaccionarios. El marido de Ciaccia Oppi le dio la razón a Ivana, y esto, dado que lo consideraba un absoluto imbécil, la irritó. También Ninetta le dio la razón, y esto también la irritó. De repente se alió con los arquitectos. Al término de la velada Carmine estaba muy cansado y todos le resultaban antipáticos, los dos arquitectos, los dos Oppi, Ninetta e Ivana; Ivana porque contestaba a Ninetta de un modo muy brusco en cuanto ella se aventuraba a decir cualquier cosa, y Ninetta porque arqueaba las cejas y fingía escuchar con gran interés mientras pensaba, estaba segurísimo, únicamente en cosas mínimas e insignificantes, como qué hacer con el *risotto* que había sobrado, o si se podía salvar el pastel de calabacín, que no había

quedado bien y del que nadie había comido mucho, rehacerlo y servirlo al día siguiente a unos primos suyos que irían a visitarlos y que no eran demasiado exigentes. En el recibidor, todos listos para marcharse, los arquitectos e Ivana seguían discutiendo, hablando en voz muy alta, con el riesgo de despertar a Dodò. Cuando finalmente se fueron, todavía se oía retumbar desde la calle la voz alta de Ivana, y Ninetta dijo: «Dios, menuda voz», mientras se sentaba bajo el gusano de seda para escribir en su agenda lo que habían cenado y quiénes habían ido, como hacía siempre, para no ofrecer dos veces la misma comida a las mismas personas. Pero al escribir «pastel de calabacín» la invadió una inmensa tristeza y dijo a Carmine que le quitara de inmediato aquellas sobras horrendas de delante de los ojos, y mientras él retiraba los platos, ella cerró la agenda y la arrojó sobre la alfombra. En el espejo que había frente al sofá se observó la cara, que examinaba siempre con el interés más vivo, se tocó las mejillas y los labios, se desordenó el suave flequillo negro. Después empezaron a discutir, ella y Carmine, sin ningún motivo concreto, porque se había acabado el agua mineral, porque los radiadores estaban apenas tibios, porque Dodò se había despertado y quería el mono de paño con el que solía dormir y que no fue fácil encontrar. Al final ella se metió en la cama llorando, y le dijo a Carmine que había sido antipático con ella durante toda la noche, que la había mirado todo el rato no ya como si no fuera su esposa, sino como a una extraña más bien tonta, y que qué antipáticos eran los arquitectos, Ciaccia Oppi desde luego se había muerto de aburrimiento, todo era molesto y antipático. De Ivana no dijo ni una palabra. En su agenda había anotado que no deseaba volver a invitar a la tal Ivana porque la trataba como a una pobre tonta. Tenía frío, y se acurrucó bajo la

colcha sollozando con fuerza. Carmine se inclinó a consolar, sobre la almohada, a aquel flequillo negro.

Al día siguiente Ninetta le dijo a Carmine que Ivana, como sabía todo el mundo, tenía muchos hombres y los cambiaba sin parar. Por ejemplo tenía a Matteo Tramonti, un muchacho de veinte años, guitarrista. Ciaccia Oppi tenía unos amigos que iban a menudo a un pequeño teatro cerca de la plaza Flaminio, donde Matteo Tramonti tocaba y cantaba. Y otro de los hombres de Ivana era Amos Elia, un médico. Vivía en un pueblo cercano a Todi, un pueblo llamado Fontechiusa, e Ivana iba a verlo a menudo, pero a veces le tocaba esperar horas y horas en un bar de la plaza de Todi, porque él tenía muchos pacientes, muchas cosas que hacer, y además ella le resultaba más bien indiferente. Esto también se lo había contado Ciaccia Oppi, que tenía una prima en Todi. Carmine dijo que, en efecto, Ivana mantenía con aquel médico llamado Amos Elia una relación desde hacía algunos años, y que no la hacía feliz en absoluto porque él le mostraba indiferencia por una especie de amargura congénita y por su escaso interés por la vida. Ninetta dijo que Ivana tenía la nariz fea y larga, un color de tez apagado y vestidos siempre espantosos. Carmine dijo que quizá eso fuera cierto. Ivana no tenía otros hombres, dijo, el tal Amos Elia era el único. Lo veía poco, porque a veces él no deseaba verla, ya que tenía fuertes crisis de melancolía que duraban meses. En cuanto a Matteo Tramonti, de vez en cuando lo hospedaba en su casa porque el tal Matteo Tramonti tenía unas relaciones atormentadas y difíciles con su madre, una abogada alta, gorda y coja, de pelo cano, que tenía una voz gutural y profunda y que pronunciaba la uve en lugar de la erre. Matteo Tramonti era homosexual. También él tenía la voz

gutural y pronunciaba la uve en lugar de la erre. Vivía o bien en casa de su madre, en un piso en la plaza Adriana, o bien en una comuna de la calle Boschetto, y cuando se hartaba ya fuera de la madre o de la comuna se iba a casa de Ivana. Dormía en un cuarto trastero al fondo del pasillo, en un catre, y lo oían chancletear por toda la casa. Angelica le decía «maldito estúpido» porque su chancletear nervioso le molestaba durante el sueño, y él le contestaba «maldita *víbova*», y por la mañana le decía a Ivana: «Tu hija es una *víbova* y *siempve* me *injuvia*». Mientras tomaba el café con leche con Angelica en la cocina, solía reñirla porque, cuando le apartaba la melena del cuello, veía que lo tenía un poco sucio. Decía: «Cuando una chica es *guavva*, se la *descavta* de inmediato». Angelica replicaba enseguida que, siendo un maricón, de chicas no entendía nada. Además, él tampoco se lavaba. Entonces él explicaba que era, por naturaleza, extremadamente limpio, que su cuerpo, por naturaleza, no desprendía ni sudor ni olor. Entretanto su madre, la abogada, telefoneaba para saber «de qué *humov* lo habían *encontvado*», e Ivana, todavía en camisón, acurrucada en la butaca, oía aquella voz lenta y gutural, al otro lado del hilo telefónico, recordar episodios remotos de la infancia y la adolescencia del hijo. Ivana no tenía por lo general mucha paciencia con la gente, pero con aquella señora Tramonti sí la tenía, a saber por qué. Quizá tenía tanta paciencia con ella porque a Matteo Tramonti se lo había presentado Amos Elia, y a sus ojos esto rodeaba de una aureola especial al muchacho e incluso a la gorda abogada. Ninetta se encogió de hombros y dijo que estaba harta de todas aquellas historias, y dijo que el mundo de Ivana no le inspiraba ninguna curiosidad.

De Amos Elia, Carmine conocía una chaqueta y una bufanda que estaban en una banqueta de la calle Vantaggio; la chaqueta de trenzas de lana gris, la bufanda de licra color lila pálido. Chaqueta y bufanda que le prestó a Ivana la última vez que fue a verlo a Fontechiusa, un día que soplaba mucho viento y que le pareció desabrigada. Ivana dijo que se las devolvería pronto, cuando fuera de nuevo a su casa, pero no sabía cuándo iba a ir, porque él le había dicho por teléfono que ahora no, que no quería verla, que estaba demasiado deprimido. De Amos Elia, Ivana hablaba raramente y poco; se habían conocido un verano cuando ella, con Angelica pequeña, pasaba las vacaciones en Todi; él vivía solo, era pobre, curaba a la gente haciéndose pagar poco, amaba la música y el poco dinero que tenía lo gastaba en discos, tenía una casa heredada de sus padres, grande, vacía y sucia, tenía un perro. Matteo Tramonti le dijo a Carmine que Amos Elia era «*tvemendo, tvemendo*», y que a veces había ocurrido que había llamado a Ivana porque quería verla enseguida, y ella había corrido hacia el coche y había salido por la mañana temprano, aún oscuro, y después lo había esperado en el bar de Todi durante todo el día, y él al final había aparecido pero le había dicho que podía quedarse con ella solo un cuarto de hora. No la llevaba siempre a su casa, porque a veces tenía como huéspedes a su hermano y a su cuñada, personas ante las que ocultaba a Ivana, ya que consideraba que entre ellos no habría simpatía alguna. Era muy inteligente, decía Matteo Tramonti, «*pevo extvaño*, y *tvemendo*». A lo mejor hacía meses que Ivana y él no se veían, y él llegaba al bar con su paso cansino, alargaba dos dedos hacia ella, se sentaba, se frotaba los ojos, bostezaba. Era un gran bostezador. A lo mejor todo lo que se le ocurría decirle era, mientras se frotaba los

ojos y bostezaba: «Te veo de buen grado». «¿Te das cuenta? "Te veo de buen *gvado*" —decía Matteo Tramonti—, y luego a lo *mejov*: "*Madve* mía, qué *abvigo* tan feo llevas, *pavece* que te hayan sacado del *avvoyo*"». Él por su parte tenía un abrigo que parecía, y quizá era, la cama de su perro. «Está claro que se ha cansado de ella», decía Carmine. «Qué va. No. La *quieve* mucho, a su *maneva*. A veces está *desespevado* y la llama. Le gusta que vaya a *vevlo* y *hacev* después como si no le *impovtava*. Ella *sufve*, *pobvecilla*». Carmine y Matteo Tramonti se habían hecho amigos, y cuando salían de casa de Ivana recorrían juntos el paseo junto al Tíber o iban a tomarse un capuchino al Canova. Una vez, en el Canova, se encontraron a Ninetta, con Ciaccia Oppi, un grupo de pintores y más gente. Matteo Tramonti se fue enseguida, después de susurrar a Carmine que conocía de vista a la mujer vestida de borrego y no la soportaba. La mujer vestida de borrego era Ciaccia Oppi, que aquella noche llevaba una pelliza blanca rizada y enmarañada.

Algún tiempo después, hacia finales del invierno, cerca de medianoche, cuando Carmine y Ninetta ya dormían, sonó el teléfono. Contestó Carmine. Era Matteo Tramonti. Había ocurrido una desgracia, dijo, Amos Elia había muerto, se había suicidado. Con barbitúricos. A él le faltaba coraje para ir a decírselo a Ivana, le rogaba a Carmine que lo acompañara. Carmine le dijo a Ninetta: «Ha muerto Amos Elia», y rápidamente empezó a vestirse; Ninetta lo seguía por la habitación, descalza, con su camisón de gasa verde, cortísimo y vaporoso. «Amos Elia, y quién es Amos Elia», decía. Carmine le explicó a toda prisa que era un amigo de Ivana, médico, amigo también de Matteo Tramonti, cómo era posible que no recordara quién era, habían hablado de él muchas veces, pero ahora

tenía que irse pitando. Cogía el coche grande, le dijo, porque quizá tuvieran que ir todos a Todi. Pero el coche grande, dijo Ninetta, ese día lo necesitaban su madre, el tío Mimmo y la tía Pina, que tenían que ir a Lucca. «Da lo mismo —dijo él—, lo cojo igualmente». Ninetta hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, ahora estaba sentada en el sofá del recibidor, se frotaba las largas piernas desnudas. «Quiénes son todos —dijo—, todos a Todi, quiénes». Él se abrochó el abrigo, y pensaba en ella mientras bajaba en el ascensor, allí sentada con su camisón corto, los senos que asomaban fuera de la tela, blancos y delicados, el flequillo inmóvil, los ojos perplejos, mientras repetía «todos, quiénes».

Matteo Tramonti lo esperaba en la plaza del Popolo, y lo acompañaba un amigo, un rubio llamado Giuliano Grimaglia, que Carmine había visto otras veces con él. Dijo Matteo Tramonti que aquella noche estaba durmiendo en casa de su madre y que le había telefoneado un chico de Todi a quien conocía bien, uno que trabajaba en una gasolinera, uno al que Amos Elia había curado de una nefritis. Sollozaba al teléfono y al principio Matteo Tramonti no entendía qué había pasado. «Cuando lo entendí, me quedé de *piedva*. No podía *sev*. *Siempve* lo decía, *pevo* no podía *sev*. Con *bavbitúvicos*. Yo lo vi hace un mes, vino a *Voma*. No quiso *vev* a Ivana. Me dijo que no le *dijeva* que había venido. Dijo: "No, a la *vecogida* en el *avvoyo* no *quievo vevla*, esta vez no me apetece". *Eva* muy inteligente. *Eva extvaovdinavio*. *Cuvaba* a la gente, *quevía* que viviesen, y no obstante odiaba a la gente, y odiaba la vida. *Eva* muy *extvaño*. Muy *contvadictovio*. *Pevo* es algo *tvemendo*, demasiado *tvemendo*». Ivana, dijo, ya se había enterado, la había telefoneado, lo estaba esperando. El rubio se fue. En casa de Ivana encontraron a

la vecina, Isa Meli, una mujer delgada, con una melena morena hasta los hombros. Vivía en el piso de al lado con sus tres hijos. Estaba separada del marido. Era profesora de secundaria. La encontraron lavando los platos con Angelica y sus dos hijas, chicas de la edad de Angelica. Así, dijo, Ivana podía irse sin preocuparse por los platos. Al menor de los hijos de Isa Meli, Daniele, lo habían puesto a dormir en un sofá. Isa Meli dijo que aquella noche habían cenado allí, en casa de Ivana, y que había sonado el teléfono, y era una llamada desde Todi, de la hermana del dueño de aquel bar donde Ivana siempre esperaba. Y así Ivana se había enterado de la desgracia. Ivana estaba sentada en un rincón de la cocina, con el abrigo puesto, y cuando Carmine y Matteo Tramonti se acercaron a abrazarla asintió con la cabeza.

Fueron a Fontechiusa cuando despuntaba el alba. Era un pueblecito de pocas casas, en lo alto de una colina. La casa de Amos Elia daba a la plaza y tenía un largo balcón con la barandilla oxidada, por la que trepaba una planta de glicinas seca. Estaba rodeada de casas pintadas hacía poco, de color cereza, de color albaricoque. La suya en cambio era de un rosa apagado. Se entraba por un pasillo largo y oscuro, con el suelo de ladrillos, y al fondo estaba la habitación donde yacía él, vestido con una americana cruzada, con una gran corbata de seda rosa. La americana olía a naftalina. Él era menudo, con el cabello canoso cortado a cepillo, la barba canosa corta e hirsuta, la boca pequeña, fina y seria. La habitación estaba llena de gente. Había mujeres que lloraban, mujeres que rezaban. Carmine había vivido de pequeño entre campesinos, y le resultaba bastante familiar la gente de aquella habitación, las mujeres con sus pañuelos negros, todas aquellas caras ajadas y quemadas por el sol

y el viento, y cubiertas de arrugas profundas y delgadas, y le resultaba familiar también el suelo de ladrillos arcillosos y viejos, el brasero, el olor a moho y a ceniza. Hasta los doce años había vivido en una casa parecida a aquella; después unos tíos suyos se lo llevaron, lo metieron en el colegio, hicieron que estudiara. Sus padres aún hoy vivían en habitaciones similares a aquella y, a pesar de que les mandaba dinero, no realizaban grandes cambios. En la habitación no había más que la cama entre las paredes desnudas; en cambio, la cocina a la que fueron más tarde era otra cosa, no tenía nada que ver con las cocinas de los campesinos, por todos lados había montones de revistas médicas, atlas y periódicos, botellas vacías y llenas de polvo, trapos viejos y comida en lata. A Carmine le presentaron al hermano y a la cuñada de Amos Elia; el hermano de poca estatura, trastornado y débil, y la cuñada con una gran cabeza de tirabuzones rubios y cara de muñeca. El hermano se llamaba Armandino; la cuñada, Ornella. El hermano tenía una tienda de electrodomésticos en Viterbo. Matteo Tramonti susurró a Carmine que salía con Ivana a la plaza porque ella no soportaba a esos dos. Carmine en cambio se quedó atrapado entre Ornella y Armandino. Ellos creían que era un viejo amigo de Amos y a él le pareció complicado explicar que no lo había visto jamás. Quisieron que tomara con ellos una taza de café. Amos había dejado, dijeron, dos notas. No estaban dirigidas a nadie. Una decía: «El perro no puede cambiar de pueblo. Dádselo al alcalde». La otra decía: «Tenéis que avisar a mi esposa. Supongo que estará en una pésima situación económica. Mandadle el dinero de la casa en cuanto la vendáis. Se llama Irene Kramer, vive en Berlín Oeste. Ha cambiado de dirección, pero no la sé. También es verdad que podría estar muerta». De

aquella esposa de Amos, Armandino sabía más bien poco. Era mitad belga, mitad rusa. También era medio hebrea. Era medio de todo. Él solo la había visto una vez, en Viterbo, hacía muchísimos años. No hablaba italiano y tenía la voz ronca. Amos le hablaba en un francés inventado por él. Habían vivido juntos pocos meses. En el pasillo, en un armario, había aún un abrigo suyo. Armandino se preguntaba cómo encontrarla, cómo saber si estaba viva o muerta. Sí, a través del consulado, es verdad, pero en el consulado él no conocía a nadie. Carmine pensó que quizá Evelina tenía en los consulados, en las embajadas, algún conocido. Prometió ocuparse del asunto y le dio su número de teléfono a Armandino. Mientras salían y recorrían el pasillo, Ornella quiso que viera el abrigo. Estaba colgado en el armario, y no había nada más colgado, solamente mantas apiladas y más periódicos. Era un abrigo negro, con un gran cuello de astracán pelado. Era un abrigo de «sacada del arroyo».

Había otra cosa que le preocupaba, dijo Armandino, el alcalde no quería el perro. Había que dárselo a alguna otra persona, pero en la nota decía que «el perro no puede cambiar de pueblo», o sea que llevarlo a Viterbo no podía ser. El perro estaba allí, detrás de la casa, y quisieron que lo viera. Detrás de la casa había un árbol enorme y una pila de basura. El perro estaba atado al árbol. Era un perro largo, flaco, viejo, con largas orejas caídas sobre la cara triste. Se llamaba, dijo Armandino, Sheriff.

Armandino y Ornella se habían pegado a Carmine y lo siguieron hasta la plaza y al estanco, adonde él, para quitárselos de encima, les dijo que iba. El estanco era también el bar, y allí estaban Matteo Tramonti e Ivana tomándose un capuchino. Armandino invitó a todos a comer diciendo que en el campo había un restaurante estupendo,

con un vino estupendo. Ivana contestó que con el capuchino tenía bastante. Se libraron de aquellos dos a duras penas, Ivana caminando hacia el coche con las manos en los bolsillos y paso rápido, Carmine y Matteo Tramonti prometiendo volver al cabo de poco tiempo.

Pasaron toda la tarde caminando por el campo. Carmine rodeaba los hombros de Ivana con el brazo. Ella estaba callada. No lloraba. Él recordó que no había llorado ni siquiera cuando se había muerto la niña. Él veía su perfil pálido, la nariz larga, aguda y fina, el pelo moreno enroscado en lo alto de la cabeza, el abrigo viejo y raído, de «sacada del arroyo». Los tres estaban callados. Él pensó que eran, aquellas dos personas, Ivana y Matteo Tramonti, las personas con las que se sentía más a gusto en el mundo. Estar con ellos era fácil. Cuando estaba con todos los demás, con Ninetta, con los diversos amigos de Ninetta, con los diversos parientes de Ninetta, y también con los arquitectos que trabajaban con él en el estudio, se sentía obligado a agazaparse en una postura incómoda y complicada, y sentía que se volvía a la vez estúpido y retorcido.

Luego, mientras descansaban sentados en un prado, Ivana y Matteo Tramonti se pusieron a hablar de Amos Elia alegremente, y como si aún estuviera vivo. Cuando cantaba. Cuando preparaba el potaje. Cuando contaba algunos sueños que tenía, extraños, largos, llenos de animales. Cuando se vestía bien, con la americana cruzada azul y la corbata de seda, para ir a cenar a casa del alcalde. Cuando iba en moto, brincando por aquellos caminos de cabras, asustado y cauteloso. La moto había dejado de usarla en los últimos años y la tenía un campesino. Iba de vez en cuando a visitarla, como se visita a un animal o a un niño que cuidan otros. A veces hablaba de

aquella esposa que había tenido, con quien se había casado durante la guerra, medio hebrea y extranjera, con quien se había casado para que mejorara su situación con la policía, y solo por eso. Sin embargo, durante un breve periodo, semanas o meses, él había deseado tener un hijo con ella. Pero pronto le pareció una idea descabellada. Por otra parte, tenía el útero retroverso. Pronto se dio cuenta de que no la aguantaba, era muy pesada, según decía él, pero siempre había conservado algunos objetos de ella, una tortuguita de marfil, un neceser despedazado y el abrigo. Recordaba su voz ronca, sus movimientos lentos y torpes, porque era una mujer, decía él, con la presión baja y la sangre floja. Después de la guerra se habían separado. Solo una vez había visitado ella Fontechiusa para verlo, y habían tenido una discusión terrible, por política, porque ella estaba contra Stalin, y también él, pero desde un punto de vista diferente, y luego por una camisola de lana que ella se había olvidado en la cocina y que él había utilizado sin darse cuenta para limpiar la moto. Ella se había ido aquel día completamente indignada, con una indignación ardiente aunque ronca, manchas rojas en la cara pálida, y él la había acompañado al autobús, con profundo alivio, le había colocado sobre las rodillas un paquete con algunas cosas buenas para comer durante el viaje, y ella mientras tanto repetía que él trataba sus cosas como trapos. Pero se había dejado aquel abrigo, y enseguida le había escrito para decirle que no se lo enviara, que total él no servía para hacer paquetes postales, ni era bueno comprando comida, porque en aquel paquete había un queso que parecía jabón. Después había desaparecido, él le había perdido la pista. Era una mujer que no valía gran cosa, decía él, y además le gustaba vivir solo. Estaba muy

unido al hermano, y aguantaba también a la cuñada, pero se burlaba de ella, por sus tirabuzones rubios, por sus zapatillas, y se enfurecía cuando la veía ponerse un delantal y prepararse para limpiarle la casa. Él no quería que nadie le limpiara la casa. Cayó, hacia el anochecer, un chaparrón, y estaban calados hasta los huesos cuando llegaron al hostal de Todi, donde habían reservado las habitaciones. Cenaron en el restaurante del hostal, después se quedaron un buen rato en el vestíbulo bebiendo aguardiente y secándose la ropa junto a una estufa de leña.

Se marcharon al día siguiente, después del entierro. Carmine dijo que quería pagar la cuenta del hostal, a Ivana porque era pobre, a Matteo Tramonti porque era un muchacho. Ivana protestó un poco, señaló que ya no era tan pobre, tenía unos padres acomodados que le daban dinero cada vez que lo necesitaba; Matteo Tramonti no protestó. Hacía media hora que habían salido cuando Ivana dijo que quería volver a buscar al perro. No estaba tranquila pensando en el perro, solo en aquel triste patio. «*Cveo* que tienes *vazón* —dijo Matteo Tramonti—. Qué es eso de que un *pevvo* no puede *cambiav* de pueblo. *Pov* qué. Son esas idioteces que soltaba de vez en cuando». Volvieron. En la casa de Amos Elia, en la cocina, Armandino y Ornella estaban hojeando atlas, revistas y periódicos. Entró Carmine solo. Dijo que la señora Riviera quería quedarse con el perro. Su hija, Angelica, sentía verdadera pasión por los perros. Era mentira, porque Angelica no soportaba a los perros. Armandino se quedó perplejo. Él quería insistirle al alcalde. Pero Ornella dijo que en realidad la voluntad de los muertos había que interpretarla. Amos deseaba que el perro estuviera contento. Qué podía haber mejor para un perro que lo quisiera una muchacha. El perro estaba

siempre allí, atado al árbol. Lo metieron en el coche, en brazos de Matteo Tramonti. Ornella y Armandino se quedaron inmóviles viendo cómo se alejaban, pequeños, él flaco y encorvado, y ella erguida, tiesa y rolliza. Dijo Matteo Tramonti que parecían sacados de un teatrillo infantil. Armandino y Ornella, él bueno muy bueno, ella bella muy bella. El perro ladraba, y ladró durante todo el camino. Dijo Ivana que quizá se quejaba por el disgusto de que lo llevaran a la ciudad. «Ah, no —dijo Matteo Tramonti—, nada de *volvevse atvás*, *pov favov*».

Carmine llegó ya avanzada la tarde a su casa. Era domingo. Ninetta llevaba aquel día un jersey nuevo de color rojo, Dodò jugaba con los coches en la alfombra, Evelina había llevado un bizcocho, bebían té, Ciaccia Oppi cosía, a petición de Ninetta, una enorme media luna en un traje de mago que Dodò tenía que ponerse para una fiesta de disfraces, al cabo de unos días, en casa de la madre de Ciaccia Oppi, en Velletri. Dominaba la sala la gran cabeza de Evelina, con sus vaporosos cabellos azules, su altura imponente y enérgica y su sonrisa, similar a la de Ninetta, ofrecida como una joya, pero acompañada de la íntima satisfacción de ser, en la vejez, así de alta, erguida y fuerte. Era como un monumento a la vejez elegante, sabia, sobradamente adinerada y sana. Carmine sintió que la odiaba. Odiaba también a las otras dos que estaban con ella. Le pareció horrible que en medio de aquel odio estuviera mezclado Dodò. Odiaba a todas las personas de aquella sala, y la sala. Dijo que quería salir de paseo con Dodò. Lo disuadieron. Dodò estaba a punto de comer su papilla y después tenía que probarse el traje de mago. «No pareces triste para venir de un entierro —dijo Evelina—. Pareces irritado, pero no triste. Como si estuvieras enfadado con

alguien». «Estoy cansado». «Tampoco tienes pinta de cansado; al contrario, tienes buen color, y eso que normalmente estás bastante pálido». «Me gusta el campo —dijo él—. Nací en el campo, y cuando voy al campo me siento bien. Era bonito el lugar en el que hemos estado». «Habéis estado, porque erais unos cuantos, de hecho habéis cogido el coche grande. Así que Pina, Mimmo y yo nos hemos quedado sin ir a Lucca, pero da igual, no era importante. El Mini no lo hemos cogido porque no va demasiado bien. Me sabe mal por Mimmo, que estaba tan ilusionado con esta excursión», dijo Evelina. «Lo siento. Perdón», dijo Carmine. «Estaba Ivana Riviera, claro, el muerto era amigo suyo, y quién más había», preguntó Evelina. «Matteo Tramonti». «Ah, Matteo Tramonti. El hijo de la abogada. Un chico, dicen, con inclinaciones particulares». «Maricón», dijo Ciaccia Oppi. «Sí, pobrecillo, un maricón». «Era un lugar muy bonito —dijo Carmine—. Me habría gustado vivir en el campo, y ser médico quizá, como Amos Elia». «Él vivía tan bien que se ha suicidado», dijo Ninetta. «Era muy neurótico —dijo Ciaccia Oppi—. Me lo ha dicho mi prima. Mi prima es de por allá. Estaba solo, no tenía a nadie. O puede que sí, un hermano». «Habría que buscar a su esposa en Berlín —dijo Carmine—, a través de los consulados, las embajadas, si conocierais por casualidad a alguien». «No tenía esposa», dijo Ciaccia Oppi. «Sí, tenía». «Al entierro de Oreste Padúla no fuiste, y sin embargo habíamos comido muchísimas veces con él, y en cambio te vas corriendo al entierro de ese médico, al que nunca has visto la cara», dijo Ninetta. «Y quién es Oreste Padúla», preguntó Ciaccia Oppi. «Un pariente nuestro, que murió de una trombosis el otro día», dijo Ninetta. «Tú tienes un montón de parientes —dijo Carmine—, no puedo estar por todos». «También tú tienes un

hormiguero de parientes —dijo Ninetta— en Vinchiaturo, en Aquila, y yo soy amable con todos. Les escribo postales. Los invito cuando vienen aquí. Y eso que no son nada divertidos». «Amos Elia no tenía esposa», dijo Ciaccia Oppi. «Sí que tenía. Habría que encontrarla». Evelina negaba lentamente con su cabeza azul. «No conozco embajadores en Berlín», dijo. «Solo faltaría que ahora, además, tuviéramos que ponernos a buscar a la esposa de Amos Elia», dijo Ninetta.

Matteo Tramonti telefoneó a Carmine aquella noche, después de cenar, y le dijo que Ivana estaba muy decaída y que quizá le gustaría que él fuera un rato. Ivana estaba tumbada en la cama. Estaba tiritando de frío, envuelta en el edredón, ojerosa, despeinada, releyendo las cartas de Amos Elia, pocas, dijo ella, y muy breves. Nunca escribía cartas largas. No tenía paciencia. Aquellas pocas cartas breves se las había escrito al principio de conocerse, cuando pensaba que ella le importaba, luego ella había dejado de importarle, se había aburrido de ella. Matteo Tramonti dijo que no era verdad. Ella dijo que sí, que era verdad, que era así y que de nada servía fingir otra cosa. Carmine le acariciaba las manos, esas manos delgadas, pálidas y vigorosas que él conocía desde hacía tanto tiempo. Isa Meli dijo que era cruel consigo misma, que siempre lo había sido. Le gustaba arañarse y herirse con cada pensamiento. Isa Meli estaba sentada junto a la cama de Ivana y hacía punto, Matteo Tramonti jugaba al ajedrez con Angelica; Daniele, el hijo de Isa Meli, miraba y hacía sugerencias, pues, pese a ser tan pequeño, era muy bueno en el ajedrez. El perro dormía. Carmine pensó que Daniele era muy precoz. Dodò no solo no sabía nada de ajedrez, sino que además se movía de una manera muy

torpe e insegura, y no era demasiado despierto, pensó, estaba atrasado para su edad. Dodò tenía, como Daniele, cinco años. Tal vez le daban demasiadas papillas de sémola. Estaba gordo. No hay que dar papillas de sémola a los niños gordos. Había que pedir al pediatra que le diera una nueva dieta. A saber qué comía Daniele. Le preguntó qué había cenado. Daniele respondió que había comido coliflor. «¿Con vinagre?», preguntó él. Sí, claro. A Dodò no le daban vinagre. No había probado una gota de vinagre en su vida. Él recordó las cenas de su infancia, pero ni siquiera eran cenas, eran trozos de sobras con pan. «A Dodò le dan siempre papillas de sémola por la noche —dijo—. Y luego mucha leche. Bebe un litro de leche al día». «Pues a Daniele la leche le hace vomitar —dijo Isa Meli—. Come de todo. Verduras en vinagre. Embutido. Lo que encuentra por la cocina. Pero está fuerte. Muy delgado pero fuerte. Amos Elia decía que los niños, cuanto más delgados, mejor. Era muy buen médico. Era bueno sobre todo con los niños. Cuando venía, yo hacía que viera a los niños, y los examinaba muy bien, de la cabeza a los pies. Y además se lo pasaba en grande con ellos. Tenía paciencia. Les dibujaba animales. Eso sí, vino pocas veces». «Dos veces —dijo Angelica—. Una vez trajo un salchichón. La otra vez, nueces. Pero las nueces por dentro estaban todas vacías o negras». «*Víbova* —dijo Matteo Tramonti—. Solo te *acuevdas* de lo vacío y de lo *negvo*». Carmine estaba muy cansado y se quedó dormido en la butaca, hasta que lo despertaron y le dijeron que se fuera a casa, que era medianoche pasada.

Durante los meses siguientes Carmine se acordaba a menudo del traje de mago y de Ciaccia Oppi cosiéndole, absorta, con las gafas caídas sobre la nariz, una gran media luna de plata. Le llegaban de

aquella zona soplos de dolor. En la fiesta de disfraces de Velletri, en la casa de la madre de Ciaccia Oppi, Ninetta conoció a un periodista cuarentón llamado Giose Quirino y se enamoró perdidamente de él. Ya lo conocía un poco, pero al quedarse con él en la cocina largo rato preparando los sándwiches, y al ponerse después a colgar en los pasillos adornos de papel rojo, se enamoró de él. Carmine recordaba el momento en que habían partido hacia Velletri Ninetta, Dodò y la hermana menor de Ninetta, Mariolina, en el coche de Ciaccia Oppi, con el traje de mago, y con el traje de Shirley Temple para Mariolina, es decir, una enorme peluca rubia y una falda muy corta de organdí blanco con flecos rosas. Ninetta se pondría una túnica negra y sería la Reina de la Noche. Por la tarde Ninetta le telefoneó y le dijo que no sabía si ponerse aquella túnica negra o solo unos cuantos harapos, no sabía si ser la Reina de la Noche o una mendiga. Estaba indecisa. Carmine pensó después muchas veces en aquella llamada telefónica, porque fue la última vez que hablaron de una manera cercana y tranquila. Él le dijo que lamentaba no haber ido, que no le gustaban demasiado las fiestas de disfraces, que estaba bien vestirse de Reina de la Noche pero también de mendiga, que pasearse por ahí con harapos de mendiga también podía estar bien. Le dijo que sentía que hubiesen sido, en los últimos tiempos, poco afectuosos el uno con el otro, y un poco buscapleitos, y dijo que tal vez podían irse, muy pronto, a hacer un pequeño viaje de pocos días, quizá a Perugia o a Asís, que él tenía muchas ganas de ver ya fueran iglesias y cuadros, ya fueran prados y bosques, que podían pernoctar en pequeños hostales, quizá algo fríos e incómodos, y levantarse por la mañana y enseguida hundir los pies en la hierba húmeda. Ella dijo que quizá podían ir un poco

más lejos, a Viena o a Praga, y que también ella tenía ganas de ver iglesias y cuadros, pero ese deseo de hierba húmeda no lo tenía, entre otras cosas porque aquella casa de Velletri ya era bastante húmeda. Él dijo que harían lo que ella prefiriese. Ella le dijo que no se quedara solo, que fuera a comer a casa de su madre, al piso de abajo, o a casa de Ivana, como prefiriera, porque su cocinera era, especialmente cuando tenía la menstruación, bastante malcarada. Le parecía recordar que justo esos días estaba con la menstruación. Si decidía ir a casa de Ivana, podía llevar el asado que había en la nevera, si iba al piso de abajo no, porque eran bastante melindrosos con los asados. Luego dijo que colgaba, que, si no, Ciaccia Oppi gastaba demasiado.

Al día siguiente fue a buscarlos. Conocía la casa de la madre de Ciaccia Oppi, y conocía también a la madre, pero nunca se había dado cuenta, hasta entonces, de que fueran, casa y madre, tan tétricas. Era por la mañana. Entró en una enorme sala porticada, que se abría a un gran jardín frondoso y húmedo, e inmediatamente el deseo de hierba húmeda desapareció de él. La madre de Ciaccia Oppi caminaba despacio por la sala apoyándose en un bastoncillo con la empuñadura de plata, seguida por una enfermera. Inspeccionaba el desorden de la fiesta, señalaba con el bastoncillo el confeti desparramado, los trozos de un vaso en la chimenea, las manchas en las alfombras. Era justo lo opuesto a Evelina, una vieja minúscula con la cara alargada del color del marfil, la espalda encorvada y sobre la espalda encorvada un chal de encaje. Él pensó que aun siendo todo lo contrario a Evelina se podía ser, de viejo, insoportable. Ciaccia Oppi estaba limpiando un sofá en el que alguien había derramado una taza de chocolate. Rociaba el respaldo

con espuma, con un pequeño frasco, en bata y chanclas, y Ninetta, también ella en bata, la ayudaba frotando con fuerza con una esponja. Ninetta tenía la cara hinchada y los ojos pequeños, como si hubiese dormido poco o hubiese llorado, y le dijo que tenía un terrible dolor de cabeza porque la fiesta había sido agotadora, larga, había empezado por la tarde con una merienda para los niños y había terminado a altas horas de la noche entre adultos, pero aún con la bulla de algunos niños. Dodò y Mariolina todavía dormían. Ella subió a despertarlos y a prepararse para partir. En la casa reinaba un mal humor general, Ciaccia Oppi y su anciana madre intercambiaban cuchicheos irritados, a la enfermera se la veía mortificada porque la vieja no paraba de decirle que no le estuviera tan encima y que ella sabía caminar sola, la criada que recogía los platos sucios decía que era inútil aplicar aquella espuma con tanto afán porque el sofá ya no tenía arreglo. Dodò y Mariolina, soñolientos y atontados, fueron depositados en el coche junto a la bolsa de los trajes y los juguetillos que habían recibido durante la fiesta, y Ninetta se sentó junto a Carmine después de abrazar a Ciaccia Oppi, que le acarició la cara con una especie de conmiseración maternal, como después de un acontecimiento triste. Durante el viaje los niños dormitaban, Ninetta miraba hacia fuera, fumando y arrebujándose en el abrigo. Respondía a Carmine de mal humor, sí, estaba guapo Dodò, bonita la media luna de plata, y también Shirley Temple, que sí. No; ella de mendiga no, de Reina de la Noche. Carmine dijo que quería un capuchino, no le había ofrecido ni siquiera un mísero capuchino aquella vieja bruja. Salió el tema de que quizá quien había derramado el chocolate en el sofá había sido Dodò. Él dijo que otro niño le había dado un empujón. Era un sofá Luis XV, dijo Ninetta,

auténtico Luis XV. Carmine entró solo en el bar, Ninetta esperaba con los niños en el coche, aún pálida e hinchada. En cuanto llegaron a casa fue a tumbarse en la cama, y cuando Carmine le preguntó por la noche si quería que al día siguiente, lunes, fuera a una agencia para arreglar lo del pequeño viaje a Viena o a Praga del que habían hablado por teléfono, contestó que quizá más adelante, quizá en primavera, o en verano. En los días que siguieron él ya no conseguía reconstruir en qué momento exacto tuvo claro que, cuando ella salía, no salía para ir a casa de Ciaccia Oppi o al supermercado o a jugar al tenis, tuvo claro que ella no iba a ninguno de esos sitios. Carmine se encontraba a menudo, al volver a casa, con que Ciaccia Oppi se había quedado a comer, sola, sin el marido, y después de comer Ciaccia y Ninetta se encerraban en el cuartito amarillo, un cuartito que durante un tiempo había sido, cuando Dodò era pequeño, la habitación de los juegos. Allí seguían el parque, elefantes y jirafas pintados en los armarios, y Ninetta quería que todo permaneciera tal cual porque podía ocurrir que tuvieran un segundo hijo. Dodò tenía ahora otra habitación para jugar, grande, con un escritorio, un mapamundi y un ábaco, todo listo para cuando empezara a estudiar. Carmine llamaba al cuartito amarillo, donde estaban encerradas Ciaccia y Ninetta, para preguntar si Dodò tenía que bañarse, si la cocinera debía comprar el jamón dulce o no. Le contestaba la voz de Ninetta, un murmullo quejumbroso, y después la voz de Ciaccia Oppi, resonante, que decía que sí o que no. Él había interrogado a Ninetta y ahora sabía que tenía una relación con Giose Quirino y que sufría muchísimo, pues siempre había pensado, durante el transcurso de su existencia, que el adulterio era algo triste e indigno. Sufría, pero quizá también se sentía audaz y atónita

por vivir una aventura triste e indigna. La antigua sonrisa de Ninetta, radiante y fija, había desaparecido y en su lugar había ahora una sonrisa pequeña y humilde, afligida y temblorosa. Carmine había conocido a Giose Quirino en casa de Ciaccia Oppi algunos meses atrás. Le parecía un triste idiota. Era un hombre alto, delgado, con el rostro lleno de surcos, arrugas y bolsas, un tupé canoso, ojos claros, la típica persona delgada que siempre viste suaves y elegantes jerséis blancos de punto. Ninetta había dicho, al verlo por primera vez, que parecía un mono. Dodò tenía aquel mono de paño, ahora hecho pedazos y con la cabeza bamboleante, y quería dormir siempre con él. Por las noches no había forma de encontrarlo y había que buscarlo por toda la casa. Ninetta había dicho, recogiéndolo de debajo de un mueble, que se parecía a Giose Quirino. Qué lejos quedaba aquel momento. Carmine había dicho que la cara de Giose Quirino, bronceada y llena de bolsas y arrugas, también podían confundirla, quienes no lo conocían, con una cara áspera y fuerte y curtida por profundas intemperies, mientras que él estaba sin duda pendiente tan solo de si la mueca que le contraía los labios era lo bastante masculina y lo bastante asqueada. Era, había dicho Carmine, un triste idiota. Ninetta había asentido. Qué lejos quedaban aquellas críticas pacíficas, aquellas afirmaciones. Tan bronceado en pleno invierno que parecía que viniera del Everest, había dicho Carmine, y Ninetta había dicho que se bronceaba en casa con la lámpara de cuarzo, se lo había dicho Ciaccia Oppi, porque nunca iba a la montaña, jamás la había pisado. Tenía una esposa baja y gorda, con acento piamontés, con pinta de portera. Tenía una hija de dieciséis años, fea, gafuda y torpe. No le gustaba tener cerca a su esposa y a su hija, pero a veces no conseguía

dejarlas en casa, ellas lo seguían, la esposa contaba con su acento piamontés cosas que él no quería que se dijeran, la gimnasia y la dieta que hacía para mantenerse así de esbelto y ágil, los jerséis blancos de punto comprados a buen precio en una tienda escondida de la que no daba la dirección a nadie. Cuando estaba con la esposa y la hija, la mueca asqueada se volvía más floja y cansada. A Carmine le parecía extraño y triste pensar ahora en la cara de Ninetta, blanca, fresca y delicada, al lado de aquella cara llena de arrugas y bolsas, contraída en una falsa mueca asqueada. Un día, Ciaccia Oppi lo visitó en su estudio de la calle Vite. Llevaba en la cabeza un enorme sombrero de castor. Era marzo, pero fuera hacía mucho viento, con ráfagas de lluvia e incluso de nieve. Ciaccia Oppi le dijo que Ninetta estaba enamorada, pero perdidamente enamorada, y que pensaba dejarlo, llevarse a Dodò, irse a vivir con Giose Quirino. Por otra parte, dijo Ciaccia Oppi, era comprensible que hubiese ocurrido. Desde hacía mucho tiempo Carmine desatendía su casa, pasaba horas y horas en la calle Vantaggio. Ahora no podía sorprenderse de nada. Él dijo que no le sorprendía nada, pero que no dejaría a Dodò en manos de aquel triste idiota. Pero el triste idiota, dijo Ciaccia Oppi, se había mostrado capaz de atención, ternura y dedicación, cualidades que él, Carmine, pudo haber tenido pero había perdido. Él dijo que no creía que tuviera que defenderse de sus insinuaciones, le habría parecido humillante, no quitaba nada a nadie estando a menudo en compañía de Ivana, les unían muchos recuerdos, Ivana y Angelica eran las únicas amigas leales que tenía en el mundo. De inmediato le pareció ridículo haber mencionado a Angelica, vio su mechón caído y su ojo serio. Ancha y redonda, la cara de Ciaccia le sonreía con una sonrisita irónica, y le

dio la sensación de que aquella sonrisa y aquel sombrero habían echado raíces ante él y que eran inextirpables. Pero finalmente se marchó. Él siguió con la vista el sombrero de castor que se alejaba por la galería acristalada, con un irónico balanceo.

Recibió una carta de sus padres. Decían que irían por Pascua, como cada año. La madre había terminado una gran colcha de lana roja, tejida por ella, para su cama de matrimonio. Recordaba que a los dos les gustaba mucho el rojo. Él les escribió para decirles que no fueran. Dijo que tenían de huéspedes a unos primos de Ninetta. Aquellas visitas de sus padres se habían convertido, con el paso de los años, en algo cada vez más fatigoso, porque siempre tenía la sensación de que tanto Ninetta como Evelina los trataban con grandes muestras de júbilo y agasajos, pero que en el fondo de todo aquel júbilo se escondía un profundo aburrimiento y el deseo de que se marcharan cuanto antes. Él pensaba que probablemente así, con aquellos grandes ataques de besos, con aquellas palmadas protectoras en la espalda, así trataba Evelina, cuando Ninetta era pequeña, a los padres de la nodriza. Cuando él y Ninetta decidieron casarse, había sido muy difícil para Evelina aceptar la idea de que Ninetta tendría como suegros a dos viejos campesinos, pero finalmente había adornado aquella idea tan extraña y difícil, ya que siempre estaba dispuesta a adornar todo cuanto le ocurría y todo cuanto tenía que ver con ella. Con un estupor extremo había sabido que la madre de Carmine, a quien ella sostenía por las habitaciones como si fuera una vieja decrépita, tenía cinco años menos que ella. Por otra parte, en realidad era fuerte como una roca, y en su casa lavaba la ropa en la fuente y cargaba con sacos de leña. Tenían lavadora y una estufa de queroseno, pero no acababan de fiarse ni

de la una ni de la otra. Evelina había sugerido a Carmine que llevara a su madre a su dentista, ya que tenía los dientes negros y deteriorados, pero se había desdicho de la oferta rápidamente, con el fulminante argumento de que la fabricación de una dentadura duraba meses además de ser, en aquel dentista, enormemente cara.

Los padres, cuando recibieron la carta de Carmine en la que les decía que no fueran, se quedaron bastante afectados y le escribieron para decirle que ellos se avenían a dormir en cualquier parte, con una camita tenían suficiente. Pero no irían si no eran bien recibidos. Enviarían la colcha por correo. La colcha llegó. En realidad no era roja sino anaranjada, con una estrella hecha de rombos verdes y negros en el centro. Ninetta la encontró horrible. La metió en el fondo de un armario. Carmine le dijo que al menos debía escribirles para darles las gracias. Ella aseguró que lo haría, pero no escribía nunca, y escribió en su lugar, con grandes halagos de la lana y la estrella, Evelina.

Carmine comprendió que Evelina, que solía adornar todo cuanto entraba a formar parte de su vida, no conseguía adornar a Giose Quirino y lo detestaba con todas sus fuerzas. Le parecía feísimo e idéntico a un monito. Cuando por la noche daba el mono a Dodò, levantaba la ceja y apretaba los labios, mientras agitaba con desprecio los pedazos que colgaban. Evelina odiaba a los feos y amaba a los guapos, y a Carmine lo encontraba muy guapo. Además, era su yerno y lo había adornado, al principio con cierta perplejidad y agotamiento, con un luminoso uniforme de gala. Para despojarlo de aquel uniforme hacía falta mucho tiempo, y por el momento había dejado a un lado todo lo que le disgustaba de él, y no era poco, y se había puesto de su parte. Giose Quirino le parecía,

como no se cansaba de repetir a Ninetta todas las mañanas, cuando entraba en la habitación mientras ella se vestía o se peinaba el flequillo o se ataba los botines, feísimo, zafio, grosero, vulgar, con una esposa horrenda, una hija horrenda, y opinaba que el periódico para el que escribía era un pésimo periódico. Decía que políticamente carecía de credibilidad, pues había cambiado muchas veces de partido y ahora había entrado en el Partido Republicano por oportunismo, porque tal vez le habían prometido un puesto mejor en otro periódico, y moralmente carecía de credibilidad porque tenía la costumbre de emborracharse todas las noches. Ninetta no decía ni que sí ni que no. Tenía siempre una sonrisa humilde, temblorosa, huidiza, pero había una especie de desafío en el modo en que meneaba la cabeza y se colocaba el cabello detrás de la oreja, después de haberse abrochado el último botón de su chaqueta de ante color arena.

Carmine recibió un día una llamada de Armandino, desde Viterbo. Ese día él estaba en la cama con un poco de fiebre. Tenía la sensación de que todo en la casa estaba patas arriba; la cocinera hablaba sola en el cuarto de la plancha y decía que quería irse porque había demasiado trabajo, la lámpara de al lado de la cama no funcionaba, Dodò andaba por ahí solo con una camiseta mugrienta, él había pedido té y el té no llegaba. Ninetta había salido. Tenía el teléfono junto a la cama. Contestó sin ganas y durante unos momentos no supo quién era el tal Armandino, cuya voz suave y confidencial irrumpía en la zona desierta y neblinosa en la que se sentía sumergido. Después lo recordó. También Ornella se puso al teléfono. Se quitaban el auricular para decirle que se acordaban siempre de él. Él no tenía nada que ofrecer, excepto su voz

desganada, ronca por la fiebre. Habían encontrado, dijo Armandino, a la esposa de Amos Elia. Ya no vivía en Berlín, sino en Lübeck. Tenía una pequeña tienda de cosméticos. No era pobre. No parecía muy interesada en que aquella casa se vendiera. Los invitaba a visitarla en Lübeck. Tal vez fueran, con el tiempo, quién sabe. Pero querían entretanto, muy pronto, hacer un breve viaje a Roma, verlo de nuevo a él, Carmine, y a Matteo Tramonti, y a la querida señora Riviera. Le preguntaron por el perro. Respondió que estaba muy bien. En realidad hacía cerca de diez días que no iba a la calle Vantaggio, porque la última vez que había estado allí Ivana estaba ocupada acabando una traducción y estaba cansada y nerviosa, y apenas lo había visto entrar le había gritado que a ella las historias de Ninetta y de los amores de Ninetta y el hombre con cara de mono no le importaban en absoluto, nada de nada, y que no quería ni oírlas. Él le había dicho que, sin embargo, necesitaba hablar con alguien de sí mismo. Si no, de qué servían los amigos. Ella le había replicado que no iba a su casa para hablar de él, en absoluto, que ojalá hubiese hablado de él, que en realidad hablaba de tristezas y de fatuidad. No hacía más que pensar en el hombre con cara de mono. Y no obstante sabía perfectamente que, con el mono o sin él, las relaciones con su mujer eran, desde hacía mucho tiempo, un desastre. Él se había puesto el abrigo y se había marchado. Ni siquiera la había llamado por teléfono, porque se sentía furioso y humillado. Había buscado a Matteo Tramonti, sin encontrarlo. Por eso no sabía que el perro, en esos diez días, se había puesto enfermo y había muerto. Se enteró por una carta de ella, que llegó aquella tarde, justo después de la llamada de Armandino. En la carta ella le pedía excusas por haberlo tratado mal y le pedía que fuera a

verla. El perro había muerto. Había muerto porque ya era viejo, le había dicho el veterinario. Pero ella pensaba que había muerto porque había cambiado de pueblo. Debía de haberle parecido horrible encontrarse en aquellas tres habitaciones y dormir en la cocina y asomarse por las mañanas a aquel balcón estrecho. Ella lo entendía. También a ella le parecían horribles aquellas habitaciones y tenía ganas de estar en otro lugar, pero no sabía dónde. Si hubiese sabido dónde quería estar, todo le habría parecido mejor y todo habría sido más soportable. Angelica, que siempre había detestado a los perros, se había encariñado muchísimo con aquel y ahora daba vueltas por la casa como un alma en pena. Quería otro.

Durante aquella larga tarde, mientras le subía la fiebre, pensó que Ivana y todo cuanto la rodeaba eran la mejor parte de su existencia y la única zona de donde provenía algo que lo hacía más inteligente, más singular y más fuerte. Lo había pensado muchas veces, pero aquella vez lo pensó todavía más. Cuando volvió Ninetta, con su sonrisa humilde, el flequillo un poco alborotado, la chaqueta de ante mojada por la lluvia, sintió pena de ella. Tenía en la mano una cesta llena de naranjas. Él había dicho que quería un zumo de naranja. Pero lo había dicho a las tres de la tarde y ahora era de noche. La idea de las naranjas debía de haberla perseguido mientras estaba en compañía de la mueca asqueada. Seguramente ella se había sentido culpable porque no había ni una sola naranja en casa, y porque la cocinera no bajaba a comprar ni aunque la matasen. Él no sabía dónde se veían Ninetta y la mueca asqueada, pero creía que se veían en una habitación abuhardillada, en la calle Porpora, encima del piso de Ciaccia Oppi, una habitación en la que Ciaccia Oppi había metido unos muebles viejos y que tenía una entrada independiente.

Ninetta quería ir de inmediato a exprimir naranjas, pero él dijo que ahora no las quería exprimidas. Sus relaciones eran, pensó él, desde hacía mucho tiempo, un desastre. No habría sabido decir desde cuándo, quizá desde siempre, pero en cualquier caso él ya no la amaba. Le parecía, no obstante, digna de piedad. Ella se sentó en la cama y dijo que la cocinera se había despedido, se lo había dicho nada más verla entrar, que la habían contratado solo para cocinar, había dicho, y en realidad hacía un montón de cosas y de cocinar, solamente idioteces. Él dijo que quizá habría que buscar otra, o quizá no, según cómo se plantearan su vida futura. Pero le dijo que ahora no quería hablar, ni pensar, porque tenía un terrible dolor de cabeza y fiebre, y se volvió hacia la pared.

Al día siguiente fue el médico y dijo que era una pulmonía, y Ninetta puso sobre la cómoda una tela blanca para colocar las medicinas, vistió la lámpara con un fular suyo de color rojo, desconectó la clavija y se llevó el teléfono a la sala. Ya no tenía coraje para salir y tenía una cara muy infeliz, y cada tanto desaparecía para ir a telefonear a la sala. Él le decía que saliera, que no necesitaba nada. Una vez salió, y lo dejó con Evelina. A Evelina le encantaba atender a los enfermos, y se quedó toda la tarde sentada en la butaca, erguida, con un pañuelito en la mano, arreglándose sobre la frente la vaporosa nube azul, sonriendo como se sonríe a los enfermos y hablando como se habla con los enfermos, pocas frases concisas y en voz baja, triviales y sosegadas. Ivana y Matteo Tramonti lo visitaron unas cuantas veces, pero él se encontraba mal y no los dejaban entrar, y lo saludaban desde la puerta y Matteo Tramonti, que nunca había ido a su casa, una vez le susurró: «Es

exactamente igual a un *pvesevvativo*», después de echar un vistazo a la sala y ver la lámpara junto a la mesa.

Por fin se curó y se levantó. Ninetta dijo que quería ver a Ivana y hablar con ella. Las veces en que Ivana había ido cuando él estaba enfermo, no había tenido tiempo de hablarle. Así que él telefoneó a Ivana y le pidió que fuera enseguida, sin Matteo Tramonti, sola. Ivana fue. Ninetta la llevó al cuartito amarillo. Pero no sabía con exactitud qué decirle, y quizá simplemente quería que Ivana la mirara, provista como estaba ahora de un gran amor, de un gran dolor y de un adulterio. Pronunció muchas frases confusas y complicadas, balbuceando y acompañando de gestos sus palabras, moviendo las manos en el aire, sin nombrar en ningún momento a nadie y vagando por la abstracción. La abstracción, sin embargo, no era su fuerte. Ivana entretanto miraba los elefantes y las jirafas pintados en los armarios con colores vivos, y de pronto le preguntó, desconcertándola por completo, cómo era que todavía tenía aquel parque si ya no había niños pequeños en la casa. Ninetta dijo que metían de vez en cuando al hijo de una prima suya. Luego Carmine fue al cuartito, en pijama, y llevó el té que él mismo había preparado, ya que la cocinera seguía aún en la casa pero estaba demasiado enfadada para hacer el té.

Después todo acabó entre Ninetta y Giose Quirino, y sencillamente una noche Ninetta volvió, se tumbó en la cama, cerró los ojos y le dijo a Carmine con voz lánguida que todo había terminado. Giose Quirino había dicho que no quería volver a verla porque la amaba demasiado y su esposa sufría demasiado. Su esposa tenía diabetes y estaba delicada del corazón. A la esposa y a la hija lo ligaba un afecto tan profundo que la infelicidad de ambas lo hacía

tremendamente infeliz. Ninetta pudo saciarse de la mueca asqueada en aquellos últimos días de sus encuentros, ya que prolongaron su adiós durante varios días y desentrañaron exhaustivamente la naturaleza y la complejidad de su unión. Después Giose Quirino partió de viaje a Córcega, donde tenía que realizar un encargo para su periódico, y se llevó a la esposa y a la hija. Carmine albergó la sospecha de que hubiese intervenido Evelina, a través de Ciaccia Oppi, ofreciendo dinero a Giose Quirino para que le dijese a Ninetta que todo entre ellos debía terminar. Pero era una sospecha imprecisa y podía incluso ser injusta, y quizá realmente había sido la diabetes de su mujer lo que había inducido a Giose Quirino a separarse de Ninetta, de aquellas agotadoras citas secretas, y quizá él prefería, antes que el flequillo negro, el templado moño de la esposa, doméstico, maternal y escasamente comprometido. Ninetta pasaba los días en la cama, pálida, con los ojos fijos en el vacío, mirando en el vacío cómo se extinguía su adulterio. Quiso ver a Ivana otra vez. Fue Ivana, y esta vez se quedaron en el dormitorio. Ninetta simplemente lloró e Ivana intentó consolarla. Pero ella no estaba hecha, tal y como dijo después a Carmine, para consolar a la gente. Ninetta le parecía profundamente estúpida y patética. La soportaba cuando lloraba, no la soportaba cuando vagaba por la abstracción. Pero no sabía qué caminos indicarle, no veía caminos. Ahora había que reconstruir el matrimonio, dijo Evelina a Carmine. Él intentaba volver temprano del estudio, se sentaba junto a la cama, acariciaba en silencio la mano de Ninetta, llamaban a Dodò. Aparecía Dodò con sus ojos redondos y asustados. Puesto que ya no tenían cocinera, comían en la cocina lo que Evelina mandaba desde el piso de abajo. Llegó el verano. Evelina había alquilado una casa en Poveromo,

grande, en medio de un pinar, y fue Carmine quien preparó el equipaje, porque Ninetta, a quien siempre le había gustado mucho hacer el equipaje, se sentaba ahora delante de las maletas vacías y las miraba fijamente, trastornada, mientras lentas lágrimas le rodaban por la nariz. Carmine temía que se volviera loca. En Poveromo, los primeros días, estaba siempre recostada en el porche, como una enferma, y no quería ver a nadie. A mitad de verano Evelina se fue, de modo que ellos dos se quedaron solos, reconstruyendo el matrimonio. Poco a poco Ninetta volvió a estar alegre y volvió a las cosas que le gustaban, el tenis, el velero, los baños de mar, el esquí acuático, y también a divertirse con algunos juegos tontos, por la noche en el pinar, con amigos, primero pocos, luego cada vez más. Le entraron unas enormes ganas de gente. Le habían quedado, no obstante, una gran pereza y una gran indiferencia por lo que la gente pudiera pensar de ella. Hacía que la gente se quedara a cenar, pero no le apetecía cocinar y tenía que hacerlo el mayordomo de Evelina, que no sabía cocinar y corría arriba y abajo con la cara ruborizada y aterrada. Las cenas eran caóticas y malas. Habían reaparecido en el rostro de Ninetta la antigua sonrisa ancha, radiante y fija, ofrecida como una joya, y el parpadeo, y sus extremidades tenían de nuevo aquellos lentos movimientos agraciados y lánguidos, y a su voz había retornado aquella suave cantilena infantil, que ella seguro que en su fuero interno adoraba y que se había desvanecido durante la época del adulterio. Carmine respiró tranquilo porque no se había vuelto loca. En una ocasión ella le dijo que la humillaba terriblemente la idea de que alguien hubiese preferido a una mujer baja y gorda, con los pechos prominentes y las piernas secas de gallina, un moño

descolorido, acento piamontés y pinta de portera, antes que a ella. Ya no le importaba en absoluto aquel hombre, no pensaba en él casi nunca; en cambio, en la mujer gorda y baja sí pensaba, y al pensar en ella sentía un fuerte dolor, como si alguien la quemara viva. Fue sin embargo la última vez que le habló a Carmine de sí misma; después, de sí misma con él no volvió a hablar. Él la oía a veces hablar de sí misma con otros, pero no le parecía que dijera la verdad. Pasado el miedo de que se volviera loca, se dio cuenta de que se aburría mortalmente, pero permaneció allí, en aquella casa del pinar, participando también él, por la noche, en aquellos juegos tontos con Ciaccia Oppi, amigos de Ciaccia Oppi, amigos de Ninetta, personas a las que él no tenía nada que decir. Volvió a Roma a finales de agosto. Ninetta y Dodò se quedaron en el mar. Con ellos se quedó Evelina, que había regresado de Chianciano.

La casa estaba vacía cuando, a primera hora de la tarde, llegó él. Los muebles de la sala estaban cubiertos con telas, las alfombras envueltas en periódicos y amontonadas bajo la mesa. Vio el gusano de seda y el preservativo, y en la habitación contigua, es decir, en el cuarto de juegos, el mapamundi y el ábaco. Había que inscribir a Dodò en la escuela y Ninetta había decidido hacía muchos meses, antes del adulterio, que iría a una escuela alemana preciosa, rodeada de un gran parque y que disponía de un autocar que pasaría a recogerlo y después lo llevaría de vuelta. Desde hacía meses Ninetta tenía preparados la bata azul con bordes negros que pedían en el colegio, una cesta grande para el desayuno y una mochila de plástico rojo con la cara de Sandokán. Acostumbraba hacer las cosas antes de que fueran necesarias, cuando le divertían, y la idea de tener un hijo que iba a la escuela le había divertido

entonces. Pero después no se había acordado de matricularlo. Había telefoneado a la escuela desde Poveromo y se había enterado de que ya no quedaban plazas, así que Carmine tenía que ocuparse ahora de buscar otro colegio, que probablemente no tendría parque ni autocar ni desayuno ni alemán. Carmine siguió un buen rato vagabundeando por la casa aquella tarde, después se dio una ducha y salió envuelto en la toalla a la terraza ardiente, donde la portera había regado las plantas pero se había olvidado de las dos tortugas, que estaban muertas y yacían cubiertas de hormigas, una entre los trozos de una maceta y la otra al lado de los depósitos del agua. Tiró los dos cadáveres y echó polvo insecticida por toda la terraza. Después llamó a la calle Vantaggio. Le contestó Angelica. Sí, podía ir. Sí, habían estado en un camping, en Cerdeña, con Isa Meli. Era bonito, sí. Bastante bonito. Pero habían tenido que ir al hospital de Sassari porque Isa Meli se había encontrado mal. Pues vaya, y qué le pasaba a Isa Meli. Un infarto. Dios mío. Y ahora cómo estaba Isa Meli. Bien. Estaba Olga. Quién es Olga, preguntó él. Olga. La tal Olga está en casa de Isa Meli, preguntó él. No, aquí. Isa Meli no está, continúa en Sassari, en el hospital. Pero quién es Olga. Olga es Olga. Pues muy bien.

Olga tenía una enorme nariz chata y con la punta respingona, la boca grande, siempre entreabierta, los dientes blancos y separados, y una larga melena castaña que llevaba suelta sobre los hombros. Vestía pantalones estilo pescador, remangados por las rodillas, y una camisa de cuadros. Fue ella quien le abrió la puerta, le tendió una mano delgada, morena y masculina, y dijo: «Olga». Cogió la bolsa de comida que él había comprado, un pollo asado, queso, unos melocotones, y lo llevó todo a la cocina. Caminaba deprisa,

echándose la melena hacia atrás, y se veía que se esforzaba por dejar claro que aquella casa le era ahora familiar, que sabía dónde iba cada cosa, que encontraba enseguida los vasos y los cuchillos, y que el acto de poner la mesa le resultaba habitual. Carmine se había sentado en la sala con Ivana, con Matteo Tramonti, y oía hablar del camping, de cuando Isa Meli se había encontrado tan mal y habían tenido que llevarla a Sassari en un coche que había pedido prestado Matteo Tramonti, que no estaba en el camping pero sí cerca, porque había ido a Cerdeña con un grupo que daba conciertos. A Olga la habían conocido en el camping y desde entonces no se había despegado de su lado. También ella había ido a Sassari y había esperado con ellos en un motel a que Isa Meli se recuperara. Sin embargo, a Isa Meli habían tenido que dejarla allí, porque debía guardar reposo durante algún tiempo en aquel hospital, de modo que se habían quedado con ella las dos hijas, y ellos, con Daniele, habían vuelto a Roma. Ahora Isa Meli estaba a punto de llegar e Ivana y Olga le habían limpiado a fondo la casa, habían colgado las cortinas de las ventanas y planchado el camisón, que ya estaba sobre su cama, y así, en cuanto llegara, podría acostarse. Carmine escuchaba y miraba alrededor, y se alegraba de estar de nuevo en aquella habitación y en aquella butaca, oyendo las voces de los únicos amigos que tenía en el mundo. Le producía cierto fastidio la tal Olga, a quien ellos parecían ahora tan unidos, pero no le disgustaba su modo de moverse por la casa echándose la melena de un lado para el otro.

Después todos se sentaron a la mesa, comieron el pollo asado, el queso y unas albóndigas con tomate que había cocinado Matteo Tramonti, y Angelica se manchó la falda de tomate y Matteo

Tramonti dijo que la falda estaba igualmente muy sucia sin el tomate y añadió: «Cuando una chica es *guavva*, se la *descavta* de inmediato».

Olga tenía veintisiete años. Era hija de un director de orquesta famoso, adinerado. Se alojaba con sus padres o con una hermana, o bien en casa de una amiga que vivía en la calle Salaria, o en casa de un estudiante de estadística con el que mantenía desde hacía años una atormentada relación. Como Matteo Tramonti, ella también elegía, cada noche, dónde prefería dormir. Poseía además un pequeño apartamento, completamente amueblado, en la calle Greci, pero no iba nunca porque le horrorizaba, a saber por qué. Vivían en él unos chicos que conocía, sin dinero, y ahora aquel piso era un caos, lleno de sacos de dormir. Ella, no obstante, se había reservado una habitación y les había pedido que no durmiera nadie en ella. No sabía si le habían hecho caso. Tenía un niño de dos años, que cuidaba su hermana, y, aunque quería lo mejor para él, no se sentía capaz de hacerse cargo. Escribía, y había publicado, pagándolo ella, un libro de poesía en una editorial de Catanzaro. Se titulaba *Tigres y senderos*. Eran poesías autobiográficas en las que salía el estudiante de estadística. Le contó todo esto a Carmine mientras él la acompañaba con el Mini a casa o, mejor dicho, a donde ella había decidido dormir esa noche. Había decidido dormir en casa de la amiga, en la calle Salaria.

Carmine tuvo con Olga una relación que duró dos meses, después se acabó. Durante algún tiempo le pareció que era muy feliz, y recorrió con la memoria todas las épocas en que había sido feliz, en que por la mañana la felicidad lo despertaba y lo invadía como un torrente cálido, y después no había en todo el día un solo momento

que no estuviera lleno e hinchado de esa buena agua, tan buena que todos los pensamientos nadaban y bebían de ella. Si ahora lo invadía de verdad aquel torrente cálido, o si por el contrario simplemente lo invadían antiguos recuerdos felices, no lo sabía con precisión. Al pensar en aquella muchacha, meses después, le pareció realmente muy extraño haber creído, aunque fuera solo por un instante, que ella podía conseguir que su vida fuera distinta de lo que era. Se veían en la habitación que ella tenía en la calle Greci, pasando por un largo balcón para no tener que saltar por encima de los sacos de dormir. Después caminaban, hablando sin parar, por calles que a él le parecían de pronto extrañas y nunca vistas, de pronto transitables y acogedoras, cuando en realidad eran las calles que recorría todos los días y que por lo general le resultaban monótonas, hostiles e inhóspitas. O bien iban a comer a la calle Vantaggio, y a él le parecía algo muy raro y feliz verla entre los demás, y verla moverse en aquellas habitaciones que él conocía desde hacía tantos años, o iban a recoger a Angelica al colegio, o iban, por la noche, al teatro del barrio Flaminio a buscar a Matteo Tramonti o a oírlo cantar y tocar. Ella seguía llevando los pantalones estilo pescador y la camisa de cuadros, pero con la llegada del frío se anudó sobre los hombros un jersey, y más tarde él, pensando en aquellos días, descubrió que en la época del jersey ya todo estaba convirtiéndose en nada, una circunstancia insignificante de naturaleza frívola, un asunto vano y sin importancia.

Él había pensado en vivir con ella en una casa. Después le pareció absurdo, como absurdas le parecieron las interminables conversaciones que habían mantenido, y absurda su severidad con ella. Era severo con ella. La incitaba a hacerse cargo del hijo, a

despojarse de las muchas costumbres de adolescente rica, avejentada y errante. Empezó a distinguir en sus labios una leve sonrisa fría, y cuando aquella sonrisa se convirtió en una respuesta habitual comprendió que su gran severidad ardía insensatamente en el vacío.

Ninetta, a mediados de septiembre, había ido con Ciaccia Oppi al lago Mayor y había dejado en Poveromo a Evelina con Dodò. Dodò perdió varios días de clase, pero Ninetta había decidido que debía estar mucho tiempo en el mar, porque le hacía bien y se divertía. Al final lo habían matriculado en un colegio de monjas, sin autocar, con desayuno, con parque. La bata azul con los bordes negros no servía para aquella escuela, donde exigían batas blancas, y Evelina llamó desde Poveromo a Carmine para decirle que comprara en el Upim una bata blanca, de modo que Dodò tuviera su bata cuando llegase. Carmine fue al Upim, compró la bata y la colgó en el cuarto de juegos, junto al mapamundi y al ábaco.

Llegó Ninetta en avión desde Milán, con Ciaccia Oppi, él fue al aeropuerto a recogerla y la encontró más delgada y morena, con un nuevo abrigo blanco. Poco después, esa misma mañana, llegaron Evelina, el mayordomo y Dodò. Había que encontrar una cocinera o, mejor dicho, lo que Ninetta se empeñaba en llamar «cocinera», aunque acostumbrara exigir, de aquellas a las que llamaba cocineras, todo, y solo consentía que se abstuvieran de limpiar los cristales, porque iba a limpiarlos el mayordomo. Encontraron cocinera con la ayuda de Ciaccia Oppi. Carmine pensaba que al cabo de poco tiempo, cuando Ninetta hubiera descansado, cuando hubiese deshecho el equipaje, cuando hubiesen quitado las fundas de los sofás, le diría que desde hacía algún tiempo salía con una chica, y

que no le parecía algo sin importancia. Pero tendía a posponerlo, y el equipaje estaba deshecho, los sofás sin fundas desde hacía varios días, la casa limpia y ordenada gracias a la cocinera, y él seguía sin decir nada. Ahora era él quien mantenía, junto a ella, ignorante, una relación adúltera. Pensaba que era mucho más astuto que ella, y más hipócrita, porque desde fuera, en su persona y en su cara, no debía de notarse nada. Había pensado, cuando Ninetta todavía estaba ausente, que no tendría ni el más mínimo sentimiento de culpa y, sin embargo, cuando Ninetta se acostaba junto a él con su camisón de tul verde, o cuando por la mañana se vestía, se peinaba el flequillo negro, se observaba con atención, acercándose al espejo, las mejillas, la barbilla y los labios, él experimentaba un fuerte sentimiento de culpa, tan fuerte y frío que tenía la sensación de que palidecía. Acompañaba a Dodò al colegio, lo veía adentrarse en el gran parque de las monjas, con sus piernas gordas, la bata blanca que asomaba bajo el abrigo, en la espalda la mochila roja con la cara de Sandokán. Entonces pensaba en el hijo de Olga, a quien nunca había visto porque ella no deseaba que lo viera y solía decir que lo conocería más adelante, pero no ahora, e imaginaba que se iban a vivir todos juntos en una casa, él, Olga, aquel niño, Dodò.

Ninetta supo lo de Olga en casa de Ciaccia Oppi. Ciaccia Oppi se enteraba de todo, y en lo concerniente a relaciones amorosas no se le escapaba nada, pues las relaciones amorosas eran lo único que verdaderamente le interesaba en el mundo. El mundo le parecía muy aburrido, pero por suerte existían las relaciones amorosas, que se entretejían y se deshacían formando arabescos y fuegos artificiales en la grisura universal. Además, Carmine no había ocultado su relación con Olga, desde hacía tiempo iban juntos por la ciudad,

comían juntos en los restaurantes. Ninetta, al saberlo, tuvo un comportamiento inesperado. Le dijo a Carmine con tono distraído que sabía que tenía una amante y que no le importaba en absoluto. Era una chica que iba por ahí con unos pantalones sucios, un impermeable sucio, unas sandalias miserables y unos sombreruchos cualesquiera. Tenía un hijo al que había dejado con su hermana, no quería ocuparse de él. Carmine dijo que era todo cierto menos lo del impermeable. No había ningún impermeable. Ninetta dijo que quizá lo mejor era separarse. Pero no, quizá mejor esperar a que Dodò se hubiese acostumbrado a ir a la escuela. Carmine dijo que Dodò iba a la escuela muy contento. Sí, pero nunca se sabía. Carmine la encontraba totalmente cambiada, su voz se había vuelto dura, áspera, y en las mejillas redondas y pálidas tenía dos ligerísimas arrugas. Ella se había apuntado a una escuela de pintura. Pidió a Ciaccia Oppi que le alquilara su buhardilla y todas las mañanas iba allí a pintar. Pintaba cuadros abstractos, con grandes grumos y copos de colores. Un pintor, amigo de Ciaccia Oppi, le dijo que eran interesantes. Ella construyó castillos sobre estas palabras. De la casa no se ocupaba, pero decía algunas maldades a la cocinera, muy deprisa y con voz seca, antes de salir. En el espacio de un mes cambiaron de cocinera dos o tres veces. Después contrataron a otra, vieja y cordial, pero sucia, y con aquella Ninetta se mostró bastante amable. Se peleó con Ciaccia Oppi por una mancha de humedad en la buhardilla, a pesar de lo cual conservó aquella buhardilla, que le parecía adecuada. Pero tenía otro círculo de amistades y decía que estaba harta de Ciaccia Oppi. A Evelina no le dijeron nada de Olga, y Evelina, cada vez que veía a Carmine, le decía que hacía falta una

gran paciencia con Ninetta, una gran prudencia y un gran equilibrio, porque solo así se podía reconstruir el matrimonio.

Escribieron los padres de Carmine preguntando si podían visitarlos. No era Semana Santa, pero era el día de Difuntos. Aun así deseaban ir y la madre de Carmine quería que la visitara un médico, un buen médico, porque tenía alta la urea. Esa vez no fue posible decirles que no fueran. Fueron. Carmine, obligado a acompañarlos al médico y a quedarse con ellos en casa por la noche, sentía deseos de estrangularlos. Los quería, pero los habría estrangulado. Ninetta había sacado del armario la colcha que había hecho la madre de Carmine y la había puesto en la cama. Evelina habló largo y tendido sobre el tema de la colcha, sobre la suavidad de la lana, sobre la estrella de rombos, sobre el extraordinario contraste entre aquel anaranjado y aquel verde. Carmine sentía deseos de estrangular también a Evelina, mejor dicho, sobre todo a Evelina. Después había que admirar las libretas de Dodò, los dibujos de Dodò, y el mapamundi y el ábaco. Había que admirar al pez rojo en su pecera redonda. Ninetta estaba siempre fuera y volvía solo a la hora de comer. Los padres de Carmine tuvieron claro enseguida que Ninetta no se comportaba con ellos como tiempo atrás, habían desaparecido los besos sonoros, los quesos y la fruta que iba a buscar a tiendas lejanas, la sonrisa había desaparecido. Seguía, eso sí, la sonrisa de Evelina, pero también resultaba algo más cansina, más distraída. Pensaban que Ninetta no estaba bien. Dijeron a Carmine que quizá Ninetta se cansaba demasiado, que quizá necesitaba más reposo. Pasaban los días y ellos intuían que había ocurrido algo, algo secreto y triste, de lo que era mejor no hablar. En la comida, sentados a la mesa de cristal, erguidos, junto al preservativo que se bamboleaba,

se metían en la boca pedacitos de pan y permanecían en silencio, incómodos. Carmine amaba y odiaba sus rostros de arrugas profundas y delgadas, su silencio de viejos que han comprendido. Se marcharon. Llevarlos a la estación y subirlos al tren supuso para Carmine una enorme liberación y una dolorosa tristeza.

Ninetta ya no quiso guardar la colcha en el armario, la dejó en la cama. Dijo que a fin de cuentas abrigaba, y, aunque fuera tan fea, no le importaba. Además, se había acostumbrado. Dijo: «Una se acostumbra a todo». Lo dijo con voz inexpresiva, encogiéndose de hombros.

Justo después de acompañar a sus padres al tren Carmine fue a la calle Greci, donde Olga lo esperaba. Durante aquellos días la había visto con prisas, algún rato. Tenía ganas de hablarle de sus padres, contarle cómo los había amado y odiado aquellos días. Pero ella estaba distraída, y no consiguió contarle nada.

Carmine no supo después, en los meses que siguieron, determinar en qué momento exacto había dejado de pensar que él y Olga quizá podían vivir juntos, en qué momento preciso la felicidad, o el deseo de la felicidad o el recuerdo de ella, lo había abandonado definitivamente, ni en qué día ni en qué instante él se había dado cuenta. Simplemente Olga empezó a llamarle al estudio, cada vez más a menudo, para anular sus citas. Tenía que ver al estudiante de estadística, porque estaba deprimido. Tenía que ver a su hermana, ir con ella al notario, firmar algunos documentos. Tenía que ir al cine con unos chicos a los que había conocido y que eran muy divertidos. Él empezó a interrogarla, pero obtuvo como respuesta una sonrisa. Era una sonrisa pequeña, apretada, fría, los cabellos se le apartaban rápidos y suaves hacia atrás, los ojos miraban hacia otra parte. Al

final ella le dijo que había otro, que se había cansado de él. Él quería saber quién era. Nadie, dijo ella, un chico. Desde hacía algún tiempo tenía unas ganas enormes de estar con un chico, con uno que llevara su existencia de una forma tal vez triste pero ligera. Él en cambio era mayor, serio, cargante, tenía una existencia cargante y la obligaba también a ella a soportar cargas. Él la juzgaba con severidad porque ella no tenía consigo a su hijo. La desaprobaba. Pues bien, ella no toleraba la desaprobación. Quería que la aceptaran tal como era. Él le dijo que, si bien le hablaba con severidad, nunca le quitaba por ello una sola gota de atención comprensiva. Sí, dijo ella, pero quería que la aceptaran como era. De todos modos no se trataba tanto de esto como de que simplemente le gustaba un chico, y además ella nunca tenía relaciones largas. Quizá se marchara durante algún tiempo con aquel chico, tal vez al mar, a alguna parte. Él tenía que dejar de pensar en ella. Se había acabado.

Entonces empezó para Carmine un periodo de mucho trabajo, ya que se había puesto a escribir un libro en el que pensaba desde hacía tiempo, sobre los barrios periféricos en las ciudades modernas. Trabajaba en su estudio de la calle Vite o a veces en casa, en el salón, junto al gusano de seda. La felicidad había sido para él durante aquellos meses algo incorpóreo y confuso, algo que quizá provenía de las zonas de las sombras y de los recuerdos, algo a lo que él había dado el nombre de «felicidad» porque estaba deseoso de alzar y agitar sobre él esta palabra. En cambio la infelicidad era verdadera y nada tenía que ver con las sombras o los recuerdos, imperaba en su existencia como si no se hubiese movido nunca de allí. Se levantaba temprano por la mañana, despertado por la

infelicidad como si esta volcara selvas y montañas sobre su cuerpo tumbado. Iba a la cocina a prepararse el café. Allí estaba la cocinera vieja y afable, con la trenza cana todavía medio deshecha sobre la espalda, y le decía algo, sobre el tiempo que hacía, sobre los radiadores, sobre el fontanero, sobre Dodò. Él respondía en voz baja, cansado. Ahora hablaba muy poco, y en voz baja, porque lo cansaba mucho hacer que sonara su voz, sacarla de aquellas selvas y montañas que la habían cubierto. Le dijo a Ninetta una noche, en voz muy baja, que con aquella famosa chica de la que le había oído hablar todo había acabado. Ninetta no dijo nada. Dijo únicamente que ahora él siempre hablaba en voz baja, como si se hubiese muerto alguien. Carmine dijo, igualmente en voz baja, que intentaría hablar más alto. Pero su auténtico deseo era en realidad no hablar nunca. Despacio, con cansancio, intentaba hablar con Dodò cuando lo acompañaba al colegio, o por la noche cuando esperaba, sentado en el cuarto de juegos, junto a la mesita roja, a que Dodò terminara de comer su papilla. Principalmente había que evitar, pensaba, los lugares contaminados. Estaban contaminados los lugares en los que había creído, aunque fuera de un modo vacilante e incierto, que aquella muchacha no era, en su vida, una circunstancia marginal e irrelevante. Ahora los lugares contaminados eran, en la ciudad, muchísimos, pero algunos resultaban particularmente intolerables. No al restaurante que había bajo su estudio. No al café que había bajo su estudio. No a la casa de Ivana. Después se dijo que todo aquello era una estupidez, porque, aunque evitara aquellos cafés y aquellos restaurantes, no podría evitar las calles, que estaban, en la ciudad, casi todas apestadas, plagadas de recuerdos, bullentes e infestadas de instantes perdidos. Ivana le dijo que se marchara

durante algún tiempo, que hiciera un viaje. Ella no era por lo general amable y paciente con la infelicidad, y solía decir que cada uno debía tratar su infelicidad con dureza, patearla, pisotearla. En cambio esta vez se mostraba cautelosa con él, dócil y amable. Él sin embargo no quería viajar ni moverse un solo milímetro del lugar donde estaba, y quería mantenerse cerca de aquel libro que había empezado. Ivana y Matteo Tramonti pasaban a buscarlo por el estudio e iban con él no al restaurante de abajo, sino a otro de la esquina, que él no había frecuentado en el pasado. Matteo Tramonti le decía que aquella muchacha «no valía ni una *libva*» y que él se había dado cuenta enseguida, desde la primera vez que la había visto. Los había engañado a todos, a Ivana, a Angelica, a Isa Meli, a las hijas de Isa Meli y hasta a Daniele. Estaban con ella como si de ella no fueran a separarse nunca más. Los había engañado a todos como tontos. Ivana decía que era una chica muy neurótica, que seguramente no tenía mal fondo. Pero el fondo, decía Matteo Tramonti, vete a *buscavlo* el fondo. Un buen fondo, decía, quizá lo tenía todo el mundo, o tal vez no todo el mundo pero casi. *Tigves y sendevos*, decía, cómo se podían publicar poesías con un título tan tonto. *Tigves y sendevos.* Por la calle Vantaggio, Olga no había vuelto a aparecer. Había telefoneado a Ivana una vez, para hablarle de una chaqueta que le había prestado a Angelica y que quería recuperar. «Ya lo ves —dijo Matteo Tramonti—, además es *avava*». Angelica había llevado la chaqueta a la portería de la hermana y se había encontrado a Olga en la puerta, con la hermana y el niño. Guapo, el niño. Olga solo le había dicho «hola», ni siquiera gracias, qué tal, y se había alejado enseguida, con pasos largos, arrastrando las sandalias, el jersey anudado en los hombros. «Y *pensav* —dijo

Matteo Tramonti— que *duvante* tanto tiempo venía a casa y comía y bebía, y *pavecía* que la casa *fueva* suya, suya la comida, todo suyo».

Ivana le dijo a Carmine que terminara con lo de los lugares contaminados y volviera a ir a todos los sitios adonde iba antes. Había que exorcizar esos sitios. Ella misma, dijo, tras la muerte de Amos había tenido que exorcizar varios puntos de la ciudad por los que había paseado con él o en los que se habían encontrado. Aquella chica, le dijo, en realidad tenía razón Matteo Tramonti, no era gran cosa. Él, Carmine, se la había inventado, porque había tenido la absoluta necesidad de inventarse una chica y situarla en el centro de su propia existencia. Carmine volvió a estar sentado, por la noche, en la butaca de la calle Vantaggio, mirando los techos, el puente, aquel meandro del río y los coches aparcados a lo largo de la calle. Volvió a ir, con Ivana y Angelica, al teatro del barrio Flaminio, donde Matteo Tramonti y su amigo Giuliano Grimaglia tocaban y cantaban casi todas las noches. Había siempre mucha gente. Estaba a veces la gorda abogada, con su pata coja estirada sobre un taburete. Había bancos de madera, escaleras de madera y, en el escenario, un andamio de tubos negros que una vez había servido para una obra y se había quedado allí.

Luego Carmine dejó de estar siempre callado, dejó de notar, al utilizar la voz, un sentimiento de cansancio y dejó de evitar, en la ciudad, algunas calles y algunos sitios. Aunque una vez le había parecido imposible, dejó de pensar en Olga, y cuando en ocasiones pensaba en ella su imagen entraba y salía de su pensamiento como entraban y salían tantas otras. Empezó a pensar de nuevo en Ninetta, sin amor, con una especie de triste y minuciosa curiosidad. Estallaban de vez en cuando entre él y Ninetta pequeñas peleas,

agrias pero desprovistas de ira, las voces permanecían tranquilas, nadie desde otra habitación se habría dado cuenta de que discutían, parecía que charlaran. Esas peleas tenían su origen en asuntos insignificantes, el fontanero, los radiadores, la cocinera, y desaparecían tal y como habían nacido, él las olvidaba enseguida y tan solo le quedaba, durante el resto del día, una sensación de malestar que ya no sabía de dónde provenía. A veces pasaban juntos horas de enorme tranquilidad, ella leyendo en el sofá, con el flequillo despeinado, él allí al lado, dedicado a esbozar con esmero en una hoja, con pincel y tinta china, mientras Dodò lo miraba, coches y motos y semáforos y personas repartidos por todas partes, porque Dodò tenía que llevar al colegio un dibujo con el título «Mi barrio». Aquellas horas de calma no generaban sin embargo ninguna tranquilidad real, del mismo modo que las peleas tampoco generaban ninguna ira real. La cocinera vieja y afable se despidió porque estaba cansada y llegó otra, de la que Ninetta decía que era aún más sucia y con la que discutía a menudo. En el colegio de Dodò hubo una función donde actuaban los niños y fueron Carmine, Ninetta y Evelina, con un gran sombrero negro. Se pasaron dos horas mirando a Dodò vestido de oficial de Napoleón, inmóvil en un rincón del escenario, junto al telón, con una capa roja y un tambor enorme. Ninetta le dijo a Carmine que, ya que nunca volvían a la misma hora y siempre uno de los dos despertaba al otro, era mejor que él se trasladara a la habitación que había al lado del cuarto de los juguetes, una habitación larga y estrecha, que nunca habían usado demasiado, destinada a ser el comedor cuando invitaban a mucha gente porque tenía un aparador grande, pero que a Ninetta no le gustaba. Mandó poner un somier y un armario y dijo que

pronto colocaría el aparador en algún otro lugar de la casa, de modo que la habitación tuviera aspecto de dormitorio. Sin embargo, el aparador se quedó allí, porque no se le encontró ningún otro sitio en la casa, y por otra parte a Carmine no le parecía extraño que hubiese un gran aparador, de ébano negro taraceado, lleno de porcelana y cristalería que tintineaba cuando pasaba por la calle el autobús, en la habitación donde él tenía que dormir.

Por lo demás, todo era provisional y ambos pensaban que tarde o temprano se separarían. Cuando llegó el calor, Evelina preguntó a Ninetta dónde pensaba ir de veraneo, pero Ninetta oía la palabra «veraneo» y disimulaba, hasta que al final quedó claro que no quería saber nada de alquilar una casa, a menos que su madre arrendase una y se fuera ella con Dodò. Pero Evelina ya no tenía a su mayordomo, que se había marchado a trabajar en un almacén, y tenía solo una mujer por horas y por la noche cocinaba ella misma. A la hija menor, Mariolina, la había enviado a Inglaterra a estudiar. De modo que tampoco ella quería saber nada de alquilar una casa y decía que lo mejor eran los hoteles, pero ella no podía, aquel verano, alejarse de Roma, porque tenía a los albañiles en casa, y por lo tanto su veraneo sería ir cada mañana a Fregene, con un chófer, mientras la criada por horas vigilaba a los albañiles.

«Qué fastidio», dijo Angelica. «¿Qué es un fastidio?», preguntó Carmine. «Estar aquí». Seguían sentados en el café, aunque Dodò se había acabado la copa Cíngara y se dedicaba a mirar, atónito, a la gente de las otras mesas, y aunque Daniele deambulaba aburrido entre las mesas, y aunque empezaba a anochecer. «Es un fastidio

estar aquí», dijo Angelica. «Porque tú en realidad, ¿dónde querrías estar?», preguntó Carmine. «No lo sé, pero aquí no». «A mí me pasa lo mismo muchas veces —dijo Carmine—. No estoy bien donde estoy, pero no tengo ni idea de dónde querría estar y, sobre todo, no sé con quién». «Yo no tengo ningunas ganas de volver a casa», dijo Ivana. «Me gustaría cenar con vosotros», dijo Carmine. «Será en el restaurante —dijo Angelica—, porque en casa no hay nada». «He invitado a cenar a la señora Tattoli —dijo Ivana—. O sea que tengo que volver a casa, llegará dentro de nada». «¿Y quién es la señora Tattoli?», preguntó Carmine. «Es la que vive en el piso de arriba. La casera». «¿Y por qué la has invitado a cenar —dijo Angelica— si no hay nada para comer?». «Hay ensalada de arroz», dijo Ivana. «Hay poca —dijo Angelica—, y además es de ayer, y se nota muchísimo que es de ayer, está clarísimo que son sobras». «Podemos ir también nosotros», dijo Carmine. «No lo sé. Nuestra casera no es nada divertida», dijo Ivana. «No necesito divertirme —dijo Carmine—. Puedo comprar un pollo asado e ir a vuestra casa. A Dodò le hacéis un huevo pasado por agua». «Él es el de las papillas. ¿No es el de las papillas?», dijo Angelica. «No. Ya no —dijo Dodò—. Antes siempre quería papillas, ahora siempre quiero fideos de cabello de ángel con mantequilla». «No tenemos fideos de cabello de ángel», dijo Angelica. «Tenemos cabellos», dijo Carmine apartando el mechón de pelo de la frente de Angelica, y por un instante quedó al descubierto el ojo escondido. «¿Y por qué has invitado a la casera?», dijo Carmine. «Porque me la he encontrado esta mañana en la escalera, yo estaba con Isa Meli, y ha dicho que quería aprender un punto, el del jersey de Isa Meli». «El punto sabe hacerlo Isa Meli, no tú, así que era mejor que la invitara Isa Meli», dijo Angelica.

«También he invitado a Isa, y en realidad queremos pedirle, Isa y yo, que nos alargue el contrato de alquiler porque las dos tenemos miedo de la nueva ley de arrendamiento. Si aplican la nueva ley, pueden subir muchísimo el alquiler o incluso echarnos». «No es un poco de ensalada de arroz lo que te defenderá del aumento —dijo Carmine—. Pero, en conclusión, nosotros no iremos, la casera, Isa Meli, seríamos demasiados». «Allí está Olga —dijo Angelica—, allí. Está sentada en las escaleras de la estatua. Está comiendo un plátano. Tiene un perro. Qué perro más grande. Parece un oso». «Osos y senderos —dijo Carmine—. Qué raro, ya no me importa nada, nada en absoluto». Olga se levantó, pasó junto a su mesa, dijo «adiós» y se alejó tirando del perro. «Y dice solo "adiós" —comentó Angelica—. Se pasaba los días en nuestra casa, venía por la mañana, tocaba con fuerza el timbre, como si tuviera algo importante que decirnos, o como si tuviese algo importante que hacer, y luego nada, no hacía nada, se probaba nuestros vestidos, se lavaba el pelo, desayunaba pan con mermelada, se sentaba en la alfombra, hacía un solitario. Eso es todo. Pero siempre estaba allí. Y ahora casi ni saluda». «Es una chica que siempre busca sitios donde quedarse —dijo Ivana—. Y sobre todo busca madres, padres, hermanos. Luego se cansa, le parece que los que ha encontrado no son los adecuados, le parece que ha ido a parar a un sitio equivocado, cambia de lugar». «Creo que en mí veía a un padre —dijo Carmine—, pero le parecía, como padre, demasiado severo». «O tal vez demasiado débil», dijo Ivana. «No lo sé —dijo Carmine—. La verdad es que ahora ya no me importa nada, nada en absoluto». «Antes, hace mucho tiempo, cuando estabais juntos tú y mi madre —dijo Angelica—, os peleabais muchísimo, eso habéis dicho, y ahora

en cambio no os peleáis, conversáis, estáis bastante de acuerdo. Y tú estás siempre en nuestra casa, un poco como Olga antes. No tocas el timbre por la mañana temprano, pero siempre vienes. Cuando estabais juntos, cuando teníais aquella niña, la que murió, os peleabais, y ahora ya no. Quizá tendríais que haber estado juntos, y al final habríais dejado de discutir, y os habríais acostumbrado a charlar tranquilamente». «No lo creo», dijo Ivana. «Yo tampoco lo creo», dijo Carmine. «Pero no fue por las discusiones por lo que nos separamos», dijo Ivana. «Entonces, ¿por qué?», preguntó Angelica. «Ya no lo sé, ha pasado mucho tiempo», dijo Ivana.

Carmine había cambiado de idea y decidido cenar en casa de ellas, aunque estuviera la tal señora Tattoli. Compró un pollo asado, queso y vino, y subieron. Carmine se sentó en la butaca, y mientras Angelica ponía la mesa, Isa picaba las judías verdes, que por otra parte también eran sobras, porque la ensalada de arroz le parecía, además de pasada, miserable. Angelica le dijo que era una vergüenza que se quedara allí sentado sin hacer nada, pero él dijo que estaba cansado y que no se encontraba demasiado bien, que sentía una opresión en la cabeza. Dodò se había dormido en una esquina del sofá y a Daniele lo habían puesto a pelar patatas hervidas, pasadas y frías, que tenía Isa Meli y que se podían sofreír, dijo Isa Meli, con mantequilla. Llegó la señora Tattoli, una anciana con el cabello teñido de rojo, y llegó, sin que lo esperaran, Matteo Tramonti, al que la señora Tattoli le pidió que tocara algo, pues sentía pasión por la guitarra y ya lo había oído tocar una vez en aquel teatro del barrio Flaminio, donde, sin embargo, dijo, los bancos eran incómodos, estrechos y duros. Matteo Tramonti tocó y

cantó. La señora Tattoli se fue pronto, poco después de cenar, y Angelica comentó que Isa Meli le había enseñado a hacer el punto, pero que del contrato de alquiler nadie había hablado. De hecho Ivana esperaba que sacara el tema Isa Meli, e Isa Meli esperaba que sacara el tema Ivana, y solo en el último momento, en el recibidor, cuando la señora Tattoli tenía ya un pie en la alfombrilla, Ivana había expresado su deseo de morir en aquel apartamento, deseo ante el que la señora Tattoli simplemente había sonreído. Carmine dijo que estaba muy cansado y que también él se iba, y lo único que le disgustaba era despertar a Dodò, que dormía tan profundamente en el cuarto de al lado, en la cama de Angelica. Se quedó un momento mirándolos a todos, a Ivana, a Angelica en la mesa, con el mechón caído, a Matteo Tramonti sentado en la alfombra con las piernas cruzadas, con la guitarra, con su barba rala.

Cuando estuvieron ante el portal de casa él y Dodò, se dio cuenta de que no tenía ganas de subir la persiana del garaje, junto al portal, como hacía cada noche y renunció. Dejó el coche aparcado en la calle. Los recibió la *au-pair*, en camisón, a Dodò lo llevaron a dormir y él se acostó en la habitación del aparador.

Pasó una noche angustiosa, odiando el aparador, visible en la penumbra e iluminado a ratos por los faros de los vehículos que pasaban porque los postigos no cerraban bien, odiando el temblor y el tintineo de los platos con cada autobús que pasaba, odiando las letras de las canciones que Matteo Tramonti había cantado esa noche y que ahora flotaban a trozos en su pensamiento y luchaban contra su sueño. *Di sangue han sporcato i cortili e le porte / chissà quanto tempo ci vorrà per pulire*. No podía trasladarse a la habitación de matrimonio, más oscura y silenciosa, porque Ninetta,

antes de irse a Venecia, había llamado a los pintores para que blanquearan las paredes y ahora el suelo estaba cubierto de periódicos, la cama sin colchón y tapada con periódicos y fundas. *Compagni, dai campi e dalle officine / prendete la falce, prendete il martello*, seguía aquella canción, que él había oído cuando la cantaban Matteo Tramonti y su amigo Giuliano Grimaglia en el teatro del barrio Flaminio, desde los bancos, como justamente decía la señora Tattoli, bastante incómodos y estrechos. Era la canción «Contessa», historia de una huelga. A Matteo Tramonti le gustaba, él prefería otras, que aquella noche no conseguía recordar. Lo acometió una nostalgia profunda de las noches pasadas en aquel teatro, de aquellos bancos incómodos y de aquellos tablones polvorientos, forrados de trapos rojos, y le pareció que aquellas noches y otras que volvían a su memoria, con Matteo Tramonti, con Ivana, en las calles y en los cafés y en las plazas, quedaban atrás, en un tiempo realmente lejano y perdido. Toda la noche tuvo que luchar contra fragmentos de canciones, fogonazos de luz y tintineo de vasos, y al final de la noche estaba sudado y exhausto. Por fin se hizo de día, abrió los postigos y a la muchacha *au-pair*, con la que se encontró en el pasillo, le dijo que le parecía que tenía fiebre. Llegó Evelina, imponente y sonriente y confortante, le llevaron té, le hicieron la cama, llamaron al médico.

Luego todo pareció más sencillo y ligeramente mejor que la noche con los fogonazos de luz, la canción «Contessa» y el tintineo. Tenía fiebre, el médico dijo que creía que tenía alguna infección vírica, no sabía aún de qué se trataba exactamente; él se quedó tumbado, tranquilo, cansado, le llevaron agua mineral y periódicos, la *au-pair* pasó a despedirse porque se iba a un curso de italiano, fue la

portera, Evelina como todas las mañanas se marchó a Fregene con Dodò.

Telefoneó a Ivana, pero no encontró a nadie, y telefoneó entonces a Isa Meli y ella le dijo que se habían ido, Ivana y Angelica, a pasar unos días al campo, a Farfa, con Matteo Tramonti y con el amigo de Matteo Tramonti, Giuliano Grimaglia, a una casa que tenía allí la abogada gorda, una casa sin teléfono y situada en lo alto de la colina. Habían decidido marcharse la noche anterior, justo después de que él se fuera. Se sintió muy solo. Le dijo a Isa Meli que se encontraba mal y ella recordó con detalle su infarto, en Cerdeña, cuando había creído que se moría, y se ofreció a ir a hacerle compañía, pero él se lo agradeció y le dijo que no era necesario. Hablaron un poco de Ivana, de la señora Tattoli y del contrato de alquiler, y luego otra vez de la casa aquella de la madre de Matteo Tramonti, en Farfa, con una vista bellísima sobre todo el valle.

Como por la noche tenía mucha fiebre, lo cambiaron a la habitación de matrimonio, que habían puesto en orden y estaba como siempre, salvo un leve olor a pintura fresca. Durante algunos días estuvo solo y de vez en cuando aparecía Evelina, o la *au-pair*, o la portera, y después llegó Ninetta y la habitación se llenó de las maletas de Ninetta y de su ropa. «¿Se estaba bien en Venecia?», le preguntó él con la voz un poco ronca por la fiebre y por haber estado callado tanto tiempo. Ninetta hizo un gesto de asentimiento y siguió colgando sus vestidos en las perchas y sacando de los zapatos bolas de papel de seda. Estaba nerviosa y no parecía preparada en absoluto para encontrarse con una enfermedad. Llevó el teléfono al salón y continuamente salía de la habitación para ir a telefonear. El médico le dijo a Ninetta que no sabía con precisión de qué se

trataba, hacían falta algunos análisis, pero que no parecía nada grave, no había síntomas particulares excepto aquella fiebre, él no tenía dolores salvo esa opresión en la cabeza y una sensación de ahogo al respirar. Ninetta de pronto se asustó un poco, en sus ojos apareció un confuso desánimo. Pasaron algunos días, y todo era como cuando él había tenido la pulmonía, el fular rojo de Ninetta sobre la lámpara, la tela blanca sobre la cómoda para los medicamentos y las jeringuillas, Ninetta moviéndose por la habitación con su cuerpo esbelto y frágil, Evelina sentada junto a la cama, erguida, con su pañuelito. Solo que ahora todo parecía ir en una dirección distinta. El médico dijo que era conveniente llevarlo a la clínica. Lo llevaron a la clínica, en el Mini, Ninetta y Evelina. En las ventanas de la clínica había cortinas amarillas con rombos negros, y poco rato después de estar tumbado en la cama comprendió que aquellos rombos negros eran lo único que tenían sus ojos para entretenerse y perder el tiempo. Se dio cuenta de que llevaba una semana enfermo, porque era domingo, y solo una semana lo separaba de aquel día en que había ido al cine con Ivana y Angelica y los niños y habían visto la película *Abismo* con los millonarios y los tiburones, y luego al salir del cine se habían sentado en aquel café de la plaza, y luego vinieron la cena, la señora Tattoli, la canción «Contessa».

Fueron Ivana y Matteo Tramonti. Acababan de llegar de Farfa, donde habían cocinado, cogido setas, tomado el sol y escrito, con Giuliano Grimaglia, el argumento para una película. Le contaron el argumento, que Carmine encontró largo y aburrido, desordenado y enrevesado, así que al cabo de poco dejó de escuchar. Ivana llevaba su camiseta azul de siempre, lavada demasiadas veces y descolorida,

y el cabello recogido no en lo alto de la cabeza, sino en una cola de caballo pequeña, despeinada y corta, y mientras hablaba jugaba con el pelo. Matteo Tramonti decía que con aquella historia ganarían dinero. «¿No te *pavece* que es una *histovia fovmidable*?». Carmine sonreía distraído. De pronto vio que Ivana había dejado de hablar y lo miraba con ojos angustiados, mientras Matteo Tramonti seguía haciendo castillos en el aire con aquella historia de droga, diamantes, aeropuertos y sangre. Al verla con aquellos ojos angustiados Carmine sintió el deseo de tranquilizarla y se entregó también él a soñar, con Matteo Tramonti, con las intrigas de aquel argumento.

Al día siguiente Ivana fue sola. Se quedó con él toda la tarde, y estaban solos porque Ivana le había dicho a Ninetta que se fuera a casa a descansar. Le preguntó a Carmine si aquel domingo que habían ido al cine a ver la película *Abismo* él ya se encontraba mal y por qué no le había dicho nada. Él le dijo que no se encontraba tan mal aquel día, que solo tenía un ligero dolor de cabeza, estaba cansado, se lo había dicho a Angelica, enfadada porque no la ayudaba a poner la mesa. Aquel domingo estuvieron hablando en aquel café, dijo ella, tan tranquilamente. Él le dijo que aquel domingo ahora le parecía un día muy feliz, y sin embargo no se había dado cuenta, porque no había nada de especial en ir al cine a ver una mala película, y tampoco en sentarse en el café de una plaza, pedir helados, esperar a que llegara la noche. Tenía ahora de aquella jornada, dijo él, una dolorosa nostalgia. No obstante, estaban sentados en aquel café un poco aburridos, pensando que días como aquel podían tenerlos a cientos, y cientos habían tenido, pues no había nada más estúpido y simple que sentarse durante

unas cuantas horas a la mesa de un café. Después estuvieron un rato callados, ella jugando con su pelo, todavía recogido en aquella cola de cabello despeinada. De repente él dijo: «¿Te acuerdas de la niña?». Le preguntó si iba, alguna vez, al cementerio. «No. Odio los cementerios», y él rio y dijo: «También yo los odio». Ella le dijo que no le parecía que hubiese ninguna relación entre el cementerio y la niña, y tampoco relación alguna entre el cementerio y Amos Elia, y le parecía que los muertos estaban muy lejos de los cementerios, tal vez odiándolos también ellos y buscando otros lugares, quizá distintos cada día. No se le había pasado por la cabeza ir a aquel cementerio de Fontechiusa, donde Amos Elia estaba enterrado, pero a veces le entraban ganas de ir a Viterbo, a aquella tienda de electrodomésticos que pertenecía a Ornella y Armandino, y a pesar de que no aguantaba a aquella pareja, a saber por qué, a veces se le ocurría la posibilidad de hacerles una visita. O pensaba en ir a Lübeck, donde la esposa de Amos Elia tenía aquella tienda de cosmética, y ver si era, aquella esposa, como ella se la había imaginado siempre o si por el contrario era totalmente distinta. Carmine dijo entonces que de pequeño, sin embargo, iba al cementerio todos los domingos, con su madre, y que el único cementerio que jamás había odiado era aquel de su pueblo, situado en el campo, en un recodo del camino.

Él tenía ganas de seguir hablando de la niña. «No me parecía nada extraordinario entonces —dijo— tener una hija, y tú en cambio, en aquella época, solo pensabas en la niña, y la llevabas todas las mañanas a la terraza de tus padres, después de media hora de autobús, y sin embargo nosotros también teníamos una buena terraza, grande y soleada, y a mí me parecías una loca». «Era hasta

demasiado soleada nuestra terraza —dijo ella—, no había ni una pizca de sombra, y tampoco árboles por los alrededores. Solo tejados. No había clorofila. Además, cuando iba a casa de mis padres ellos cuidaban de la niña y yo podía descansar». «Sí, ya me acuerdo de que siempre hablabas de la clorofila —dijo él entre risas —. Pero yo estaba celoso de tus padres y me resultaban antipáticos. Sin embargo, cuando tu padre vino a buscar tus cosas, poco después de la muerte de la niña, de repente me cayó simpático, parecía tan bueno, y tan triste». «Mis padres —dijo ella— criticaban nuestra forma de vivir, de comer, de gastar el dinero, nada les parecía bien. Y ahora que estoy sola ocurre lo mismo, nada de lo que hago les parece bien». Él dijo: «La verdad es que pienso muchas veces en aquellos tiempos, cuando estábamos juntos, y me acuerdo de un montón de cosas que había olvidado. Me acuerdo de las baldosas del cuarto de baño, que eran verdes, me acuerdo del perchero de la entrada, que había hecho yo y que cada vez que colgábamos los abrigos no soportaba el peso y se rompía». «No me acordaba de ese perchero —dijo Ivana—. He borrado de mi memoria todo lo de aquella casa porque después de morir la niña todo lo de aquella casa me producía dolor». «Pero nunca he pensado que nos equivocáramos al separarnos», dijo él. Y ella dijo: «No, yo tampoco lo he pensado nunca».

Carmine vivió aún dos meses. En algunos momentos la idea de morir le parecía horrible y la arrancaba de su pensamiento porque no la soportaba. En otros momentos volaba por su pensamiento ligera, lábil y fría como un copo de nieve. El nombre de la enfermedad que sufría, «linfogranuloma maligno», nadie se lo dijo, pero él oyó que lo pronunciaban Evelina y un médico, en un pasillo,

mientras lo sacaban de la sala de las radiografías. Fueron sus padres. Los veía sentados en el pequeño sofá al fondo de la habitación, erguidos y arrugados, vestidos con sus ropas negras, las manos juntas entre las rodillas, los labios apretados, la mirada clavada en las manos. Algunas veces él decía que quería ver a Dodò. Le llevaban a Dodò, con su abrigo de otoño, de lana escocesa, con la gorra de visera, con su cara asustada, pero no más asustada que de costumbre, porque daba la sensación de que siempre hubiese esperado, desde el día de su nacimiento, tener que ver cosas extrañas y tristes. Apenas llegaba, pedía que se lo volvieran a llevar. Un día le dijo a Ninetta que en cuanto se curara pensarían en la separación. Era un día en que se encontraba bastante bien, muy lejos de la idea de la muerte. Era un día en que estaban solos. Ninetta asintió con la cabeza, después fue hasta la ventana, no la de la cortina con rombos negros sino la otra, que tenía solo un visillo blanco y daba a un patio. Ninetta llevaba sobre los hombros un chal celeste calado. Se arrebujó en él, apartó el visillo y apoyó sobre el cristal el flequillo negro. Él siguió hablando de su separación y dijo cómo pensaba que debían ser las separaciones, pacíficas, tranquilas y libres de todo rencor. Dijo que alquilaría, en cuanto se curara, una casa pequeña, a la que Dodò quizá podía ir los sábados y los domingos, una casa donde tal vez tendría un perro pequeño, ya que él no quería perros, pero a Dodò le encantaban. Ninetta continuaba apoyada contra el cristal, cada vez más arrebujada en el chal. De pronto él oyó su propia voz y le pareció que nunca había sonado entre ellos tan alta, ronca y solitaria. «Estás pensando que probablemente me voy a morir —dijo él— y que ya no tendré nunca más ningún perro ni ninguna casa».

Después todo en su cabeza se volvió más confuso. Ya no distinguía cuándo era de día o de noche, ya no sabía quién estaba en la habitación ni quién no estaba pero había estado un rato antes. Iba de vez en cuando Matteo Tramonti y se sentaba, pálido, con su abrigo oscuro y corto. Le pareció que había ido una vez la abogada gorda, pero no estaba seguro de si había ido o simplemente lo había imaginado. Casi siempre estaban sus padres, y casi siempre estaban Ninetta e Ivana. Le pareció que Evelina iba un poco menos, y cuando estaba allí ya no tenía su sonrisa confortante ni su pañuelito, sino que se movía por la habitación con su abrigo de pieles, las cajas de las inyecciones y un aire apresurado, como si ya no le pareciera necesario ni sonreír ni reconfortar.

Carmine observaba ahora con detenimiento a su madre, sentada en el sofá con su vestido negro, y se acordaba de cuando a veces iban él y su madre a buscar el salvado para el cerdo a los pueblos vecinos, porque estaban en guerra y no había salvado. Él era un niño y su madre era joven, con la cara rolliza y rubicunda, y los dientes blancos, y la cabellera negra y espesa recogida en un enorme moño, que asomaba bajo el pañuelo, lleno de horquillas. Se acordaba de una vez que él era muy pequeño, en brazos de su madre, y estaban en la ciudad, en la estación, de noche, con una lluvia terrible, y había mucha gente esperando el tren, con los paraguas, y el barro corría como un río entre los raíles. El porqué su memoria había descartado y destruido tantos días, tantos sucesos, y conservaba en cambio tan cuidadosamente aquel minuto, mantenido a salvo a través de años, tempestades y escombros, no lo comprendía. No recordaba nada de sí mismo en aquel tiempo, ni qué ropa llevaba, ni qué zapatos llevaba, ni qué estupores o curiosidades

se tejieron y se deshicieron, por aquel entonces, en su pensamiento. Todo esto su memoria lo había desechado como inútil. Sin embargo había conservado por casualidad un montoncito de impresiones mínimas, dolorosas pero ligeras. Había conservado las voces, el barro, los paraguas, la gente, la noche.

Octubre de 1977

Burguesía

A una mujer que nunca había tenido animales le regalaron un gato. Se lo llevaron en una caja de zapatos con agujeros en la tapa. También le dieron una bolsa escocesa con un saco de arena, una cubeta de plástico amarillo con una cabeza de gato en relieve, un frasco de vitaminas y un desodorante llamado Viento de Abril. La bolsa escocesa, le dijo el mayordomo viejo, frágil y triste que apareció en su casa, tenía que devolvérsela. Era el mayordomo de la señora Devoto. Unas noches antes, cuando salían de un cine, la señora Devoto le había dicho que los gatos son una inmensa ayuda. Transmiten una profunda sensación de estabilidad, tranquilidad y paz. Una vez fuera de la caja, el gato se escabulló en la estancia, trepó por las cortinas y se quedó aferrado a la parte más alta. Era un gato increíblemente pequeño, color café con leche, con el hocico y las patas marrones, la cola corta y torcida, y era, le dijo el mayordomo, un siamés macho de dos meses y medio, hijo de la gata de la madre de la señora Devoto. Un gato debe tener siempre, le dijo, una cesta para dormir, una manta y, sobre todo, agua. Para un gato siamés la mejor comida era el arroz y el pescado, el pescado sin espinas y el arroz bien hecho.

La mujer se llamaba Ilaria Boschivo. Era viuda desde hacía unos años. Estaba delgada, muy arrugada, tenía el cabello cano, muy

corto y rizado, y los ojos grandes y azules. Vivía sola. En el piso de al lado vivían la hija y el yerno, y en el piso de arriba vivía el cuñado, Pietro Boschivo, anticuario. El cuñado los mantenía a todos. Era el hermano del difunto marido, Giovanni Boschivo, empresario teatral. Entre el piso del cuñado y el de ella había una escalera de caracol. El yerno y la hija, ambos de dieciocho años, como no tenían ni dinero ni ganas de cocinar, comían normalmente en casa de ella. La hija se llamaba Aurora; el yerno, Aldo, de apellido Palermo. Cocinaban juntas Ilaria y su asistenta, llamada Cettina, una vieja alta, cargada de espaldas y nariguda, que estaba en la casa desde hacía muchos años. También comía con ellos la criada del cuñado, que se llamaba Ombretta, una chica baja y ancha, muy morena y de pelo rizado, llegada de Brindisi. Ombretta no cocinaba porque no sabía, y no fregaba los platos porque tenía, o decía que tenía, reúma en las manos. El cuñado decía que no le servía para nada y que la tenía por compasión, porque, si no, la familia la mandaría a prostituirse. Ombretta se pasaba los días en combinación en la terraza del piso de arriba para broncearse los muslos y los hombros, y las noches en el piso de abajo, donde estaba la televisión. Tenía su habitación en el piso de arriba, pero prefería dormir en el de abajo, en el cuarto de los invitados, donde había un papel pintado de flores muy bonito y un cuadro de una anciana con pañoleta que le recordaba a su abuela. Olvidaba en los distintos cuartos de baño, de abajo y de arriba, algunos de sus harapientos sujetadores y algunas fajas suyas dadas de sí y un turbante de rizo verde con una perla, que se ponía en la cabeza por las mañanas para hacer lo que ella llamaba «sus labores», o sea, su cama. El turbante era un regalo de una médica para la que había trabajado durante dos semanas recién llegada a

Roma. No dejaba de hablar de aquellas dos semanas y daba la sensación de que hubieran durado un siglo. La médica la quería mucho, pero había gente indeseable que le había hablado mal de ella.

El dormitorio de Ilaria tenía una galería que se abría a un pequeño balcón. En la galería colocó la cubeta amarilla con la arena, la cesta, la manta y el agua. Aurora, la hija, le preguntó por qué no lo ponía todo en el balcón. Ella le dijo que le daba miedo que el gato se tirara. Estaba contenta con el gato, pero no sabía qué iba a decir el cuñado. Solía bajar a la hora de la comida por la escalera de caracol, cuando no comía en el restaurante o cuando no comía en casa de la señora Devoto, con la que mantenía desde hacía muchos años una relación gastada. Pero incluso los días que comía en otra parte solía pasar media hora allí, sentado en una butaca al pie de la escalera, bebiendo una infusión de tila que le pedía a Cettina. Lo veían bajar con su deslustrada chaqueta de terciopelo de color amaranto, que usaba tanto en invierno como en verano, alto, con la frente fruncida, escrutar la estancia con sus ojos negros y severos, olisquearla casi con su nariz larga y fina, sentarse y sacar los naipes de un cajón de la mesita, hacer un solitario, beberse a sorbos la infusión. Después iba despidiéndose brevemente, ya en lo alto de la escalera. Sin su chaqueta amaranto, sus cabellos canosos y rizados, su rostro enjuto y fino, de forma triangular, y su boca severa de dientes blancos y sanos, la estancia parecía de pronto vacía, desabrida y ligera.

Ilaria sabía que el cuñado no era nada cariñoso con los animales. Además, como la moqueta la había elegido y hecho poner él, podía ocurrir que dijera que los gatos destrozan las moquetas. Y eso fue lo que dijo. Dijo además que las moquetas se impregnan del olor de

los gatos, y de las pulgas de los gatos, y que aquella moqueta seguro que ya era un nido de pulgas. Ilaria dijo que para evitar el olor ya había echado Viento de Abril. Pietro dijo que le resultaba odioso el olor de Viento de Abril, los Devoto lo utilizaban y él les había suplicado que no echaran nunca más Viento de Abril. Ombretta dijo que notaba cómo las pulgas le saltaban por las piernas. Mostró una pierna morena y musculosa, y su pie sucio y gordo, calzado con una chancla dorada. La médica, aquella en cuya casa había estado dos semanas, tenía cuatro gatos, pero eran gatos de angora, sin pulgas. Aurora dijo que en adelante había que pasar cada día la aspiradora. Era muy vaga, pero le encantaba idear grandes limpiezas.

Ilaria sentía que de aquel gato no emanaba tranquilidad ni paz alguna, sino más bien inquietud y aprensión. Se escabullía y corría por todas partes, se escondía debajo de los armarios, y de repente le saltaba a la cabeza, rebuscaba entre su pelo y lo lamía. Parecía saber que ella era la persona encargada de protegerlo, la persona que en el mundo sustituía a su madre, una gata lejana a la que jamás volvería a ver. Cuando ella llevaba la cubeta amarilla a la cocina para cambiar la arena, él hacía piruetas de alegría, como si le pareciera bien que alguien se ocupara de su arena. Más tarde, ella recordaba del gato sobre todo aquellas piruetas alegres. Una noche le pareció que estaba resfriado y con fiebre, y pensó que se moriría. Creía que era demasiado pequeño para soportar una enfermedad. A la mañana siguiente telefoneó a la señora Devoto, que le dio la dirección de un veterinario. Lo llevó al veterinario envuelto en un chal escocés. Cuando más tarde se acordaba de aquel gato, se

acordaba de telas escocesas, la bolsa de la señora Devoto, el chal de aquel día de la fiebre.

En la sala de espera del veterinario había mucha gente con gatos y perros. Pasaron varias horas. A una señora que estaba sentada a su lado con un enorme perro negro atado con correa le dijo: «Es la primera vez que vengo». La señora dijo: «Se nota que no ha tenido animales hasta ahora». Estas palabras la afectaron y se preguntó en qué se notaba, quizá en el hecho de que había ido con el gato envuelto en un chal; el resto de la gente llevaba a sus gatos en cestas adecuadas, en forma de pagoda, cómodas para llevarlos al médico y para viajar. Aquel día pensó que había entrado en el círculo de las personas que tienen y aman a los animales, un círculo de personas particulares, unidas por una especie de complicidad muy tenue pero estrecha.

Aquel primer gato suyo vivió poquísimo tiempo. Al contar después cuánto tiempo había transcurrido desde la noche del mayordomo con la bolsa y la caja, se dio cuenta de que habían pasado quince días o poco más. El gato se curó de la fiebre y de nuevo había empezado a escabullirse y a correr por la casa. Murió en un accidente casero. Ella había ido al supermercado con Ombretta y volvían a casa cargadas de bolsas. En el portal vieron a Aurora. Llevaba un paquete de papel de periódico. Lo arrojó al cubo de la basura. «Ha muerto —le dijo Aurora—, tu gato ha muerto». Ella percibió, como había percibido algunas otras veces a lo largo de su existencia, que la hija sentía una especie de placer sutil al comunicarle las desgracias. Se sentó en las escaleras y se echó a llorar. Aurora dijo: «Ha sido el tío Pietro. No lo ha hecho a propósito. No lo vio». Ilaria dijo que no quería saber más. Subieron las tres en

el ascensor y Ombretta hacía grandes elogios del gato, de su inteligencia y belleza, de su salud y vivacidad. Vivo le parecía enfermizo y molesto. En casa, el marido de Aurora, Aldo, transportaba libros del piso de arriba al piso de abajo, con la ayuda de Cettina. Pietro estaba sentado en su butaca. Estaba pálido. Dijo: «No ha sido aposta. Lo siento. Transportábamos libros. Quería rellenar un poco estas estanterías vuestras. Aquí tenéis los estantes vacíos y yo tengo demasiados libros. No ha sido adrede, de veras. Te pido disculpas. No lo vi. Es inútil que me mires con esos ojos tan abiertos». «No tiene la culpa —dijo Cettina—. Vamos a buscar otro. Hay un montón de gatos. Si queréis os traigo uno enseguida». Dijo Aldo que tal vez podían mandar a Ombretta a casa de aquella médica, la que tenía tantos gatos. «Eran de angora —dijo Ombretta —, de angora blancos». «Sin pulgas —dijo Aldo—. Sin. Todos tenían el pelo bien largo, pero limpio, y las pulgas no se les pegaban nunca».

Ilaria le pidió a Aurora que telefoneara a la señora Devoto. No quería hablar más de aquel gato con nadie. Se tumbó en la cama, en su habitación. Veía en la galería la cubeta amarilla, el cuenco verde con el agua, el otro cuenco con los restos de arroz. Tenía pensamientos fijos. «Los gatos también se mueren», silabeaba una voz en su cabeza insensatamente. Le parecía extraño que de aquella cubeta y de aquellos cuencos pudiera salir tanto dolor, porque durante su infancia le habían enseñado que los animales no importan en absoluto, que en nuestra vida no tienen sentido alguno, que no se sufre por los animales. Eso le habían enseñado. Pero la fisonomía secreta de aquel gato escuálido se dibujaba dolorosamente en su interior. Tenía grandes orejas marrones y la

cara marrón, puntiaguda y triangular, despierta, vivaz y seria, una de las caras más serias y vivaces que había visto jamás. Sin embargo, en aquella seriedad estaba escondida toda la alegría del mundo. Haberlo perdido era una pérdida leve, un dolor de segunda clase, pero de improviso descubría que también los dolores de segunda clase son agudos y crueles, y que se sitúan sin demora en la zona inmensa e indiscriminada de la infelicidad. Aurora entró y le preguntó si quería que cerrara los postigos. Se llevó rápidamente los cuencos y volvió. «Todo arreglado con la Rirí —dijo—. Vendrá mañana por la mañana». La Rirí era la señora Devoto. Su nombre era Ginevra, pero todos la llamaban Rirí. Pietro en cambio decía «la Ginevra», con ironía y seriedad, y quizá era la única persona en el mundo que la llamaba así.

Aurora se quedó un rato sentada junto a su cama. Era una muchacha alta, pálida y delgada, de largos cabellos negros que le caían sobre el cuello, húmedos y suaves como algas o hierbas. Siempre estaba haciendo algo con su pelo, se lo peinaba o se lo tocaba o se lo enroscaba en el dedo, o incluso se lo metía en la boca. Ilaria había tenido otro hijo, un varón, que había muerto a los nueve años de una meningitis fulminante. Aurora tenía entonces doce, y se habían quedado las dos solas en casa, porque el padre se recuperaba en una clínica para enfermedades nerviosas. En esa época habían aprendido a no hablar de cosas que hacían daño y en sus relaciones se había instalado la costumbre de la prudencia, y cada sílaba estaba pensada para que sonara ligera. Cuando regresó el padre, hicieron los tres juntos un viaje a Alemania y el padre no hablaba más que de dinero, acuciado por la pesadilla de quedarse sin nada. En efecto, ya no les quedaba nada, y aquel había sido un

viaje amargo e Ilaria había tenido la sensación de que su hija cultivaba contra ella y contra el padre un rencor profundo, juzgándolos estúpidos e infelices y detestándolos por su infelicidad. De vuelta en casa, el padre se había suicidado con somníferos después de una discusión con su hermano Pietro a causa de unas tierras que poseían en Basilicata y que Pietro se negaba a vender. Así que de nuevo se quedaron solas en casa Ilaria y la hija, con Pietro en el piso de arriba, las tierras en Basilicata sin vender y de las que de vez en cuando sacaban algunas botellas de mal vino. Casi inmediatamente después de la muerte del padre Aurora había anunciado que se casaba con Aldo Palermo, un chico al que había conocido en el club náutico. Aurora iba a la universidad, a la facultad de ciencias políticas, y en cuanto a Aldo, había dejado los estudios y tenía proyectos inciertos, y dinero no había por ninguna parte, pero Ilaria sabía que las decisiones de su hija eran firmes como una roca. Aldo era un muchacho de pelo moreno, casi tan largo como el de Aurora, con la boca grande y siempre un poco enfurruñada, el cuerpo largo, delgado y flojo, y también sus decisiones eran firmes como rocas, y eran decisiones que no tenían en cuenta el futuro sino solo el presente, y no eran decisiones importantes sino de poca monta, hacer un armario con viejas cajas inservibles, pintarlo de azul y pegarle calcomanías. Su madre, una profesora de matemáticas, había dicho que no creía en aquel matrimonio, que no le interesaba y que no quería conocer ni a Aurora ni a su familia. Pietro había sostenido que aquel matrimonio era una perfecta estupidez, pero cuando supo lo que decía la madre de Aldo montó en cólera y corrió a una tienda de electrodomésticos y compró, para Aldo y Aurora, una nevera enorme. Aldo y Aurora se casaron y se instalaron, con la

nevera, en el piso contiguo al de Ilaria, tres habitaciones, cocina y balcón, piso que pertenecía a Pietro, como también pertenecían a Pietro los otros dos. La nevera permaneció vacía, porque Aldo y Aurora nunca compraban comida. Aldo también tenía un padre, que estaba separado de la madre y no daba ni un céntimo y se limitaba a regalarle, cuando se encontraban por la calle, muestras de medicamentos, porque era médico, y a mandarle de tarde en tarde sus camisas viejas, que Aldo sin embargo no se ponía porque jamás usaba camisas y llevaba siempre una camiseta de algodón de color habano con el cuello vuelto. Cuando la camiseta de color habano olía demasiado a sudor, Aldo la lavaba, la ponía a secar y esperaba, rascándose la barriga bronceada y plana, a que estuviera seca. De su madre Aldo decía que era sumamente pesada, pero que no era mala, e iba a verla una vez por semana porque, entre otras cosas, tenía un perro al que quería mucho. También él fue a su habitación aquella noche y le dijo a Ilaria que la comprendía, porque si le ocurriese algo a su perro Igòr él se vendría abajo, como ella.

Al día siguiente fue la Rirí, o sea, la señora Devoto, y se marcharon ella e Ilaria en busca de un gato nuevo. Cuando se muere un animal, dijo la Rirí, es posible y necesario sustituirlo de inmediato. La Rirí era alta y corpulenta, con la cara ancha, de rasgos menudos y graciosos, dientes pequeños y blancos, cabellos rubios recogidos en un moñito en lo alto de la cabeza, caderas anchas, piernas finas. Ya había llamado a una tienda de la calle Vite, y allí las esperaba el gato, siamés y macho, de dos o tres meses. Iban a pie, a grandes pasos. La Rirí llevaba un abrigo de pieles de color gris con reflejos amarillos y pelos blancos. Ilaria llevaba una chaqueta verde de punto, una chaqueta vieja y dada, dijo la Rirí, para tirar. Según la

Rirí, Ilaria debía pedirle a Pietro que le regalara un abrigo de pieles. Pero Ilaria dijo que no le gustaba pedir nada a Pietro porque todos vivían a su costa.

La Rirí dijo que Pietro le había dado, la noche anterior, el dinero para el gato, ya que ella le había explicado que los gatos siameses eran asequibles. Un gato siamés costaba, en las tiendas de Roma, cincuenta mil liras. Pietro había observado que los gatos eran bastante caros. Estaba extraño y triste y se había pasado toda la noche callado, jugando al póquer con el marido y los hijos de ella. Tal vez pensaba en lo que le había ocurrido al gatito. Pietro era, dijo la Rirí, serio y brusco, pero de natural sensible y bondadoso. Fingía ser duro y fuerte, pero en el fondo era muy frágil, como una hoja en la rama. Además, estaba extraño y triste desde hacía algún tiempo, y ella sabía por qué. Le gustaba una muchacha de diecinueve años. Quería casarse con ella. Pietro era de los que, cuando se enamoraban, se ponían tristes. La chica vivía en Camilluccia. Era de familia rica. El padre tenía una empresa de construcción. Era una muchacha pequeña, pequeña, un microbio. Era una especie de mojigata. Mojigata, cómo, preguntó Ilaria. Pues sí, dijo la Rirí, una de esas mojigatas frías, que se ríen poco, con los labios apretados, que no miran a la cara. «A mí me da lo mismo si se casa con ella —dijo—. Hace mucho tiempo que no siento nada por él. Pero para vosotros será negativo. Negativo porque ya no os dará dinero. Pensará solo en sí mismo. A saber cuántos hijos tendrá la mojigata. Si se casa, os deja en la ruina». «No me importa —dijo Ilaria—. Aprenderé a trabajar. Ninguno de nosotros trabaja. Aurora aprenderá a trabajar. Aldo aprenderá a trabajar». La Rirí dijo entonces lo que le decía siempre. Ilaria tenía que convencer a Pietro de que vendiera

aquellas famosas tierras de Basilicata, hacer que le diera su parte, comprarse una pequeña casa en el mar o en el campo y vivir sola. Entonces podría dedicarse a su arte. De joven Ilaria había escrito y publicado una novela titulada *Gianmaria*. Había tenido cierto éxito. Sin embargo, después ya no había escrito más. Si volvía a escribir, tal vez tuviera éxito y ganara además mucho dinero. «Tú piénsalo. En el campo. Con tu precioso gato. Y también algún perro. Yo iré a verte todos los sábados. A lo mejor yo también me cojo una casita cerca». Según la Rirí, Ilaria haría bien en separarse de aquella comunidad familiar que la tenía atrapada. No se portaban bien con ella. Le chupaban la sangre. También Pietro le chupaba la sangre en cierto modo, aunque con ella fuera generoso en lo referente al dinero. Era ella quien le llevaba la casa, quien le planchaba las camisas, quien le quitaba las manchas de los trajes, quien guardaba las mantas con alcanfor. «Por otra parte, yo también estoy rodeada de chupópteros», dijo. La Rirí tenía cuatro hijos, el marido anciano. Qué pesados eran. Qué pesados eran los días, las comidas y las cenas, con ellos pidiéndole cosas sin parar, dónde está mi jersey, mírame el horario del tren, acompáñame a la estación, arréglame la cremallera de la cazadora, organiza una fiesta en la terraza, veinte pizzas, catorce botellas de Coca-Cola, pon el vino a enfriar. Tenía a aquel mayordomo. Pero era un lunático, todas las semanas se despedía, había que suplicarle que se quedara, acompañarlo a las sesiones de acupuntura porque padecía de insomnio. Durante algunos años, siete años, la Rirí había tenido con Pietro una relación bastante estrecha que para ella había sido un gran consuelo. Pero hacía tiempo que todo había terminado. Pietro iba a su casa por costumbre, para jugar con los chicos al póquer o a las damas chinas.

«Pobres de nosotras, las mujeres —dijo—. Nos chupan la sangre. Nos pisotean. No nos miran a la cara durante años y de repente nos miran y se sorprenden de que tengamos arrugas, los ojos cansados, el pelo sin vida». «Pero tú no tienes el pelo sin vida», dijo Ilaria. La Rirí se recompuso el moño. «No se nota tanto que está sin vida porque me lo peino así. Pero está sin vida. Por la noche, cuando me lo suelto y me lo toco me da pena».

El gato nuevo era distinto del primero porque era gordo, de pelaje tupido y con la cola bastante larga. En el color del pelo, las grandes orejas y la cara seria era como el otro. Estaba en una jaula con otro gato idéntico, su hermana, dijo el dependiente. Ilaria tuvo por un instante la tentación de llevarse a los dos. Pero eso significaba otras cincuenta mil liras. Además, la Rirí la disuadió. Dos gatos, muchos gatos, ya los tendría cuando se fuera a vivir al campo. La Rirí había llevado consigo una bolsa de felpilla llena de trapos de lana, y allí metieron al gato. Una vez en casa, corrió a esconderse debajo de una banqueta, y ahí se quedó toda la noche. A la mañana siguiente estaba tranquilamente tumbado en el sofá de la sala, y Cettina y Ombretta dijeron que era mucho mejor gato que el otro, nada loco, nada nervioso. Ilaria le puso el nombre de Abriguito, por el pelaje tupido y porque la Rirí llevaba el abrigo de pieles el día que fueron a buscarlo. El primer gato se había muerto sin nombre.

El gato Abriguito vivió en su casa durante un año. Al principio a ella le parecía que no tenía carácter, que era un poco estúpido, incapaz de grandes afectos. Pero después de algún tiempo descubrió que ella era para el gato Abriguito la persona más importante del mundo. Se percató de que a sus ojos ella era la única persona con una verdadera importancia, con un verdadero valor. Él la seguía por

toda la casa y solía ovillarse sobre su ropa, sobre la chaqueta de punto que ella dejaba abandonada encima de la banqueta, sobre las medias o las enaguas que dejaba en el suelo del baño para que Cettina las lavara. Esto, el sentirse alguien con un auténtico valor a los ojos de un gato, la llenaba de un orgullo de carácter extraño, un orgullo que según el momento le parecía mezquino y estúpido, y en el que era quizá estúpido pararse a pensar. Después de algunos días de tener consigo al gato Abriguito, Ilaria pensó que tal vez lo aquejaba la añoranza por aquella hermana idéntica a él que se había quedado en la jaula de la tienda. Volvió a la tienda con la intención de comprarla, o al menos de volver a verla. Sin embargo, el dependiente le dijo que la habían vendido. En la jaula ahora había dos monos. Habría querido preguntar al dependiente de dónde sacaba los gatos y en qué casa y entre qué personas había nacido Abriguito. Pero no se atrevió a preguntar nada a aquel dependiente, apresurado y no demasiado amable. Le entristecía pensar que nunca sabría nada sobre el nacimiento de Abriguito, nada sobre el lugar en el que había visto por primera vez la luz. Era una tristeza de carácter extraño y pobre. Pensó que era extraño, triste, misterioso y pobre todo lo que ligaba a los hombres con los animales y a los animales con los hombres.

Un día, Ilaria fue al cine con la Rirí y le pidió que subiera porque quería enseñarle un vestido que se había comprado. Salió Ombretta a su encuentro y les dijo que Abriguito estaba fatal. Lo encontraron tumbado sobre el regazo de Cettina, tembloroso, con el lomo ensangrentado. Cettina dijo que estaba agonizando. Ombretta y Cettina contaron que había ido tras ellas cuando salieron a la terraza para tender las sábanas, y que mientras se paseaba por el tejado lo

habían visto pelearse con un enorme gato rayado o, mejor dicho, el gato rayado se había abalanzado sobre él y lo había mordido. Apareció Pietro, aparecieron Aldo y Aurora, y todos daban ideas, que si agua con ácido bórico, que si compresas frías, que si compresas de tintura de yodo sobre la herida. La Rirí llamó a un veterinario que conocía y le rogó que acudiera de inmediato. Acudió el veterinario y dijo que «el pronóstico era un poquito reservado», no por la herida del cuello, sino porque habían sido dañados algunos órganos vitales. Pero no era imposible que se salvara. El veterinario se había ido y todos se habían instalado en el salón, y al gato también lo habían puesto allí, en su cesta. Pietro dijo: «Qué pena. Era un gato muy simpático. Me caía bien. Casi consigue que me gusten los gatos». Aurora dijo: «Tenemos mala suerte con los gatos». Hablaban de él como si ya estuviera muerto. «Dejad de hacerle elogios fúnebres —dijo la Rirí—. Está más vivo que cualquiera de nosotros. Nos va a enterrar a todos». «La Ginevra es de temperamento optimista», dijo Pietro. «No soporto que me llames Ginevra —dijo ella—. Soy la Rirí, y ese es mi nombre». «Y yo no soporto tu optimismo —dijo Pietro—, este gato se va a morir». Ilaria se puso a llorar. «Cabrón», le dijo la Rirí a Pietro. Entró Ombretta y dijo que el gato rayado aún andaba por la terraza y que daba miedo porque tenía una cara feroz.

Durante algunos días Abriguito permaneció en su cesta y la Rirí iba a ponerle las inyecciones y a alimentarlo con cuentagotas. Abriguito parecía concentrado en el esfuerzo de salvarse. Estaba inmóvil, con las patas dobladas, recogido en una profunda seriedad. Habían sabido por el portero que el gato rayado se llamaba Napoleone y que pertenecía a una joyería. Por razones desconocidas, al tal Napoleone se le había metido en la cabeza que

era el dueño y señor de aquella zona del tejado. Cettina y Ombretta dijeron que siempre estaba allí, apostado en el tejado, junto al canalón, malcarado y feroz. Fueron a la terraza también la Rirí e Ilaria. Ombretta le arrojó un cubo de agua, pero él no se movió. La Rirí la reprendió. Había sido un gesto cruel. Propuso que llamaran a la joyería para que fueran a buscarlo. Ilaria unía al gato Napoleone con la joyería en un solo y ferviente odio. Sin embargo, fue la joyera e Ilaria dejó de odiarla inmediatamente, porque era una mujer simpática, humilde y amable. Se disculpó por las molestias que había causado su gato. «Han sido más que molestias —dijo la Rirí—, han sido sustos y disgustos». Napoleone estaba allí, mojado y muy sucio, aferrado al borde del tejado. «Napoli», murmuró la joyera con gran dulzura. Napoli fue hacia ella, que se lo llevó envuelto en el delantal.

Una semana más tarde Abriguito estaba bien, y se dieron cuenta de que ya estaba curado cuando lo vieron levantarse de la cesta para ir hasta el cuenco de agua, que el veterinario había recomendado dejarle siempre cerca. Ilaria además se acordaba de «sobre todo, agua», las palabras que había pronunciado el mayordomo de la Rirí aquella noche lejana, mayordomo entretanto huido a Suiza, porque estaba implicado en un asunto de fotos obscenas. Durante algún tiempo Ilaria tuvo miedo de que volviera Napoleone, y había pensado que si volvía lo cogería y lo llevaría en taxi hasta un barrio lejano, al Eur o a Villa Borghese, de manera que no pudiera encontrar el camino de regreso a casa. Se dijo, sin embargo, que era una mala acción. La joyera habría esperado inútilmente a su Napoli, y Napoli quizá habría acabado debajo de un coche, o vagabundeando desesperado por las calles. Sea como fuere, Napoli no volvió. El portero le dijo que Napoli y la joyera se

habían ido a la costa. Pasó el verano, un verano muy largo, durante el que Ilaria y Abriguito estaban solos, porque todos se habían marchado, Cettina y Ombretta de vacaciones a su pueblo, Aurora y Aldo a Persia con el dinero que les había dado Pietro, y Pietro no se sabía adónde, pero sin duda con la mojigata a Umbría, donde solían veranear los padres de ella, que tenían allí una casa, según le había explicado la Ririí a Ilaria por teléfono, desde Chianciano, donde hacía una cura de aguas. Era una familia rica, había dicho la Ririí, y tenían casas por todas partes. La mojigata montaba a caballo, le apasionaban los caballos, y también le apasionaban los perros, estaba loca por los animales.

Pietro fue el primero en volver, y no dijo dónde había estado, pero llegó con dos tarros de mermelada de higos, casera, aunque no dijo de qué casa. Ella no le preguntó nada de sus vacaciones, pues tenía la costumbre de no interrogarlo nunca. Él estaba muy triste y hablaba poco. Abriguito, entretanto, se había convertido en un gato grande y fuerte, de pelo oscuro. «No está muerto —decía Pietro cada vez que lo veía—, y aquella noche sin embargo parecía muerto». Finalmente una noche le dijo que se casaba. Hablaba en voz muy baja, sentado en su butaca de siempre, al pie de la escalera de caracol, y Abriguito había saltado a sus rodillas y él lo acariciaba con su hermosa mano fuerte y blanca. Era una chica muy joven, dijo, y casarse con ella era por su parte ciertamente un error muy grave. Su juventud lo fascinaba, pero también lo repelía. Era una juventud de carácter frío, indiferente, despectiva y perfectamente silenciosa. Se casaba con ella para entenderla, porque no la entendía. Ilaria dijo que, no obstante, era mejor si primero la entendía y después se casaba. Él contestó que ya no era capaz de

ver lo mejor y lo peor, tenía la cabeza muy confusa, ya no tenía pensamientos, solo tristeza y ansiedad. Alisaba la larga cola del gato. «A ella le gustan los gatos —dijo—. Y también los perros. Todos los animales. Monta a caballo. Es valiente, incluso ha ganado carreras. Tiene copas y medallas. Siempre gana. Es de los que ganan. Quizá nos cambiemos de casa. No le gustan las escaleras de caracol. No le gustan los áticos. Le gustan las plantas bajas. Tendré que buscar una planta baja, con jardín. Le gustan los árboles, el campo, y en la ciudad, los jardines. O más bien cree que ama los jardines, pero en realidad no ama nada excepto a sí misma».

En su piso podían instalarse Aurora y Aldo, dijo Pietro, y alquilar las tres habitaciones donde vivían ahora. El suyo era un muy buen piso, dijo, y tenía aquella espléndida terraza sobre los tejados, en la que podían cultivarse flores, tener rincones de sombra con pérgolas y miradores, e incluso poner una piscina. Los Devoto tenían una terraza más pequeña y habían plantado algunos árboles pequeños, y se estaba tan fresco que daba la sensación de que era un bosque. La piscina no habían querido ponerla, a saber por qué. Había unas piscinas de plástico, pequeñas, que no eran caras. Aurora y Aldo tendrían algún día hijos, que en verano se divertirían muchísimo en la piscina sin que hubiera que gastarse dinero para llevarlos de veraneo. Veranear resultaba muy caro, y cada vez más la gente tendía a organizarse para quedarse en la ciudad. Aquella magnífica terraza suya ahora solo servía para que Ombretta tomara el sol y el gato Napoleone destrozara al pobre Abriguito hasta casi matarlo. Subieron a la terraza y se sentaron en las dos tumbonas desfondadas en las que a veces Ombretta y Cettina se sentaban a charlar. «Mira qué delicia de frescura —dijo Pietro—, es un delito

disponer de una terraza tan magnífica y no tener siquiera una planta. Mañana compraré una sombrilla y así podré venir también por la tarde». Abriguito había subido con ellos y se revolcaba en el suelo contra las macetas vacías, alineadas a lo largo del antepecho. Saltó al tejado e Ilaria lo llamó. Él volvió. «Estás obsesionada con ese gato —dijo Pietro—. No se te puede hablar de nada, siempre tienes al gato en la cabeza. Te has vuelto una auténtica fanática de los gatos».

Volvió Cettina. Traía de su pueblo una maleta llena de peras, duras como piedras. Durante un tiempo estuvieron amargas y verdes, luego de pronto se quedaron marrones y podridas. Ilaria y Cettina las extendieron en la cocina sobre una base de papel de periódico. Cettina dijo que en su pueblo las llamaban «peras de los ángeles» y que con ellas hacían mermelada. La cocina se llenó de hormigas. Cettina finalmente tiró a la basura hormigas, periódicos y peras, hecho todo papilla. Ombretta no volvía. Cettina había recibido una carta suya desde Brindisi, en la que decía que quizá no volvería, porque había conocido en un bar a una periodista que la quería de secretaria y se la llevaba consigo a un largo viaje. Llegó una postal de Ombretta, desde Forte dei Marmi. Se veían sombrillas. En la postal Ombretta había escrito: «Lugares maravillosos». Después, silencio. Cettina decía que no sabía qué hacer con los vestidos de Ombretta que habían quedado en el armario de la habitación de invitados. Aquellos vestidos la preocupaban. Decía que eran una responsabilidad.

A mediados de septiembre regresó Aldo solo. Aurora estaba en Grecia con unos amigos, se sentía a gusto y por ahora no volvía. Aldo se pasó varios días durmiendo. Aparecía a la hora de comer,

con su camiseta color habano arrugada y sudada, comía y se volvía a dormir a su piso. Luego se puso a fabricar títeres. Había conocido en Teherán a un chico que fabricaba títeres y ganaba dinero con ellos. Se pasaba los días en la cocina cortando cajas viejas que había encontrado en el desván de su madre y llevado hasta allí en moto. Cuando hubo cortado las cajas y amontonado en un rincón suficientes listones, le pidió a Ilaria que le diera algo de dinero para comprar pintura y algún trozo de tela que le sobrara. A su primer títere lo llamó Mustafà. Era un títere pintado de verde, con una gran cara cuadrada, dientes feroces y un largo traje verde confeccionado con los retales de una bata de Ilaria y adornado con perlitas amarillas. Le siguieron otros títeres, siempre con caras cuadradas y bocas de dientes feroces. Después regresó Aurora. Estaba muy delgada y morena, y en Teherán se había comprado una larga casaca con estrellas. Le dijo a Ilaria que Aldo y ella habían decidido separarse. Durante el viaje ella se había enamorado de otro. Se lo dijo pocas horas después de llegar, sentada en el salón, mientras se enroscaba en el dedo el pelo, más bien sucio; no se lo lavaba, dijo, desde hacía muchas semanas. Ilaria se puso a llorar. No había por qué llorar, dijo Aurora, pues ella era muy feliz y sentía por dentro una enorme lucidez. En cuanto a Aldo, respetaba la importancia de los sentimientos de ella y no era infeliz. Lo de los títeres era un camino para él. Lo esencial en la vida, dijo Aurora, era evitar con todas nuestras fuerzas la infelicidad. Tres cosas había que evitar, dijo, y eran la hipocresía, la resignación y la infelicidad. La noche en que había hecho el amor con Emanuele, dijo, se lo había contado a Aldo de inmediato, lo había despertado para contárselo enseguida. «Y quién es el tal Emanuele», preguntó Ilaria con cansancio.

«Emanuele —dijo Aurora— es un chico maravilloso. Te lo presentaré. Se dedica a la filosofía del lenguaje».

Fue difícil para Ilaria decirle a Pietro que Aurora y Aldo se separaban. Le resultó difícil decírselo a Cettina. Esperaba que reaccionaran con expresiones de estupor. Antes del verano Aurora y Aldo se pasaban el día acariciándose. Ahora Aurora estaba siempre fuera de casa, no volvía ni siquiera a comer, y Aldo estaba absorto en sus títeres, y a la hora de comer aparecía por allí como siempre, se sentaba tranquilamente a la mesa, como si no hubiera sucedido nada. Tan solo se percibía, en su gran boca enfurruñada, un mohín algo más acentuado, y alguna arruga en la frente, entre el pelo sudado y espeso. Ni Pietro ni Cettina mostraron demasiada sorpresa. Cettina dijo: «Hay quien se casa, hay quien se separa. El señor Pietro se casa, he oído decir, me lo han contado. Eso está bien. Aurora y Aldo se casaron demasiado jóvenes. Eso está mal». Pietro dijo: «Qué pena. Es verdad que Aldo no era gran cosa. No había descubierto la pólvora. Pero qué pena». Hablaba de Aldo como si estuviera muerto o lejos. Sin embargo, Aldo siempre estaba allí, en el piso de al lado, con sus títeres. Había empezado a trasladar en la moto sus libros y las diversas zarandajas que le servían para hacer títeres a una habitación que había encontrado y que iba a compartir con un amigo, en la calle Serpenti. Se llevaba sin embargo dos o tres libros o un par de objetos cada vez, sin prisa alguna, y por otra parte la habitación no estaba lista, el amigo estaba pintando las paredes. Ya no iba a comer a casa de Ilaria, porque Aurora le había dicho que no tenía ningún sentido que comiera allí. Iba a un restaurante de la esquina. Cettina lo veía en la barra al pasar y le daba pena, dijo, porque era triste verlo encaramado como un pollo

en esos altos taburetes, con un plato de achicoria fría y pringosa delante; Cettina conocía aquellos platos porque pasaba siempre por delante y le parecían auténticas porquerías.

La Rirí volvió de tomar las aguas. Llegó y ya sabía todo lo de Aldo y Aurora, porque Pietro le había contado por teléfono lo ocurrido. La Rirí fue la única que mostró sorpresa y disgusto, y besó a Ilaria, la consoló con caricias, e Ilaria sintió un dolor aún más agudo pero también una sensación de alivio. La Rirí era la única persona con la que podía hablar de la separación como si hablara consigo misma. Recordaba la noche en que se había sentado en la terraza con Pietro y él le había hablado de los hijos de Aurora y Aldo, que jugarían allí en una pequeña piscina de plástico, con barquitos y flotadores, y esa noche le parecía remotamente lejana, y sin embargo desde entonces había pasado tan solo un mes o poco más. La Rirí conocía al tal Emanuele porque siempre conocía a todo el mundo. Dijo que era un chico lunático y extravagante, nada guapo, más bien feo y gordo. A Ilaria en aquella época le rondaba en la cabeza la palabra «maravilloso», porque se acordaba de la postal de Ombretta, «lugares maravillosos», y porque maravilloso era, según decía Aurora, el tal Emanuele, que ella no conseguía imaginarse tan feo y gordo como lo pintaba la Rirí. La Rirí sabía leer el futuro en las cartas del tarot. Se las había echado a Aurora y habían salido la Torre, el Colgado y el Papa, y eso quería decir soledad y castidad. Pero al final salía el Sol. También le había tirado las cartas a Ilaria. A Ilaria le salía el hundimiento de la Torre, que significaba ruina, y después el trono del Papa, que significaba éxito y poder. Pero era más necesario que nunca que pensara en retirarse al campo, dijo la Rirí, e intentara tener una vida propia, lejos de las excentricidades

de Aurora y lejos de las excentricidades de Pietro. Pietro se casaría al cabo de unas semanas y planeaba cambiarse de casa, pero ella estaba segura de que, por el contrario, se quedaría donde estaba e Ilaria se vería obligada a hacer de criada de la mojigata y de todos. La Rirí había visto a la mojigata por la calle, con pantalones de pescador y chaqueta de cuadros, y le había parecido bastante mona pero pequeña y olivácea, con el cabello bonito, la nariz como la punta de un zapato y las piernas bastante torcidas.

La Rirí le preguntó a Ilaria si quería una gatita. Había una gatita en casa de su madre, una hermanastra de aquel primer gato que tan mala muerte había tenido. Al cabo de pocos meses la gatita podía ser la esposa de Abriguito. E Ilaria necesitaba el cariño de una gatita que la consolara, dijo la Rirí. Abriguito estaba en celo y maullaba día y noche, e Ilaria, aconsejada por Cettina, le abría la puerta de la terraza y Abriguito vagaba por los tejados en busca de gatas, y tenían que desgañitarse llamándolo para que volviera. Se enteraron por el portero de que Abriguito ahora acostumbraba ir a la terraza de la joyería y quedarse allí en compañía de Napoleone. Abriguito y Napoli se habían convertido en íntimos amigos. Ilaria se acordaba de Napoli aferrado al canalón, todo empapado de agua, malcarado y feroz. Recordaba que había planeado llevarlo a Villa Borghese y dejarlo allí, cuando lo odiaba. Entonces estaba Ombretta. Aldo y Aurora estaban todo el tiempo acariciándose. Ella pensaba que tendrían hijos.

Llegó la Rirí con la gatita en un capazo de mimbre. Era una gatita muy delgada, con la cola corta y torcida, y se parecía muchísimo al antiguo gato, muerto sin nombre. Sin embargo, a diferencia de este, tenía un carácter tranquilo, y en cuanto estuvo fuera del capazo se

tumbó en el sofá, como si conociera la casa desde hacía mucho tiempo. Era una gatita, dijo la Rirí, maravillosa. Se llamaba Nana, porque le gustaba muchísimo dormir. Abriguito no aprobó a la gatita y le bufó en la cara. Se pasaba cada vez más tiempo por los tejados desde que estaba en casa la gatita, ya que aún la encontraba demasiado pequeña y, por lo tanto, inútil para él, y la juzgaba una presencia inoportuna. Ilaria subía a la terraza a llamarlo. Un día, estaba en la terraza llamándolo y lo vio en un tejado a lo lejos, su pequeña figura con el collar amarillo antipulgas, que le había puesto por consejo de Cettina. Luego el collar amarillo desapareció detrás de un muro. «Vuelve, gato bueno —murmuraba Ilaria—. Vuelve, por favor, gato bueno». «Fanática de los gatos», le dijo Pietro. Se había comprado una sombrilla, tal y como había dicho, y una tumbona nueva, y estaba allí sentado, bajo la sombrilla, escribiendo a máquina, en aquella tarde calurosa de otoño. Estaba escribiendo sus recuerdos de infancia. Ya había escrito quince capítulos. Ilaria esperó a Abriguito hasta el anochecer. Después bajó porque tenía que ayudar a Cettina a preparar la cena. Iría a cenar Domitilla, o sea, la mojigata, a quien ella vería por primera vez.

La mojigata se presentó con una guitarra. Tocaba muy bien la guitarra y Pietro quería que Ilaria la escuchase. Sobre todo era muy bonito, dijo Pietro, cuando cantaba, acompañándose de la guitarra, la canción «Borghesia». La mojigata cantó mientras esperaban a que estuviera lista la cena. *Vecchia piccola borghesia / per piccina che tu sia / io non so se mi fai piú rabbia, pena, schifo o malinconia*, decía la canción. La mojigata tenía una voz agria, aguda y débil. Tenía la cabeza grande, el cabello crespo y dorado, enmarañado, brillante y descuidado, la nariz respingona y el cuerpo endeble, las piernas

realmente muy torcidas, y llevaba un par de botas enormes. Quizá era precisamente aquel aspecto enclenque y desnutrido lo que la hacía graciosa. Sus manos, sobre las cuerdas de la guitarra, se veían pequeñas y oliváceas, manos de niña o de enana. «Qué enana», dijo Aurora, que conversaba con Ilaria en la cocina mientras cortaban el asado. No debía de estar enamorada de Pietro, dijo Aurora, y si se casaba con él era quizá para salir de su casa. Seguro que era fría y esnob, y era muy antipática, con esas botas, con esa guitarra. Pero Pietro parecía fascinado por aquella guitarra y estaba triste, ansioso e inquieto, y se enfadó por el asado, que le pareció seco, y por las patatas, que estaban, dijo, en parte carbonizadas y en parte crudas. A Ilaria le resultaba extraño verlo enamorado, porque ella lo había visto siempre con la Rirí, aburrido, despreocupado por lo que comía, distante y serio. Pietro anunció esa noche que probablemente compraría una casa en la calle Cassia, muy bonita, de dos plantas, con un gran jardín. Las ramas de los árboles entraban por las ventanas. Quería subir a la terraza para enseñarle a Domitilla lo bonitos que eran los áticos, a ella, que no soportaba los áticos. Pero entretanto había estallado una tormenta tremenda, con grandes truenos y relámpagos, y Domitilla siguió tocando la guitarra y cantando hasta tarde, a la espera de que remitiera la lluvia. Ilaria pensaba en Abriguito, que vagabundeaba por los tejados.

Abriguito no volvió nunca e Ilaria supo algún tiempo después que el momento en que lo había visto junto a la chimenea de aquel tejado lejano, mientras Pietro escribía a máquina, era el momento en que lo había visto por última vez. El portero le contó que había dos gatos muertos en un patio de allí cerca, habían caído del tejado, y uno era Abriguito y el otro era la gata de la señora Macrí, la esposa

de un diplomático que vivía en un ático que daba a aquel patio. Probablemente se habían caído mientras hacían el amor, comentó el portero, y dijo que los gatos cuando hacen el amor pierden el sentido del equilibrio, y añadió que quizá se habían caído aquella noche de la gran tormenta, mientras soplaba un viento fortísimo y relampagueaba y tronaba. Ilaria no quiso asomarse al patio, como el portero y también la señora Macrí le ofrecían, y seguía observando los tejados con la esperanza de que le devolvieran a Abriguito vivo, con su collar amarillo, la cola alta e inquieta y su cara grande y seria. *Ch'ella mi creda libero e lontano, sopra una nuova via di redenzione*, cantaba Pietro, y fueron las palabras que Ilaria llevó en su interior durante aquel periodo, ligadas a la visión de tejados, chimeneas y canalones. Pietro había dicho enseguida que Abriguito debía de estar muerto cuando vieron que no volvía, y «no tiene suerte con los gatos la pobre fanática de los gatos» era la frase que decía a Aurora y a Cettina mientras se tomaba el café. Ilaria recibió también el pésame de la joyera, con quien se había encontrado en el mercadillo del barrio, porque también las ventanas de la joyera daban a aquel patio y también ella había reconocido al pobre Abriguito, tan amigo de su Napoli. En cuanto a Napoli, lo había hecho castrar de pequeño, y había sido un acierto, porque los tejados pueden ser muy peligrosos, los gatos en celo enloquecen y pierden la orientación.

Pasó aquel invierno y llegó la primavera, y Pietro seguía a punto de casarse pero no se casaba todavía porque Domitilla tenía que estudiar, prepararse para un concurso hípico, tocar en un conjunto folk. Ilaria fue invitada a pasar unos días en una casa que la Rirí tenía en la Toscana, en Consuma, y confió la gata Nana a Cettina,

después de rogarle que no la dejara salir nunca a la terraza. Cuando volvió, encontró a Cettina furiosa, porque Aurora había cogido a Nana y se la había llevado a casa de una amiga suya, a las afueras de Roma, donde había un gato macho en celo, y Nana se había escapado y no la encontraban. Llegó Aurora y dijo que lo sentía, pero que era fácil, que bastaba con que Ilaria fuese con ella a la casa en cuestión y llamara a Nana, y Nana al oír su voz volvería enseguida, era fácil, nada más fácil. Ilaria y Aurora se fueron para allá. A Ilaria la amiga de Aurora le resultó antipática nada más verla, era una chica con gesto enfurruñado y no le ofreció ni siquiera una taza de café. Estaba en aquella casa de *baby-sitter*, y rondaban por allí algunos niños que la madre, que se había marchado de vacaciones, había dejado a su cargo, niños muy sucios de los que ella parecía no ocuparse en absoluto. Delante de la casa había un enorme campo de amapolas, y Aurora dijo a Ilaria que la gata se había ido por allí. Ilaria se pasó la mañana llamando a gritos a Nana, sintiéndose ridícula, mientras Aurora y su amiga hablaban de sus cosas sentadas junto al campo. Luego, recordando aquella mañana, Ilaria pensó que los campos de amapolas eran un lugar de desventura, vastos y desiertos, e incapaces de devolver a los gatos, del mismo modo que ocurría a veces con los tejados. Aurora le dijo a Ilaria que debían irse, porque su amiga tenía que preparar la comida. Aquella fue una larga tarde que Ilaria pasó con la Rirí, que intentaba consolarla, y con Pietro, que decía que a la gata Nana había que darla por desaparecida, y los dos decían que Aurora era una auténtica cretina. Ilaria recordaba de la gata Nana la forma en que sacudía la pata, con disgusto y desdén cuando la comida estaba demasiado caliente, y se daba cuenta de que cada vez más la

evocaba como si estuviera muerta. Pensaba que la gata se habría sentido, mientras escapaba por aquel campo de amapolas, abandonada y traicionada por ella, y enfadada con ella, y este pensamiento era de una tristeza desgarradora. La Rirí propuso que colgaran carteles por allí, cerca del campo de amapolas, «Perdida gata siamesa con la cola torcida, magnífica recompensa a quien la encuentre», y el apellido Boschivo y la dirección. Al anochecer, telefoneó la antipática amiga de Aurora y dijo que había aparecido un gato en una casa vecina, según le habían dicho, y que quizá era Nana, pero ella no podía ir porque estaba en plena riña con aquellos. Fueron la Rirí, Ilaria y Aurora en el coche de la Rirí y llamaron a una puerta donde se leía «Marqués Paradiso»; abrió un anciano en pijama y zapatillas, que parecía sorprendido y molesto. Pero la Rirí dijo de inmediato al anciano que unos Paradiso eran grandes amigos de un primo suyo, Puccio Paglia, y sobre el tal Puccio Paglia hubo una charla rápida pero agradable. El anciano dijo que, efectivamente, en su garaje había un gato. Se había metido en un hueco de la pared y se oían, desde la pared, sus maullidos. Fueron al garaje con un puñado de galletas que el señor les había proporcionado amablemente. «Ven, Nana —murmuraba Ilaria ante la pared—, ven gatita buena, ven gatita querida». Finalmente sacaron a Nana tirándola por la cola, y salió cubierta de yeso y de polvo y muerta de miedo. Una vez en casa, Pietro le dijo a Aurora que si volvía a tocar a algún gato de su madre la estrangularía sin más. Nana había ido corriendo al cuenco de agua y se la tragaba respirando trabajosamente, después se echó a dormir exhausta y durmió durante todo el día. La Rirí propuso a Ilaria que enviasen al marqués Paradiso, del cual entretanto había sabido que era un viejo

maricón, riquísimo y tacaño, cuya esposa había huido, un gran ramo de rosas rojas.

Aurora le dijo a Ilaria que se iba a vivir al campo con Emanuele, a una casa que unos amigos de Emanuele habían dejado en los alrededores de Viterbo. Era una casa sin agua ni luz, pero con un paisaje magnífico. Aurora le pidió algo de dinero a Pietro para pagar el alquiler de un año, pero aseguró que en adelante no le pediría nada más, porque ella y Emanuele iban a escribir juntos guiones de fotonovelas y en el campo vivirían con poco, cultivando lechugas y tomates en un huerto que había cerca de la casa. Ilaria dijo que quería ver al menos una vez al tal Emanuele. Aurora se lo presentó. Emanuele era gordo y pálido, con una espesa barba tirando a rubia y una chaqueta ceñida de terciopelo negro, abrochada con un solo botón sobre la prominente barriga, y bajo aquella chaqueta una camisa amarilla de seda sintética. Ilaria no llegó a saber mucho de él porque apenas pronunció palabra en todo el tiempo que estuvo en el salón, y se limitó a coger en brazos a la gata Nana y acariciarle la cola con una mano femenina, que lucía un gran anillo recargado en el meñique. Mientras él estaba allí sentado, Aurora hacía las maletas en el piso de al lado, y pasaban las horas e Ilaria intentaba entretener a Emanuele haciéndole alguna pregunta vaga, pero él respondía con monosílabos, sin dejar de acariciar a la gata y susurrándole palabras al oído. Después llegó Aurora con las maletas y ella y Emanuele las bajaron e Ilaria, asomada a la ventana, vio que las cargaban en un Volkswagen con los guardabarros abollados, y que en aquel momento llegaba Aldo, que los ayudó a atar una de las maletas con una cuerda al portaequipajes.

Aurora se marchó definitivamente unos días más tarde. Había hecho ir un camión y cargar la nevera, un escritorio y una vajilla sin estrenar. En el piso seguía estando Aldo, y Pietro le dijo a Ilaria que con mucha delicadeza le pidiera que se fuese. El piso podía alquilarse. Pero Ilaria sabía por Cettina que Aldo todavía no tenía ninguna habitación, porque lo de aquella que había encontrado con un amigo suyo, y adonde ya había llevado algunas cosas, había fallado, así se lo había dicho Aldo a Cettina. Sea como fuere, Ilaria fue a ver a Aldo. Lo encontró cortando listones para sus títeres, con el torso desnudo, la camiseta habano tendida en el balcón. Aldo la recibió con palabras amables e Ilaria pensó que le gustaba más que Emanuele, le parecía más agradable, y era un poco más hablador. Aldo le contó que le iba bien con sus títeres y que quizá conseguiría montar con unos amigos, en un sótano, un teatrillo al que llamarían Mustafà. Aldo aseguró que se iría en cuanto encontrara alojamiento, que le habían hablado de un apartamento en el Testaccio que estaba muy bien, pero había que esperar a que el propietario echara a un inquilino que no pagaba. Ilaria le suplicó a Pietro que tuviera paciencia, le daba pena el pobre Aldo y le recordaba los tiempos en que él y Aurora parecían tan unidos y tan felices. Aurora se había llevado también la nevera, de manera que Aldo ya no tenía ni siquiera la posibilidad de beberse una botella de agua fría cuando tuviera sed.

Un día Ilaria recibió una llamada telefónica de una monja. La monja le dijo que en el Policlínico, donde ella hacía el turno de noche, había una pobre muchacha enferma que rogaba a la señora Boschivo que fuera a visitarla. La muchacha se llamaba Maria Ombra Conci. Ilaria en un primer momento no sabía quién era, pero

después comprendió que era Ombretta. Fue al Policlínico. Al principio no reconoció a Ombretta, porque se había oxigenado el pelo y su cabeza era ahora una mata amarilla. Estaba en una sala, sentada en una cama, con una bata acolchada de color turquesa, y se abrazó al cuello de Ilaria sollozando. Después se sonó con fuerza con un pañuelito que olía a agua de colonia y dijo que había estado a punto de morir. Había tenido una peritonitis. La culpa era de la periodista. Aquella periodista le había dado a entender que la contrataba como secretaria, pero luego la había metido en casa de unos primos suyos a hacer de criada, una casa en la que había al menos diez personas, y un día que estaba muy sudada le habían ordenado que llevara unas cajas de vino a la bodega, total que por la noche empezó a tener mucha fiebre, vómitos y dolor de vientre, total que habían tenido que trasladarla a Florencia, y allí la habían operado y se había quedado dos meses. Después la habían contratado en un bar, en la misma Florencia, y allí había conocido a un contable muy honesto que la había llevado a su casa en Roma. Habían cenado calamares asados y los calamares le habían sentado mal, o no eran muy frescos o tenían demasiada pimienta, se había desmayado en la mesa, quizá porque estaba débil de la peritonitis, y el contable la había acompañado al servicio de urgencias porque había tenido una fuerte hemorragia. El contable, al ver toda aquella sangre, se había asustado, y había ido a verla una vez, pero le había dicho que no se casaba con ella porque no estaba demasiado sana. Sin embargo ella había estado siempre muy sana, podían recordar lo sana que estaba antes de llegar a Florencia, podían dar fe de que tenía el hígado fuerte, los pulmones fuertes, todo fuerte. Le pidió a Ilaria algo de dinero para comprarse algunas naranjas y cigarrillos, porque no le

quedaba ni una lira en el monedero; abrió el monedero, donde había una ficha de teléfono y un caramelo. Los primos de la periodista le debían dos meses de sueldo, y ella se había dejado en su casa una chaqueta nueva y muy bonita de lanilla rosa.

Ilaria habló con la jefa de sala, que le dijo que Maria Ombra Conci había tenido efectivamente una peritonitis en el pasado, pero que ahora le habían realizado un raspado por un aborto, y de hecho aquella era la sección de obstetricia. Una semana más tarde Ombretta desembarcó en su casa, con buena salud, vestida con pantalones negros de campana y jersey amarillo. Dijo que había ido a recoger su ropa, pero en cuanto estuvo sentada en la cocina comenzó a sollozar y suplicó que la dejaran quedarse a dormir unas cuantas noches, porque no tenía ningún lugar adonde ir. Al cabo de un rato apareció Pietro y le dijo que podía quedarse para siempre, a condición de que no fuera tan inútil como siempre había sido. De ese modo Ombretta volvió a instalarse en la habitación de invitados y durante varios días se levantaba al alba para limpiar los cristales, planchar y preparar platos lentos y complicados, ya que, según decía, durante aquel tiempo había aprendido a cocinar un poco. Después se cansó y volvió a sus largos sueños, de los que se despertaba atontada y con los ojos hinchados, y a sus baños de sol en la terraza, y todos sintieron alivio, porque aquellos platos que preparaba eran bastante malos.

La Rirí dijo que habían hecho mal volviendo a admitirla, porque seguro que daría problemas. Cettina, por el contrario, dijo que habían hecho bien, porque Ombretta tenía buen corazón y porque, si se estaba encima de ella, con un poco de paciencia podía convertirse en una muchacha con las manos de oro. Y sobre todo habían hecho

bien porque, si no, habría acabado siendo puta. Los primeros días de su regreso, Ombretta llenaba a Ilaria de preguntas: si era seguro que Abriguito se había muerto, y dónde estaba Aurora, y por qué ya no iba a comer Aldo, y si era verdad que Pietro se casaba con una chiquilla nada guapa pero millonaria llamada Petronilla o algo parecido. Lloró la muerte de Abriguito. Lloró el fin del matrimonio de Aurora y la soledad de Aldo. Se sorprendió y lloró por el cercano matrimonio de Pietro. Pero tenía, dijo, una auténtica provisión de lágrimas, porque había pasado unos meses muy malos, maltratada y mortificada en aquella casa horrible, con los primos de la periodista, y además había visto la muerte de cerca.

La gata Nana entretanto había crecido y se había convertido en una gran gata de pelo oscuro. Ilaria la quería aún más desde el día en que creyó que la había perdido en el campo de amapolas, y pensaba en cómo se acumulan los días y los años también en los cuerpos de los gatos, de modo que, cuando los vemos pasar en silencio a nuestros pies, pasa a nuestros pies el pesado recuerdo de todas las cosas acontecidas. Se preguntaba si no era infeliz aquella gata allí sola con ellos y sin otro gato que le hiciera compañía. «Cómo deben de aburrirse los gatos con la gente», pensaba. De nuevo llegó el verano. Ilaria esta vez no se quedó sola, porque no se fue nadie; Pietro tenía que pensar en su casa de la calle Cassia, y Cettina no quería irse de vacaciones porque se sentía demasiado vieja y cansada para viajar. En cuanto a Ombretta, iba con una esteticista para aprender a maquillar y pasaba las mañanas fuera, pero por las tardes se quedaba en casa y practicaba aplicándose mascarillas de belleza, de manera que a veces aparecía con la cara cubierta por una especie de yeso azul. En la terraza no se habían

puesto ni árboles ni plantas y lo único que había era la sombrilla, pero hacía tanto calor que ni bajo la sombrilla se aguantaba y Pietro subía a la terraza solo por las noches, a escribir a máquina, con una lámpara de acampada. Por la noche llegaba la mojigata con su guitarra. Ilaria y la Rirí seguían llamándola «la mojigata», pero Ilaria en realidad no sabía muy bien por qué habían cogido la costumbre de llamarla así. La mojigata se sentaba en el suelo y apoyaba en las rodillas de Pietro la cabeza de tupida melena dorada, que ahora él acariciaba de un modo algo más distraído que antes. Ella cantaba la canción «Borghesia», que en un tiempo tanto le había gustado a Pietro, pero de la que ya se había cansado. *Vecchia piccola borghesia, per piccina che tu sia / non so dire se fai piú rabbia, pena, schifo o malinconia*, cantaba también Ombretta vagando por la casa con un vestido playero y la cara cubierta de aquel yeso azul.

El matrimonio de Pietro duró siete meses. Fue una gran boda, con una recepción en el hotel Hilton. Era septiembre. Ilaria se hizo un vestido largo de seda marrón. Acudió Aurora desde el campo, con Emanuele. Ilaria ya había ido a verla cinco o seis veces, siempre cuando no estaba Emanuele, porque Emanuele, decía Aurora, tenía una relación difícil con su madre, y por eso también con las madres de los demás. Aurora estaba embarazada. Aquel día, para la boda de Pietro, llevaba un vestido premamá demasiado corto y ceñido, de un terciopelo rojo polvoriento, lleno de pelos de gato, porque Aurora tenía en el campo tres gatos y dos perros. Los gatos no eran siameses, sino recogidos en el campo. Los gatos se llamaban Noche, Día y Tarde; los perros, Paolo y Giulio, y eran dos perros cruzados y grandes como vacas. Aurora le había explicado a Ilaria que ellos trataban a los gatos de una manera distinta de la suya; para

empezar, los dejaban totalmente libres, y además no pensaban en ellos con angustia y de una forma obsesiva. A veces ni siquiera se acordaban de darles de comer. Pero estaban sanos. Emanuele, durante la celebración, se colocó en un rincón, con su habitual chaqueta ceñida de terciopelo negro, y bebía whisky sin intercambiar palabra con nadie. A Ilaria le dijo «hola» rozándole apenas la mano, con una mano muy fofa, y de inmediato le dio la espalda. Tenía, dijo Aurora, un problema de madre. A Ilaria no le gustaba en absoluto la casa de campo en la que vivían Aurora y Emanuele, porque era una especie de granero, grande y sucio, en una llanura sin un árbol, solitaria y desolada. Y tampoco Emanuele le gustaba. También estaba Aldo en la boda, en un rincón apartado, y también él bebía solo sin hablar con nadie. Pietro había pensado que era un gesto amable invitarlo. Seguía esperando que se fuera del piso, pero ahora le parecía más simpático que cuando vivía con Aurora, porque aquel había sido un matrimonio tan absurdo que librarse de él tal vez no había mejorado a Aurora, pero sí a Aldo y lo había despertado un poco. Los disgustos y las desdichas a veces nos despiertan, decía Pietro. Los títeres, no obstante, eran muy feos. También estaba allí la Rirí, radiante, porque había decidido que a la boda de Pietro debía ir por lo menos radiante, y se había puesto un vestido con grandes rosas rojas y llevaba una rosa roja en el cabello, auténtica, y era obvio que se creía mucho más guapa que aquel microbio de cara olivácea, con una larga falda de cíngara y una camisola de puntillas, la camisola demasiado elegante no pegaba con la falda, aquella mata de cabellos espléndidos pero descuidados, la nariz como la punta de un zapato, la pequeña boca pálida, siempre un poco enfurruñada como la de Aldo. Estaba toda la familia de la mojigata,

gente horrible, dijo la Rirí a Ilaria, millonarios, evasores de impuestos. Ella, la mojigata, fingía ser revolucionaria. Su estatura era, dijo la Rirí, de no más de un metro cincuenta y cinco con tacones. Ese día llevaba tacones. Normalmente, botas, y parecía, dijo la Rirí, el gato con botas. Pero no, compararla con un gato era hacerle demasiado honor. Por suerte Pietro había puesto la casa de la calle Cassia a su nombre, no al de la mojigata, aunque había tenido por un instante la idea de ponerla a nombre de la mojigata. Lo había protegido su ángel de la guarda, dijo la Rirí.

Pietro y la mojigata partieron de viaje de novios a Holanda, los dos con la máquina de escribir, porque Pietro quería seguir con sus memorias y la mojigata quería trabajar en la tesis que estaba haciendo sobre Caravaggio.

Pietro y la mojigata nunca fueron a vivir a la casa de la calle Cassia. Al regresar del viaje de novios se instalaron en el piso de arriba. Ilaria les preguntaba, los primeros días, si querían comer en su casa. La mojigata decía que sí, gracias, más adelante se organizarían, más adelante Ombretta aprendería a cocinar. Al final Ilaria siempre hacía la comida para ellos sin preguntarles si querían. Los primeros días iban a la casa de la calle Cassia con un arquitecto amigo de Pietro, para planear nuevos baños, cortinas, moquetas. Después dijeron que aquel amigo estaba de vacaciones y no volvieron a ir. Dijo la Rirí que, en su opinión, aquel matrimonio ya se tambaleaba. Probablemente no iba bien en la cama. Pietro bajaba a menudo a sentarse en su butaca de siempre, al pie de la escalera de caracol. No hacía solitarios. No escribía a máquina. Le había dicho a Ilaria que sus memorias estaban paradas. Se pasaba allí horas y horas sin hacer nada, fumando, acariciándose la barbilla, las

mejillas, el pelo. La mojigata se levantaba tarde. A veces, desde la habitación de arriba, llegaba su voz cantando la canción «Borghesia». «Es la única que se sabe», decía Ombretta. Las relaciones entre la mojigata y Ombretta eran malas. La mojigata le había dicho a Ombretta que tenía el pecho caído y que si no se cuidaba a tiempo a los treinta años ya lo tendría por los muslos.

Ilaria planchaba, en el piso de abajo, las camisas de Pietro y los vestidos de la mojigata. Cettina no planchaba porque estaba cansada y no aguantaba mucho tiempo de pie, y Ombretta no planchaba porque la plancha le daba, como solía decir, un poco de miedo. «O sea que tú les haces prácticamente de criada, cosa que no era difícil de pronosticar», decía la Rirí. En la mesa, Ilaria, Pietro y la mojigata hablaban educadamente de cosas frías y ligeras. La comida, unos parientes de la mojigata que Ilaria había conocido en la boda y que eran muy útiles como tema de conversación, otra vez la comida, las cortinas destinadas a la casa de la calle Cassia, ya compradas pero tal vez demasiado oscuras, Caravaggio. Una noche apareció Aldo para pedir un destornillador. Pietro lo recibió con verdadero placer. Le dijo que se quedara a cenar. Luego Aldo vio la guitarra. También él la tocaba. Aldo y la mojigata cantaron juntos, acompañándose a turnos con la guitarra, muchas canciones. Naturalmente cantaron también la canción «Borghesia». Estaba encendida la chimenea, porque la mojigata tenía la manía de la chimenea, y Pietro removía las brasas, Ilaria tejía para el bebé de Aurora, que estaba a punto de nacer, la gata Nana dormía, Ombretta y Cettina escuchaban desde la puerta. A Ilaria aquella le pareció una velada tranquila, como no eran por lo común las veladas, tranquilas en apariencia pero cargadas de una incomodidad oculta, y pensó

que era la presencia de Aldo lo que había hecho que todos se sintieran mejor. Era simpático Aldo, dijo Pietro más tarde. No se sabía por qué resultaba tan simpático, ya que nunca decía nada extraordinario, pero tenía un modo de tomarse la vida apacible, ligero, amable. Podía seguir en el piso, dijo Pietro, porque en su lugar podía acabar un inquilino antipatiquísimo, que quizá ni pagase. Aldo no pagaba, pero tal vez más adelante, cuando empezara a ganar algo con sus feos títeres, pagaría. Ahora no podía, solo tenía un poco de dinero que le daba la madre.

La mojigata adquirió la costumbre de ir al piso de al lado a tocar la guitarra con Aldo y a mirarlo mientras hacía sus títeres, o mientras lavaba la camiseta habano, o mientras se preparaba la comida con la leche, el queso y los huevos, mezclado todo junto. Él había dejado de ir al restaurante. La mojigata lo ayudaba a pintar los títeres y a pegarles largos mostachos de hilo rojo. Le gustaban aquellos títeres. A ella no le parecían feos. Aldo tenía consigo a su perro Igòr, un gran perro lobo, porque la madre de Aldo estaba en una clínica, operada de una úlcera de estómago. La mojigata cogía al perro Igòr y lo sacaba a pasear, e Ilaria la veía desde la ventana, pequeña, con sus botas, la nariz larga enrojecida por el frío, arrastrada por aquel perro enorme.

Una noche fueron a cenar la Rirí y su hijo mayor, un muchacho con unas mejillas rojas que parecían dos bistecs. La Rirí había llevado un faisán, ya cocinado, que el hijo había cazado. Mientras comían el faisán, la mojigata dijo que ella estaba en contra de la caza. Era horrible matar a las pobres aves. Así empezó la disputa. La Rirí y su hijo contra la mojigata, y Pietro dijo que también él se oponía a la caza, y la Rirí dijo que eran unos desconsiderados,

porque ella se había pasado la tarde cocinando el faisán, con vino Barolo, con mucho cariño, y su hijo para cazar aquel faisán había acabado empapado bajo la lluvia. Luego siguió un largo silencio, la Rirí dijo que le dolía mucho la cabeza, el hijo permanecía callado con las manos entre las rodillas, la mojigata justo después de cenar se había puesto a coser el dobladillo de una falda, Aldo y Pietro jugaban al ajedrez. La Rirí telefoneó a Ilaria al día siguiente y le dijo que había sido una velada horrible, y que además no soportaba a Aldo, con esa camiseta habano, con esa costumbre suya de columpiarse en las sillas y de rascarse la cabeza y los hombros. Pietro pidió a Ilaria que por favor no volviera a invitar a la Ginevra ni a su hijo, que era un perfecto idiota, porque no tenía ganas de aguantarlos, entre otras cosas porque estaba pasando una depresión por varias causas que no explicó. Ilaria pensaba que durante años y años él había pasado las noches en casa de la Rirí comiendo faisanes, jugando con sus hijos al ping-pong y a las damas chinas, pero no dijo nada, porque no quería irritarlo y porque desde hacía tiempo había perdido la costumbre de decir a los demás lo que pensaba.

Aquel invierno la gata Nana parió. Tuvo un único gatito, al que pusieron el nombre de Solo y que murió enseguida. Se había apareado con el gato del carnicero, un siamés grande, tímido y huraño, que no parecía interesado en las gatas y se escondía debajo de los armarios.

Aldo y la mojigata se fueron juntos un día, el 30 de diciembre. Ilaria estaba en la clínica con Aurora, que había dado a luz una niña. Volvió a casa muy cansada, por la mañana, después de una noche en vela en la sala de la clínica junto a Emanuele, que hacía

crucigramas y bebía latas de cerveza, esperando. Él le ofrecía de vez en cuando un poco de cerveza en un vaso de papel. Le hacía de vez en cuando alguna pregunta sobre el crucigrama, cuando tenía alguna dificultad. Aquella cerveza, aquel vaso de papel, aquellas preguntas eran las únicas muestras de amabilidad que le había dado. En casa Ilaria encontró a Pietro solo. Estaba en su butaca de siempre. Llevaba un jersey sobre el pijama y removía las brasas de la chimenea. Ilaria no se atrevió a preguntar dónde estaba la mojigata. Empezó a hablar del bebé. Pietro preguntó algo sobre la niña, poco. Después le enseñó una carta. Más que una carta eran unos cuantos garabatos en una hoja de libreta. «Enviaré al chófer de mis padres a por mi ropa. Domitilla». «Se ha ido con Aldo —dijo Pietro—. Hacían el amor desde hace un mes o dos. Me lo dijo Ombretta. Vino a decírmelo. También Ombretta se acostaba con Aldo. Por eso tenía la llave. Cuando llegó Domitilla le pregunté si era verdad que se acostaba con Aldo y dijo que sí, que era verdad. Desde hacía un mes, dos meses. No se acordaba. Para ella no tenía importancia, dijo. Pero estaba mal conmigo. Ya no sabía por qué se había casado conmigo, dijo. Le di una bofetada. Se quedó igual, tranquila, pálida, se puso las botas. Salió, después volvió. Me dijo que ella y Aldo se iban al Circeo. Los padres de ella tienen una casa allí. Me preguntó si quería despedirme de Aldo. Pero yo no tenía ganas de despedirme de él. Tampoco de pegarle. Nada. Me senté aquí. He pasado la noche aquí. Oí trajinar en el piso de arriba. Después me dormí. Me parece raro que me durmiera, pero me dormí, caí en el sueño como se cae en un precipicio. Al despertarme oí el ruido de una moto en la calle. Era de madrugada. Los vi irse en la moto, ella con una mochila a la espalda. El perro no estaba. No sé

qué han hecho con el perro». Poco después se presentó el portero diciendo que el perro de Aldo se lo habían dejado a él, Aldo le había pedido que se lo quedara durante unas horas, él lo tenía atado a una cuerda en la portería, pero el perro ladraba y quizá tenía hambre. Ilaria le dio un paquete con sobras. Después llegó el chófer de los padres de la mojigata, un hombre rechoncho y pequeño, cogió las maletas de ropa que había en el dormitorio de arriba, ya cerradas, y la guitarra y dijo que tenía órdenes de recoger en la portería a un perro lobo llamado Igòr.

Cettina le dijo a Ilaria que Ombretta estaba muy mal. Ombretta estaba en la habitación de invitados, tumbada en la cama, sollozando. Le dijo a Ilaria que le dolía todo, el vientre, el estómago, el corazón. Dijo que nunca más en su vida tendría paz, porque siempre se acordaría de aquellos tremendos momentos. Había ido a casa de Aldo a llevarle una botella de Asti Spumante y un *panettone*, que habían comprado para Aldo ella y Cettina, ya que les daba pena porque pasaba las fiestas allí solo. Se había encontrado al perro en la entrada y a ellos dos en el dormitorio, y enseguida se había marchado, en silencio, y en la cabeza solo tenía una cosa: contárselo al doctor. El doctor era Pietro. Qué pálido se había puesto el doctor, parecía un muerto. Aquella muchacha era una putita. Además de una víbora. Una vez le había dicho que ella, Ombretta, no servía para nada y que lo dejaba todo sucio. Otra vez le había dicho que tenía los pechos como dos berenjenas. Era envidia. Porque ella, la víbora, tenía los pechos como dos manzanitas verdes. Entró Cettina con una taza de caldo, pero Ombretta dijo que no tenía ganas de comer nada, notaba que le ardía el estómago. En el suelo, junto a la

puerta, había una botella de Asti Spumante y un *panettone* de un kilo envueltos en papel rojo con estrellas doradas.

Ilaria no volvió a ver ni a Aldo ni a la mojigata. Aldo escribió una carta a Cettina para pedirle que mandara a casa de su madre la ropa que había dejado en el piso. Cettina no sabía leer e Ilaria le leyó aquella carta, unos cuantos garabatos deshilvanados, con saludos para todos. Ilaria y Cettina fueron al piso de al lado y reunieron en una caja los cinco o seis títeres que había por en medio, la sierra, algún retal suelto. De ropa había más bien poco, una cazadora, un par de vaqueros doblados en cuatro, un par de zapatos llenos de fango. Les escribió otra carta para darles las gracias. La primera carta procedía del Circeo, la siguiente de Londres. Pietro quedó con los padres de la mojigata en el despacho de un abogado para iniciar los trámites de la separación. En cuanto a Aurora y Aldo, nunca se habían preocupado de ir al abogado, y la hija de Aurora se apellidaba Palermo, como Aldo, mientras él no renunciara oficialmente a la paternidad.

Después Pietro se fue con la Rirí a la Toscana, a Consuma, a aquella casa que tenía ella, y se pasó allí un mes. A la vuelta estaba bronceado, saludable, porque había hecho una cura reconstituyente y dado larguísimas caminatas. La Rirí dijo que había intentado convencerlo de que vendiera las famosas tierras de Basilicata, que ahora valían mucho, porque se habían declarado urbanizables. Pero no había conseguido convencerlo, no había manera, aquellas tierras él no quería venderlas y no se sabía el porqué. Vendió en cambio la casa de la calle Cassia, con grandes prisas, y perdió dinero, al menos veinte millones, dijo la Rirí. Le quedaban metros y metros de tela

para cortinas, que guardaba en un armario de su dormitorio, y al final se los compró la Rirí para su madre.

Pietro le dijo a Ilaria que despidiese a Ombretta, porque al verla veía de nuevo la botella de espumoso y el *panettone*, y su presencia le resultaba desagradable. Pero entretanto Ombretta había caído enferma y estaba en cama con un cólico renal, y había que esperar a que se recuperase para echarla.

Luego murió Cettina. Se apagó mientras dormía. Ombretta había entrado una mañana en la habitación del fondo del pasillo, en la que dormía Cettina, y había lanzado un grito tremendo. Al entierro de Cettina fueron Ilaria, Pietro y la Rirí, y una sobrina de Cettina, panadera. Ombretta, enferma, se quedó en casa. Dijo Ombretta que quería irse porque por toda la casa le parecía ver a Cettina, alta, encorvada, con sus pantuflas de lana, su delantal negro, su larga nariz.

Ilaria telefoneó a la Rirí para preguntarle si sabía de algún trabajo para Ombretta. La Rirí la mandó a casa de su suegra. En casa de la suegra de la Rirí obligaron a Ombretta a ponerse un delantal marrón, con el cuello redondo de piqué blanco, y le enseñaron a servir la mesa. Ombretta, sin embargo, se quedó solo dos semanas, después desapareció y nadie supo nada más de ella.

Ilaria y Pietro estaban ahora solos en la casa o, mejor dicho, en sus dos casas, con la gata Nana. La gata había vuelto a aparearse con el tímido gato del carnicero, y de nuevo estaba preñada. Pietro e Ilaria siempre se habían hablado poco, y seguían hablándose poco. Él ahora se disculpaba cuando le daba sus camisas para planchar, porque ya no estaba Cettina. No sabía, o había olvidado, que Cettina no planchaba las camisas. De Aldo y la mojigata no se hablaba

nunca, como si nunca hubiesen existido. Ilaria supo que tras regresar de Londres se habían ido a vivir a Cerveteri, a una casa de labor que los padres de ella les habían comprado, y allí criaban caballos. Lo supo por la Rirí, que siempre se enteraba de todo. Aurora escribió a Aldo a Cerveteri para pedirle que se ocupara de la renuncia a la paternidad. Aurora volvía a estar embarazada. Aldo le contestó prometiéndole que se ocuparía del tema. Pero tenía mucho trabajo con los caballos. Ya no hacía títeres. Había dicho adiós a los títeres. Su carta eran unos pocos garabatos afectuosos y deshilvanados.

Aurora llegó un día desde el campo y le pidió dinero a Pietro. Emanuele había comprado la casa en los alrededores de Viterbo gracias al préstamo que le había hecho un amigo, y ahora tenían que pagar la deuda mensualmente. Pietro dijo que en esos momentos tenía poco dinero. Era una mala época para los anticuarios. Aurora le suplicó que vendiera las tierras de Basilicata. Pietro dijo que no quería venderlas, al menos de momento. Discutieron y Aurora se marchó furiosa. Pietro la siguió por las escaleras, la llevó de nuevo a casa, Ilaria lloró, hicieron las paces. Aurora dijo que Emanuele estaba escribiendo un libro y un editor le había prometido un anticipo. Pietro dijo que esperaba cerrar un negocio con un primo de la Rirí, un tal Puccio Paglia, y entonces, si le salía bien, el horizonte se despejaría.

Aurora dio a luz otra niña. Esta vez quiso tenerla en el hospital de Viterbo. Ilaria viajó a Viterbo y luego acompañó a Aurora a aquella casa sin agua ni luz que Emanuele, a saber por qué, había comprado. Aurora e Ilaria fueron del hospital a casa en taxi, porque Aurora no se sentía con ánimos de conducir, cansada como estaba

por el parto, y Emanuele no estaba, se había marchado a México en busca de información para el libro que estaba escribiendo. La niña mayor se había quedado con los vecinos, y con esos mismos vecinos se habían quedado los dos perros y los tres gatos. Aurora fue a buscarlos a todos. La casa estaba sucia e Ilaria se puso a limpiarla de arriba abajo. Hacían falta días, dijo, para dejarla bien limpia. Habría sido necesario también comprar algún mueble. Había un solo armario y la ropa de todos estaba allí metida junto con los platos, las ollas, los cubiertos. Los suelos eran de barro. Había que tirar cubos de agua caliente. Y a por el agua había que ir al río.

Desde la ventana, mientras fregaba el suelo, Ilaria veía a Aurora dar el pecho sentada en la explanada de delante de la casa. No había sombra y Aurora se había puesto un sombrero de playa. La niña mayor jugaba en su parque, los tres gatos y los dos perros vagaban por allí cerca. Pero antes de que la casa estuviera totalmente limpia Aurora le dijo a Ilaria que sería mejor que se marchara, ya fuera porque le parecía que se cansaba, ya fuera porque Emanuele estaba a punto de regresar y tenía, como Aurora siempre repetía, un problema de madre.

De vuelta en Roma, Ilaria encontró en casa a la Rirí, que había ido para ayudar a Pietro. La Rirí había preparado en la habitación de Ilaria, en la galería, una caja grande que había conseguido en la droguería y que había llenado de trapos de lana. Era para la gata Nana, que tenía que parir dentro de poco. La Rirí decía que a las gatas les gustaba parir en cajas. La Rirí observó que Aurora y Nana parían generalmente en la misma época.

Aquella noche Ilaria se puso a llorar, con la Rirí y con Pietro, y dijo que pensaba que Aurora era infeliz. Le parecía atroz que Emanuele

se hubiese ido a México, precisamente en los días del parto. Pietro y la Rirí intentaron consolarla. Pietro explicó que casi había cerrado aquel negocio con el primo de la Rirí, Puccio Paglia, y que pronto podría mandar dinero a Aurora para que mejorara un poco su casa, para que la hiciera más confortable. Pero Ilaria dijo que Aurora sería infeliz incluso en la más cómoda de las casas. La Rirí dijo que Aurora tenía la habilidad de enamorarse de los hombres equivocados. Aldo no era mejor que Emanuele. Quizá incluso era infinitamente peor. Pietro pidió entonces que tuvieran la delicadeza de no hablar de Aldo delante de él. No quería recordar. El piso de al lado no había querido ni alquilarlo ni venderlo. Estaba vacío. La Rirí dijo que Pietro no podía escribir sus memorias si no quería recordar. Pietro dijo que de hecho sus memorias estaban paradas desde hacía tiempo. Quería recordar solo cosas tranquilas, inofensivas, ligeras.

La gata Nana parió cinco gatitos pocos días después. Pero no los parió en la caja. Lo hizo en la cama de Ilaria. Era de noche, e Ilaria durmió rodeada de aquellos cinco gatitos que parecían ratas blancas.

Por la mañana los llevó delicadamente uno por uno a la caja. La gata Nana se embutió en la caja, junto a los gatitos. Permaneció allí varias semanas, dándoles de mamar, levantando su cara cansada, seria, tranquila y triste para mirar a Ilaria.

Luego los gatitos empezaron a correr por la casa. Bebían la leche del cuenco y comían también pescado con arroz. Pietro los encontraba a veces en el piso de arriba, en su baño o incluso en su cama. Se había vuelto paciente y ya no era, como antes, contrario a los gatos. Solo le parecía que eran demasiados. Quizá se podían vender en aquella tienda de la calle Vite. Pero Ilaria no quería porque le disgustaba que quizá tuvieran que estar encerrados

durante mucho tiempo en aquellas jaulas sucias. Cuando tuvieran tres meses los regalaría, buscando con cuidado personas que los quisieran de verdad.

Un día Ilaria tuvo un desmayo mientras cruzaba la calle. La acompañaron a casa un guardia urbano y la joyera, la del gato Napoleone, que justo pasaba por allí. Una vez en casa, Pietro hizo que se metiera en la cama y llamó a la Rirí. «He llamado a la buena de la Ginevra, tan valiosa cuando uno se encuentra mal», dijo. La Rirí acudió con un médico. Ilaria ingresó en una clínica. Empezaron largas pruebas, que duraron semanas. Ilaria tenía un tumor en el pulmón izquierdo. Nadie le dijo nada, pero ella sabía que estaba muy enferma y pensaba que se iba a morir muy pronto. Pietro y la Rirí le hacían compañía. La Rirí dijo que iba cada día a cuidar de la casa y de todos aquellos preciosos gatitos. Los gatitos, dijo la Rirí, eran una inmensa ayuda. Y los perros también. Pietro pidió entonces que no le hablaran de perros porque no quería acordarse del perro lobo Igòr.

Fue Aurora. Ya había dejado de dar el pecho y la pequeña bebía leche de vaca, que cada día le llevaba, recién ordeñada, la campesina. Las niñas se habían quedado con una amiga suya, y además estaban los vecinos. «Vecinos» era una forma de hablar, dijo Ilaria, porque para llegar a su casa había que andar por lo menos media hora por un camino de piedras. Pero ¿no estaba también Emanuele?, preguntó. Aurora dijo que Emanuele había tenido que irse otra vez para hablar con su editor. No explicó que en realidad Emanuele, a su regreso de México, le había dicho que la dejaba, que estaba con otra mujer, y no explicó que estaban llenos de deudas y

que ella estaba terriblemente cansada de vivir en el campo y que no sabía qué demonios hacer.

Ilaria le dijo a la Rirí que se quedara con la gata Nana cuando ella muriese. Y que regalara los gatitos. La Rirí le dijo que no dijera estupideces. No tenía nada. Solo tenía una pequeña infiltración. Tal vez tuvieran que hacerle una pequeña intervención. Ilaria dijo que no sabía explicar el porqué, pero últimamente, cuando miraba a la gata Nana, pensaba en su propia muerte. Le parecía que se debía a la capacidad de guiar sus pensamientos en una dirección desconocida. Por otra parte, pensaba un poco en su propia muerte desde que la Rirí le había mandado aquel primer gatito en la caja de zapatos. Cómo se cargaban las palabras, con los años, de recuerdos y, por eso mismo, de pena y de dolor. Ahora cada vez que decía «zapatos» se acordaba de la mojigata, que tenía la nariz como la punta de un zapato. A saber cómo hacía Pietro para recordar tan solo cosas tranquilas y ligeras. Dónde había algo realmente tranquilo. Aurora callaba, se enroscaba el pelo en un dedo, se lo metía en la boca. Recordaba haber dicho una vez que había tres cosas en la vida que debíamos evitar, y eran la hipocresía, la resignación y la infelicidad. Sin embargo, era imposible guardarse de esas tres cosas. Invadían la vida y no había modo de alejarlas. Eran más fuertes y astutas que el simple ser humano. «Por favor, deja de meterte el pelo en la boca», dijo Ilaria. Aurora tenía unas ganas tremendas de contar que Emanuele, la noche de su regreso, le había dicho que la dejaba y había vuelto a marcharse tres días después, y que durante aquellos tres días ambos habían conseguido decirse palabras odiosas y revestirse de golpe, cuando estaban las niñas o la campesina o los vecinos, de hipócrita gentileza y amabilidad. Pero no

dijo nada y durante todo aquel día procuró mostrarse con su madre brusca, fría y serena, para que ella pensara que todo iba como siempre. Tampoco les dijo nada a la Rirí ni a Pietro. La infelicidad era, pensó Aurora, no solo muy difícil de contar, sino también humillante.

Aurora volvió a casa de su madre por la noche para darse un baño y descansar un poco. En el rellano se detuvo un instante frente al piso de al lado, donde había vivido con Aldo. Junto a la puerta, en la pared, habían escrito «Palermo» con tinta china y habían dibujado una florecilla. Sus dos hijas se llamaban Palermo porque Aldo no había tramitado aún la renuncia a la paternidad. En casa de su madre, en la entrada, estaban todos los gatitos, con sus grandes orejas marrones y sus caras puntiagudas, esperando en el más grave silencio.

Ilaria murió durante la noche. Aurora, a quien llamó Pietro, llegó a la clínica cuando ya estaba muerta. Aurora y Pietro se abrazaron con fuerza. Acudió la Rirí, y lloró. Fueron, por la mañana, los padres y los hijos de la Rirí, el portero y la joyera.

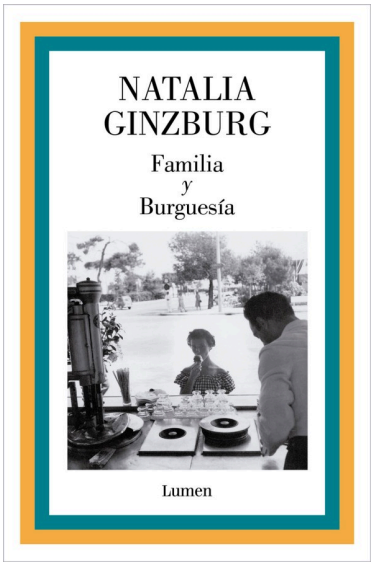
Después del entierro, la Rirí ayudó a Aurora a guardar la ropa y las cosas de Ilaria. Encontraron en un armario los cuadernos escolares del niño que se había muerto a los nueve años. Encontraron también muchos ejemplares de la novela *Gianmaria*. Encontraron en la cocina, en la libreta de las cuentas de gastos, una foto de Ombretta en la terraza, con vestido playero y sombrero, con el gato Abriguito en el hombro. Aurora dijo que quería llevarse a la gata Nana y a los gatitos. Que le recordaban a Ilaria. Los gatitos los regalaría, a los vecinos, a la campesina, más adelante, cuando tuvieran tres o cuatro meses. La Rirí fue al día siguiente y ayudó a Aurora a meter

todos los gatos en una enorme cesta que había comprado, en forma de pagoda, con una ventanita, muy cómoda, dijo, para llevar a los gatos al médico y para viajar. Aurora había ido con el viejo Volkswagen, el de los guardabarros abollados. Pusieron la cesta sobre el asiento, que estaba lleno de envoltorios de caramelos y de migas de galletas. La Rirí habló muy bien de los Volkswagen. Pietro dijo que, en efecto, eran muy buenos coches, fuertes como un toro. Aurora asintió. No dijo que en realidad el Volkswagen era de Emanuele y que lo quería para él. Subió, y Pietro y la Rirí se quedaron mirándola mientras se alejaba. También ella volvió un instante la cabeza para mirarlos, la Rirí con su pañuelito negro atado bajo la barbilla y las manos en los bolsillos del impermeable, Pietro con su vieja chaqueta amaranto, la cabeza alta, cana y delicada, los dientes blancos, los ojos secos y severos.

Julio de 1977

Natalia Ginzburg, icono de las nuevas generaciones de escritoras como Sally Rooney, Elena Ferrante, Zadie Smith, Lydia Davis, Colm Tóibín o Rachel Cusk, explora la fragilidad de las relaciones en «una de sus mejores historias, [...] con un humor continuo que aflora en las anotaciones precisas que surgen de la grisura cotidiana» (Italo Calvino)

«Cuando leí por primera vez un libro de Natalia Ginzburg, hace muchos años, me pareció que leía algo que había sido escrito para mí, algo que había sido escrito casi dentro de mí misma cabeza o mi corazón». Sally Rooney, *The Guardian*



Carmine, arquitecto, e Ivana, traductora, fueron amantes hace tiempo, y tuvieron una hija que murió siendo un bebé, tras lo cual su relación terminó. Décadas después, Carmine está casado con Ninetta y tienen un niño pequeño, Dodó, pero se pasa el día con Ilaria y la hija adolescente de esta, Angelica. Melancólica y deslumbrante, *Familia* examina con elegancia y humor la condición humana, el paso del tiempo, la felicidad y las oportunidades perdidas.

Por su parte, en *Burguesía*, la viuda Ilaria adquiere uno detrás de otro tres gatos siameses para que alivien su soledad, pero todos mueren o desaparecen.

En ambas novelas, bajo una prosa sutil y despojada y un rico elenco de personajes, corre un filón de infelicidad y aislamiento, a medida que Natalia Ginzburg explora el encanto de los recuerdos y la complejidad de la familia y las relaciones.

La crítica ha dicho:

«El mundo y sus personajes están circunscritos en tamaño, pero son expansivos en sentimientos: la obra de una escritora que se creía "pequeña", pero que en realidad era cualquier cosa menos eso».
The Times

«Las bellas palabras de Ginzburg son tan solidarias. La leí con alegría y asombro».
Tessa Hadley

«Los relatos tienen una fuerza sutil que te atrapa al final [...]. Cantan con el ingenio característico y la penetrante claridad de una prosa que te mantiene extasiado cuando lees su obra».
Paris Review Daily

«Estas dos *nouvelles* están impregnadas de la rigurosa sabiduría que Ginzburg adquirió a través de las vicisitudes y de su determinación para persistir a pesar de todo en su trabajo».
Los Angeles Review of Books

Oriana Fallaci, que entrevistó a la autora, describió a **Natalia Ginzburg** con estas palabras: «Ni guapa ni elegante, con rebeca y falda de color azul ceniza, con ese aire un pelín apagado de tía soltera y sin edad definida [...]. Pelo negro, pocas canas y un cuerpo compacto. Buenas piernas, de persona acostumbrada a caminar [...]. Desde luego parece una mujer sana, hecha para llevar cargas y dolores con entereza. Sorprende su voz, como de *femme fatale*. Es como si fuera la voz de otra, y te atrapa, te fascina». Esa mujer fue una de las voces más importantes de la literatura italiana del siglo xx. Nacida en Palermo en 1916, pronto se trasladó a Turín y más tarde, ya casada con Leone Ginzburg, vivió en Roma hasta que su marido fue asesinado en una cárcel de la capital por las fuerzas fascistas. Entre sus obras más conocidas, además de *Léxico familiar*, que en 1963 fue galardonada con el Premio Strega, destacan *El camino que va a la ciudad*, *Todos nuestros ayeres*, *Las palabras de la noche*, *Las pequeñas virtudes*, *Querido Miguel*, *Familia*, *Vida imaginaria*, *La ciudad y la casa*, *A propósito de las mujeres*, y *Las tareas de casa y otros ensayos*. Ginzburg trabajó muchos años como redactora para la editorial Einaudi en su sede de Roma, ciudad donde residía cuando murió, en 1991.



Titulo original: *Famiglia. Borghesia*

Primera edición: marzo de 2026

© 1977, 1995, 2011 y 2018, Giulio Einaudi editore, s.p.a., Turín
© 2008, 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2008, Flavia Company, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Mario De Biasi/Mondadori/ZPW/ACI

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-264-3331-2

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Familia y Burguesía

Familia

Burguesía

Sobre este libro

Sobre Natalia Ginzburg

Créditos